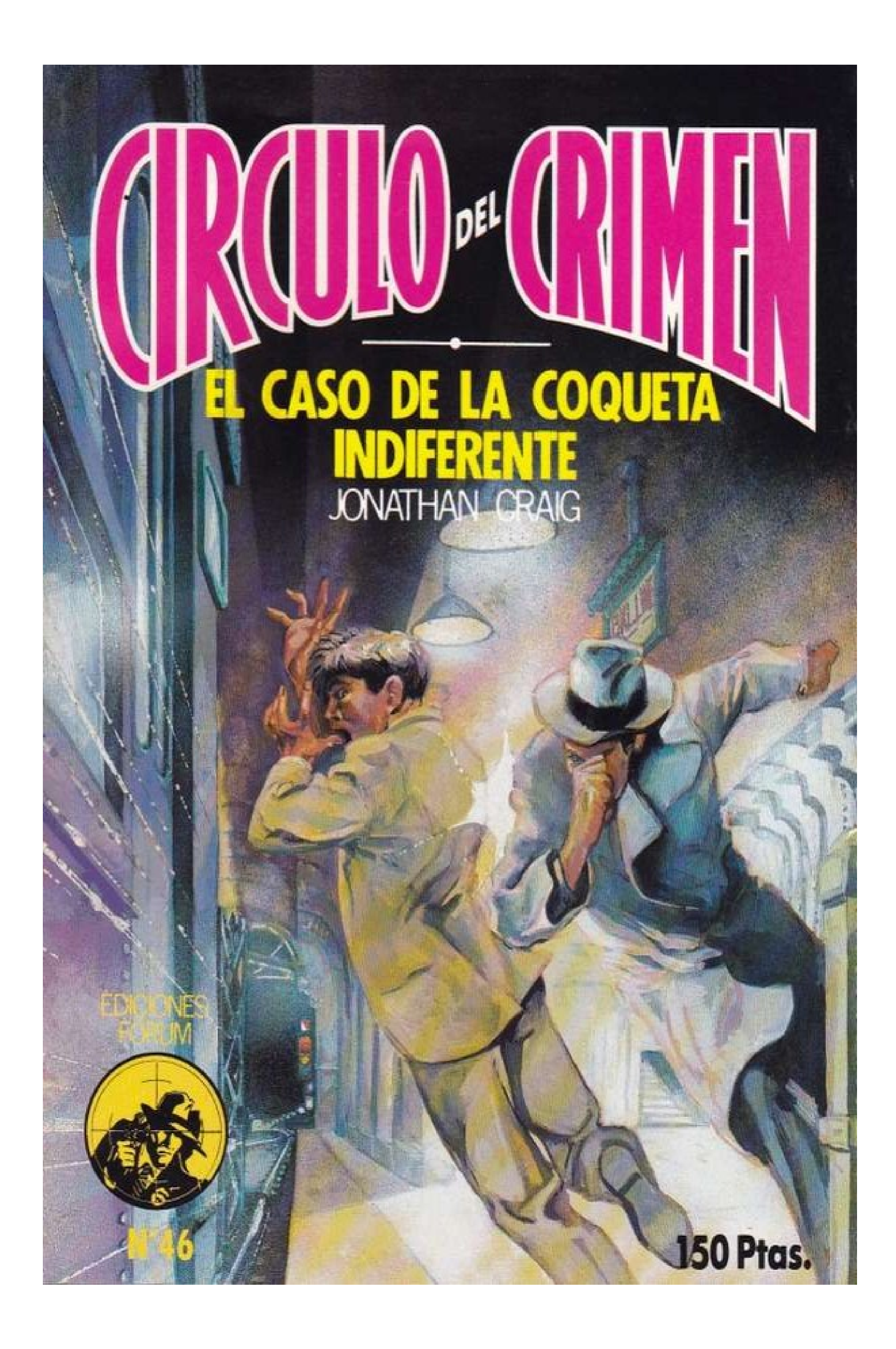

CIRCULO DEL CRIMEN
EL CASO DE LA COQUETA INDIFERENTE
JONATHAN CRAIG
EDICIONES FORUM
Nº 46
150 Ptas.

Jonathan Craig

EL CASO DE LA COQUETA INDIFERENTE

Círculo del Crimen Nº 46

ePub r1.1

Rutherford/Rbear 11.03.16

Título original: *Case of the Cold Coquette*
Jonathan Craig, 1957
Traducción: Julio Fernán
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (11/03/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (23/03/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen), 1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales: ninguna.

1

La muerte de aquel hombre había sobrevenido de manera instantánea; no cabía la menor duda; pero debió haber vivido unos segundos horribles entre el momento en que sintió cómo le empujaban desde el andén del metro hasta que las ruedas del convoy le trituraban el cuerpo. Había fallecido a las 4:08 de la tarde atropellado por un tren de la línea local, al aminorar la marcha para detenerse en la estación de la calle Setenta y dos y Central Park Oeste. Casi una hora más tarde, un equipo de emergencia había logrado recobrar una buena parte del cuerpo y colocarlo sobre el andén. Un par de policías de cara pálida contemplaba cómo el inspector médico ayudante y los encargados de la ambulancia retiraban las estropeadas ropas del cadáver y hacían cuanto estaba de su mano para reunir las piezas y colocarlas en un cesto. Los camilleros hablaban entre sí en voz baja y el sonido de sus voces despertaba apagados ecos en la larga estación revestida de baldosines.

Mientras mi compañero, el detective Stan Rayder, inspeccionaba las ropas del muerto, yo retrocedí por el andén y me fui a sentar en un banco junto al conductor que dirigía el tren en el momento de producirse el accidente.

—¿Se siente un poco mejor, Delaney? —le pregunté.

Apartó la mirada de mí.

—Creo que sí —repuso con voz no muy firme—. Ha sido un buen topetazo, se lo aseguro.

Tendría unos cuarenta años y era pequeño y nervioso, con una palidez enfermiza y unos ojos gris claro que parecían mirar siempre de soslayo.

—Llevo once años manejando los trenes de esta línea y es la primera vez que me ocurre una cosa semejante.

—¿Se va acordando mejor de lo ocurrido?

Movió la cabeza lentamente.

—No… y le aseguro que quisiera olvidar lo poco que aún recuerdo. No ha sido un cuadro que quisiera tener siempre delante, créame.

—Pero usted no duda de que ese hombre fue empujado deliberadamente del andén.

—¡Caray, no! Es la única cosa de la que estoy seguro. Me parece ver la escena cuando me faltaba poco para salir del túnel. Los dos hombres estaban en el andén. Los miré por casualidad, casi sin darme cuenta. De pronto, uno de ellos se sitúa detrás del otro y le empuja a los raíles. Todo ello no llevaría más que un par de segundos—hizo una pausa—. Pero fueron suficientes para ver la cara de aquel desgraciado. Del que cayó bajo las ruedas ¡Dios mío! Nunca olvidaré su expresión.

—¿Había empezado a frenar cuando ocurrió el hecho?

—¡Claro! Pero fue demasiado tarde. Entramos en las estaciones rápidos como una bala y enseguida frenamos con toda rapidez. Ya conoce el sistema.

Hice una señal de asentimiento.

—En cambio, no vio la cara del agresor, ¿verdad?

Delaney tenía la vista fija al otro lado de las vías como si le fuera por completo imposible mirar hacia donde estaba absolutamente de nada. Todo ocurrió el cadáver.

—Claro que debí verla; pero no quedó registrada en mi memoria. No me acuerdo en absoluto. Ya lo dije antes: no me acordaría por más esfuerzos que hiciera. Sólo me quedó grabado el rostro del otro. Fue como si estuviera colgado en el aire durante un segundo, moviendo brazos y piernas frenéticamente, mientras en su rostro se pintaba aquella horrible expresión.

—¿No conserva la menor impresión del otro? ¿No tiene ni siquiera idea de su estatura?

Delaney cerró los ojos por unos instantes y se frotó los párpados con el pulgar y el índice.

—Ya le he dicho que no me acuerdo absolutamente de nada. Todo ocurrió demasiado de prisa. Estuvo como colgado en el aire

durante un segundo y al siguiente estaba en la vía con el tren pasándole por encima.

—¿Está seguro de que era un hombre?

Delaney me miró bruscamente y luego apartó otra vez su mirada de mí.

—¿Qué quiere decir con eso de si estoy seguro de que era un hombre? De ninguna manera podía ser una mujer.

—¿Lo asegura usted porque iba vestido de hombre?

Delaney frunció el ceño, pensativo.

—Pues no. No es eso exactamente. En realidad no me fije, pero… —se interrumpió por un momento.

—Todo fue demasiado de prisa. Sólo vi a aquel hombre en el momento de caer.

—Comprendo que la impresión haya sido muy fuerte —comenté tratando de adoptar un aire amistoso—. Pero debe existir algún motivo por el que usted esté tan seguro de que era un hombre. No sería la primera vez que una mujer empuja a alguien desde un andén del metro.

Respiró hondo y luego dijo lentamente:

—No. Seguro que no. Por lo menos, no me lo parece. No sé por qué, pero no puede uno imaginarse a una mujer haciendo una cosa semejante —se interrumpió otra vez—. Creo que llevaba un impermeable. Quizá una trinchera. Algo parecido. La verdad es que se trata sólo de… cómo le diría, de una impresión.

Hice una señal de asentimiento.

—¿No recuerda ningún otro detalle?

Movió la cabeza.

—Nada en absoluto.

—¿Está seguro de que no había nadie más en el andén.

—¡Jesús! Ya se lo he dicho antes, ¿no? Claro que estoy seguro. Sólo esos dos hombres y nadie más. Cuando entramos en una estación siempre observamos el andén por si acaso alguien se encuentra demasiado cerca del borde. Y hacemos sonar el silbato dos veces como advertencia.

Saqué mi libreta de notas y estuve escribiendo durante unos momentos.

—Es raro que llevara un impermeable —comenté—. Es decir, si se trataba de un hombre. Porque éste es uno de los días más

calurosos que hemos tenido en todo el verano.

—Mire —respondió Delaney—. Ya le he dicho que no estoy seguro de nada. Puede que no. No quiero afirmar nada. Reconozco que igual podía haber sido una mujer con… con un traje sastre o algo parecido. ¿Por qué diantres no me deja en paz?

—Estaba pensando en voz alta —le expliqué—. Todo esto es en extremo importante y…

—¡Al diablo! —exclamó Delaney exasperado—. ¿Cree que no lo sé? ¿Qué quiere? ¿Que hubiera llevado una cámara para tomar una foto de esa persona? ¡Dígame de una vez qué es lo que quiere de mí!

Volví a meterme la libreta en el bolsillo y me incorporé. Por su parte, Delaney se mordió por unos momentos el labio inferior.

—Bueno, perdone, Mac —dijo—. No quería perder los estribos. Lo que pasa es que tengo los nervios hechos polvo. Eso es todo.

Asentí.

—Tendrá usted que prestar declaración, Delaney. Estaré de regreso en unos minutos.

Delaney dirigió una mirada furtiva al cesto donde estaban los restos del accidente y luego la fijó en dirección opuesta.

—Como quiera, jefe. No sabe lo que me hubiera gustado haberme encontrado hoy enfermo y no tener que trabajar —manifestó sacudiendo lentamente la cabeza—. Once años conduciendo trenes sin haberle hecho ni un arañazo a nadie… y ahora me pasa esto.

Caminé por el andén hasta el lugar donde se encontraba el cesto. La condición en que se hallaba el cadáver hacía difícil estimar su edad, mas llegué a la conclusión de que tendría unos treinta y cinco años. Había sido un tipo musculoso, de buena estatura, con el pelo negro y liso, cejas delgadas y unas facciones pequeñas y casi afeminadas.

El forense se había arrodillado junto al cesto y, con el ceño fruncido, miraba el cadáver como si le recriminara algo. Los camilleros de la ambulancia se encontraban un poco más allá, hablando con los policías del metropolitano.

El forense se sacudió el polvo de una rodilla al tiempo que se

incorporaba.

—¿Sabes una cosa, Pete? —comentó—. Podría practicarle la autopsia aquí mismo sin necesidad de escalpelo —se quitó los guantes de goma, los metió en un estuche de plástico y, a su vez, guardó éste en su maletín—. ¿Ha logrado el conductor recordar alguna cosa más?

—No mucho, Jerry —le contesté—. Sigue estando seguro de que sólo había dos personas en el andén, pero no puede recordar absolutamente nada respecto al que empujó a la víctima. Ni siquiera sabe con seguridad si se trataba de un hombre o de una mujer. Tiene una muy vaga idea de que llevaba algo parecido a un impermeable, aunque dista mucho de mostrarse concreto.

—¿Un impermeable? ¿En un día como éste?

—Es incapaz de aclarar nada.

—¿Es eso todo lo que tienes para empezar a investigar?

—Sí; eso es todo.

El forense hizo una mueca.

—Eso es lo que yo llamo un caso abierto. y cerrado al mismo tiempo. Únicamente circulan por Nueva York diez u once millones de personas durante el día, y de ellas sólo ocho o nueve millones poseen impermeable. Todo cuanto hay que hacer es salir a la calle y agarrar al primero que pase, hombre, mujer o niño —miró al cadáver y exhaló un suspiro—. Yo nada puedo hacer aquí, Pete. ¿Lo llevamos a Bellevue?

Asentí, firmé el recibo de oficio y se lo entregué. Lo firmó, llamó a los camilleros de la ambulancia y se dirigieron todos hacia la salida. Los ayudantes cubrieron el cesto con un hule y lo transportaron por el andén tras del forense.

Normalmente, la posesión de un cadáver se atribuye al primer policía que acude al lugar de un accidente, y casi siempre este policía suele ir de uniforme. Mas, en la presente ocasión, Stan Rayder y yo circulábamos en el coche a sólo medio bloque de distancia cuando sonó la alarma por la radio y llegamos unos minutos antes que los colegas de la patrulla. Cuando éstos hicieron su aparición, los situé a las dos entradas de la estación y no sólo para que detuvieran a cualquier sospechoso, sino también para impedir que la gente bajara al andén antes de que el cuerpo hubiera sido retirado y la vía quedara expedita.

Desde luego, eran pocas las posibilidades de atrapar al malhechor en el lugar del suceso. Los trenes que iban hacia la parte baja de la ciudad salían por la vía inferior, y aunque había transcurrido muy poco tiempo entre el crimen y nuestra presencia allí, fue más que suficiente para que el criminal abandonara la estación o corriera escaleras arriba y tomara un tren que circulase en dirección opuesta.

Sólo dos policías del metropolitano iban en el tren asesino. Uno de ellos había congregado a los pasajeros, sacándolos de la estación, mientras que el otro realizaba las pertinentes llamadas telefónicas a sus superiores y a la policía de paisano. Cuando Stan Rayder y yo llegamos, la estación estaba vacía, exceptuando los policías del metro, el conductor y el taquillera en su garita. Mientras esperábamos que llegara el equipo de emergencia y retirase el cadáver de debajo del tren, realizamos como simple rutina una inspección por los lavabos y otros lugares en los que pudiera esconderse alguien y yo había sostenido un primer cambio de impresiones con el conductor.

La garita del taquillera estaba a un nivel superior, separada de la calle por un doble tramo de escaleras, por lo que el empleado no había podido ver nada de lo que ocurría a un nivel más bajo. Y aunque estuvo vendiendo billetes a docenas de personas durante el cuarto de hora que precedió al asesinato, no podía recordar absolutamente nada de ellas. Desde luego, aquello no tenía nada de extraño. Los taquilleras del metro de Nueva York trabajan muy rápidamente y de manera casi automática, y cuando levantan la mirada hacia alguien es sólo para contestar alguna pregunta sobre paradas o estaciones de enlace. Aquel empleado ni siquiera había hecho esto, ni había visto nada fuera de lo corriente en las personas que circularon por la estación. Además, si bien la mayoría de los neoyorquinos caminan siempre muy rápido, en especial cuando salen de una estación del metro, el taquillera estaba seguro de que ninguno de los que salieron lo había hecho corriendo.

Así pues, la información del empleado no había servido de nada, y lo mismo podía decirse del conductor. Todo cuanto podíamos asegurar era que íbamos a investigar un homicidio.

A era el segundo caso de asesinato desde que nos transfirieron a la comisaría número Veinte. Hasta unas cuantas semanas antes, Stan y yo habíamos pertenecido a la comisaría número Seis, en Greenwich Village, pero una decisión de los mandamás, empeñados en experimentar con una rotación de detectives por diversos sectores, había dado como resultado que Stan y yo, junto con el teniente Barney Fells, quedáramos asignados temporalmente a la Veinte. Al cabo de algún tiempo volveríamos los tres al Village; pero, entretanto, Barney Fells quedó nombrado jefe de la patrulla de detectives de la Veinte y nosotros formábamos parte de su equipo.

Después de haberle dicho al jefe del servicio de emergencia del metro que el tren podía salir de la estación y que ésta quedaba de nuevo abierta al público, indiqué a los dos policías del metro que subieran a la calle y dijeran a los dos de la patrulla que podían volver a sus tareas normales. Luego, volví al lugar donde Stan Rayder estaba investigando las ropas del muerto.

Stan trabajaba con el cuidado y método habituales, procediendo a una descripción exacta de cada una de las piezas y de las posesiones personales que anotaba en el impreso correspondiente. Me gruñó algo sin levantar la mirada.

El aspecto de Stan engañaría a cualquiera. Es el hombre con menos aspecto de policía de todo el Cuerpo, incluyendo incluso a los más jóvenes que adoptando un aspecto sucio y descuidado, tienen a su cargo misiones de represión del vicio. Es alto y nervioso, lleva el pelo cortado al cepillo y mira con una expresión de perpetua sorpresa. No sé a qué se deberá esa expresión suya, porque Stan rara vez se sorprende por nada. Lleva en el servicio casi tantos años como yo y durante los mismos, ha ido acumulando las más altas recompensas: la medalla de honor y otras ocho medallas y citaciones. Es un policía de voz suave, puños duros y una total carencia de temor.

—¿Cómo va eso? —le pregunté.

Stan firmó al pie del impreso y se incorporó.

—El tipo se llamaba Macklin —me informó—, Edward R. Macklin.

—¿Llevaba algo encima que pueda darnos una pista?

—No ha habido tanta suerte, Pete. Nada de cartas amenazadoras

ni de drogas ni de nada. Sólo hay una cosa extraña: lo que llevaba en los bolsillos no concuerda con su traje.

Me entregó un sobre muy grande en el que había metido todo cuanto encontró en los bolsillos de Macklin.

—Echa una ojeada —me indicó—. Y luego fíjate en el traje. No le habría costado más de cuarenta pavos y estaba muy usado. Los zapatos no valen más de seis o siete pavos y remendados con medias suelas. Lo mismo pasa con el sombrero, la camisa y la corbata. Todo era barato; de almacén de barriada… como lo que llevamos tú y yo.

Abrí el sobre y miré su interior. Había un billetero muy gastado, de imitación piel, conteniendo cuatrocientos ochenta dólares; un llavero de grueso metal con tres llaves; setenta y un centavos en monedas; un pañuelo, un peine, una caja de aspirinas; un paquete de cigarrillos completamente arrugado; un encendedor deslucido; un recibo de una agencia de entradas para espectáculos por valor de ciento veintiséis dólares con cincuenta, y otro recibo de un bar-club nocturno por doscientos cinco dólares. En los dos figuraban las señas de Macklin: 923 West, 24th Street.

Aparte de los cuatrocientos ochenta dólares, el billetero únicamente contenía un carnet de identidad con las mismas señas que constaban en los recibos, y una segunda dirección debajo de la primera, borrada con una raya de tinta. Aún podía leerse: 631 West, 58th Street. En el carnet había espacios para un número de la Seguridad Social y el nombre de la persona a quien deberían dirigirse en caso de accidente o de enfermedad grave, pero estaban en blanco.

Copié la información del carnet en mi libreta, volví a meter la cartera en el sobre y lo devolví a Stan.

—En efecto; es como dices —reconocí.

—Ahí tenemos a un hombre vestido como si ganara a duras penas cuarenta o cincuenta dólares a la semana o quizá menos, y, sin embargo, lleva encima casi quinientos pavos en efectivo y se gasta más de trescientos al mes en entradas para espectáculos y en bares privados —miró con el ceño fruncido el montón de ropas—. O ganó de pronto todo ese dinero y se lo estaba gastando tan a gusto que no tuvo tiempo para comprarse un traje nuevo o era uno de esos maniáticos que no quieren gastarse el dinero en trajes caros —

hizo una pausa—. Si hubiera llevado ropas digamos caseras, la cosa sería distinta. Pero Macklin no había salido, por decirlo así, a comprar el periódico, Pete; se había vestido de pies a cabeza. Camisa blanca, corbata, el pantalón planchado y los zapatos cepillados. No le faltaba detalle.

Yo no le contesté. Sin duda, existían multitud de explicaciones a lo sucedido; pero, desde luego, en modo alguno podíamos considerar la posibilidad de que aquel hombre fuera un ladrón. Ninguno de éstos hubiera conservado los recibos y demás papeles, y en cuanto a la cartera, se hubiera librado de ella apenas sacado el dinero que contenía.

—Respecto al conductor… ¿cómo se llamaba?… Delaney… ¿recuerda alguna otra cosa…? —preguntó Stan.

Le conté lo que me había dicho Delaney acerca de su impresión de que el que empujó llevaba un impermeable.

—Sigue todavía muy afectado —añadí—. Lo único que recuerda con claridad fue la expresión que se pintó en la cara de Macklin.

Stan miró por el andén en dirección al banco donde yo había dejado sentado al conductor.

—¡Ya está bien para empezar! —gruñó—. ¿Estás convencido de que no habrá sido una imaginación suya?

—No. Fue muy concreto.

—Comprendo. Bueno. La cosa se pone interesante. Tenemos un testigo ocular del crimen y lo único que puede decirnos es que … eso, que se trata de un crimen.

Asentí moviendo la cabeza.

—Y que el autor lo mismo puede ser tanto un hombre como una mujer.

—O un marciano. Hasta este momento lo único que podemos afirmar es que se trataba de un tipo lo suficientemente fuerte como para dar un empujón a otro y arrojarlo a la vía. Mas eso puede aplicarse a cualquier clase de persona. Incluso un niño de diez años podría haberlo hecho —se arrodilló de nuevo e hizo un paquete con las ropas de la víctima, atándolo con las mangas del abrigo—. Me alegro de que al menos contemos con eso, Pete —manifestó—. Va a ser un caso bastante complicado.

Me acerqué a una papelera, removí hasta encontrar un periódico, y volví para envolver con él las ropas ensangrentadas.

—Gracias —dijo Stan.

—¿Te acuerdas de Jim Mooney? —le pregunté.

Stan se metió el paquete bajo el brazo y se incorporó.

—¿Jim Mooney? ¿Quién diablos es?

—No sé si estará vivo o muerto. Era un individuo que solía ir por los andenes empujando a la gente a las vías. Fue allá por los años treinta.

Stan hizo una señal de asentimiento.

—Sí, lo recuerdo. He leído algo sobre el caso. Figuraba en uno de los libros de texto que tuvimos que aprendernos cuando estábamos en la academia.

—Por aquel entonces, Barney Fells era recluta en la Policía. Me habló de ello hace un par de meses. Mooney mató a cuatro personas de ese modo. Y estuvo a punto de matar a la quinta cuando un policía del metro le echó mano. Se acercaba a una vieja por detrás cuando…

—Lo recuerdo —interrumpió Stan mirándome con expresión abstraída—. ¿Crees que existe alguna conexión entre aquel caso y el presente?

—No. Al menos por ahora. Sin embargo, los periódicos pueden establecerla. Anteayer un tren mató a una mujer en la línea de la Séptima Avenida. Según la noticia o se cayó o se tiró. Pero cuando los periódicos se enteren de que Macklin fue empujado, empezarán a preguntarse si no ocurrió lo mismo con la mujer. Y como les dé por ponerse en plan sensacionalista van a levantar un tinglado del diablo.

Habían empezado a reunirse pasajeros en la estación. Llevaban más de una hora esperando poder entrar y el andén quedó lleno con suma rapidez.

—Creo que es mejor que nos demos el bote, Stan —aconsejé—, llévate a Delaney a la comisaría para que preste declaración. Mientras lo hace, entregas el informe a Barney Fells.

—¿Qué pasa con el departamento de Homicidios Oeste y el fiscal del distrito?

—Déjaselo a Barney. A lo mejor nos libra de ese peso.

—Suele hacerlo muy bien.

—Antes de seguir adelante, Stan, ¿por qué no llamas a la Sección de Archivos (Oficina de Investigación Criminal) y averiguas si existen antecedentes sobre Macklin.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Procura que Delaney vuelva a contar su historia un par de veces. Haz traer café y bocadillos y charla un rato con él. Ya sabes. A lo mejor, se acuerda de alguna otra cosa. Con frecuencia sucede así.

—¿Por asociación de ideas?

—En efecto. Una impresión como la que ha recibido puede ofuscarle los recuerdos hasta el punto de que incluso jurará que no estaba allí cuando ocurrió el suceso. Pero algunos, de pronto, se acuerdan de algo y parecen las personas más sorprendidas del mundo.

—En efecto… a menos de que la emoción no lo borre todo por completo. También suele ocurrir.

—Haz una prueba. Y si no pasa nada, dentro de una hora dices a uno de los chicos que le lleve a su casa en un coche. El pobre se encuentra como una piltrafa.

—No me extraña —dijo Stan—. ¿Vas a comprobar las direcciones que figuran en el carnet de identidad de Macklin?

—Sí. Y cuanto antes mejor —hice una pausa—. Oye, Stan…

—Dime.

—Pregúntale a Barney si sabe dónde se encuentra ahora Jim Mooney. Le llevaron a un Instituto Psiquiátrico aquí en el mismo Estado, pero no recuerdo a cuál. A lo mejor todavía sigue allí o quizá haya salido. Averigua su paradero. Si sigue vivo y está libre…

—¡Caray! —exclamó Stan.

—En efecto, tú lo has dicho. No podemos perder tiempo.

Quienes no hayan tenido que abrirse camino a codazos por entre la oleada de pasajeros del metro que vuelven a sus casas, con la densidad a la que nosotros hubimos de enfrentarnos, no saben lo que es bueno. Stan y yo tardamos casi cinco minutos en recoger al conductor y empujarlo escaleras arriba hasta salir a la calle. Cuando llegamos al «Plymouth» del Departamento en el que Stan y yo estábamos haciendo el recorrido, cuando escuchamos la alarma, el conductor del metro estaba todavía más pálido que antes.

Una vez hube dejado a Stan y al conductor en la comisaría de la

calle Sesenta y Ocho, me puse en camino hacia la parte de la ciudad en la que, según el carnet de identidad de Edward Macklin y los recibos, se encontraba su domicilio. Fue entonces, cuando empecé a pensar en la clase de hombre que podría haber sido aquel sujeto. Mas no perdí mucho tiempo en ello. Quedaban muchas cuestiones en el aire y, probablemente, centenares de respuestas para cada una de ellas.

Cuando torcí hacia la calle Veinticuatro y empecé a buscar la casa de Macklin, traté de librarme de todo lo que no fueran datos concretos. Y éstos me demostraban cada vez con mayor claridad que, tanto Stan como yo, teníamos delante un caso complicado. La víctima del crimen vestía de una manera y vivía de otra. Contábamos con un testigo que no podía recordar otra cosa sino que el asesino parecía haber llevado impermeable. Y teníamos a un criminal sin rostro que había matado a su víctima no con un revólver o un cuchillo, sino con varias toneladas de vagón de metro.

2

La casa 923 de west 24th Street resultó ser una pensión de aspecto decrépito en un vecindario igualmente mísero. El edificio tenía cinco pisos de ladrillo y estaba cubierto de hollín, con sucias ventanas. La única cosa que quizá no llevara allí cincuenta años era un letrero de cartón que colgaba de un hierro oxidado sobre el umbral de la puerta. En el mismo podía leerse: «Habitaciones amuebladas con agua corriente. Alquiler por días, semanas o meses. Para hablar con la encargada, llamar abajo.»

Eran las seis de la tarde de uno de los días más calurosos del año y las calles estaban repletas de automóviles, mientras en las aceras parecían jugar la mitad de los niños que pueblan Nueva York. En las escaleras de entrada a las casas había hombres sentados fumando o bebiendo cerveza de bote, mientras trataban de respirar un poco de aire fresco, antes de meterse en sus sofocantes viviendas para cenar.

Di la vuelta hasta situarme frente a la verja que se encontraba en el ángulo que formaba la escalera con la fachada y toqué el timbre.

No tuve que esperar mucho tiempo. Terminaba de quitarle la funda a un cigarro puro cuando la puerta se abrió tan bruscamente que el sobresalto me hizo dar un paso atrás.

La mujer que me miraba con aire agresivo tendría unos cuarenta años. Era alta y robusta, con el pelo gris sin peinar, unos ojos castaños y desvaídos y multitud de manchas venosas en las mejillas. Llevaba una camisa de hombre a cuadros, pantalón vaquero arremangado hasta las rodillas y zapatillas de tenis muy sucias.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡No me diga!

—Soy el detective Selby —la informé—, yo…

—Le he conocido en seguida, se lo aseguro. Me di cuenta al

momento de que es usted policía. ¿Cree que no tengo ojos en la cara?

—Me gustaría hablar con el encargado.

—Está usted hablando con él. Soy la señora Judson —respondió cambiando el peso de su cuerpo al otro pie y mirándome con aire tristón—. ¿Qué es lo que quiere? No me diga que necesita habitación porque estoy hasta los topes.

La dejé expectante un momento mientras encendía el cigarro.

—¿Tiene usted un huésped llamado Edward Macklin?

Entornó un poco los ojos.

—¿Ha hecho algo malo?

—Yo no digo que haya hecho nada malo. ¿Cuándo le vio por última vez?

Se encogió de hombros.

—Creo que hace un par de días. No viene mucho por aquí. Entra y sale continuamente. A veces, paso tres o cuatro días sin verle. ¿Por qué lo quiere saber?

—Creo que todo irá mucho mejor si soy yo quien hace las preguntas, señora Judson —le advertí—. ¿Vive solo el señor Macklin?

—Desde luego. Naturalmente —vaciló un momento y luego abriendo la puerta me hizo señas de que pasara—. ¿Para qué vamos a dar noticias gratis a los vecinos? Hay ahí un par de viejas que lo oyen todo aunque se hable a diez metros de distancia.

Me encontré en un corredor oscuro y húmedo lleno de instrumentos de limpieza y de muebles rotos. Hasta mí llegó un olor acre a gatos y a grasa rancia.

—Diga. Diga —me invitó la señora Judson—. Ya sabía yo que habría algún lío.

—¿Por qué lo dice?

Apretó los labios y puso cara de estar al cabo de la calle.

—Le he venido observando —me reveló tras un momento de reflexión— y la última vez que le vi parecía estar enfermo de miedo.

—¿Hace de eso un par de días, verdad?

—Tiene usted buena memoria. En efecto, eso es lo que dije.

—¿Sabe usted qué le asustaba?

—No. Pero temblaba como una gallina. Intentó disimularlo,

aunque a mí no me engaña. Lo abrumaba el temor de Dios, seguro —dio un paso hacia mí—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—Las preguntas las hago yo —le recordé—. ¿Qué puede contarme del señor Macklin?

—¿Qué quiere que le cuente? Para mí no es más que un huésped como otro cualquiera. Paga su alquiler y no pone la radio demasiado fuerte ni se pelea con los demás —se encogió de hombros—. Pero no me interprete mal. No estoy tratando de que parezca más bueno de lo que es. Si se ha metido en algún problema con la ley no es asunto mío. No tengo por qué hacerle ningún favor.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Está de broma? ¿Es que no le conoce?

—Vamos. Acabemos cuanto antes.

—¡Al diablo! Es tan alto como yo; un metro ochenta o por ahí. Fornido, con el pelo negro, y si no fuera porque se trata de un hombre se le podría tomar por una muchacha preciosa. ¿Qué tal? ¿Está satisfecho?

Hice una señal de asentimiento. Había descrito a Macklin tan bien como cabía esperar.

—¿Y dice que sale mucho?

—En efecto. Pero paga su alquiler puntualmente. Y el que esté fuera tanto tiempo me va muy bien, ¿comprende? No he de limpiarle la habitación y hacerle la cama cada día. Ya me gustaría tener muchos huéspedes como él.

—¿Sabe si está casado?

—No, no lo sé. Nunca hago preguntas sobre cuestiones personales.

—¿Ha mencionado alguna vez tener parientes o…?

—Nunca me habló de nada de eso. El y yo sólo nos vemos cuando baja a pagarme el alquiler.

—¿Y visitantes?

—¿Quiere decir si recibe mujeres en su piso? Nó lo sé. Mientras me paguen el alquiler y no se metan en lo que no les importa, nunca me ocupo de lo que hacen mis huéspedes —declaró. Luego hizo una pausa—. Nunca subo arriba más que lo necesario. Y si alguien arma escándalo le echo a patadas. De lo contrario, pueden hacer lo que les dé la gana. En cuanto a Macklin, hasta ahora no me ha ocasionado ningún problema.

—¿Sabe de qué vive?

—No tengo ni la menor idea.

—¿Paga su alquiler en efectivo o con cheque?

—En efectivo y a tocateja… Escuche. Sé muy bien lo que quiere que le explique. Pero no voy a hacerlo. No sé nada especial de ese tipo ni quiero saberlo. Llegó hace cosa de año y medio y en todo ese tiempo no le habré visto más de una hora en total. Sólo un par de minutos cada pocas semanas, cuando paga el alquiler. A veces me entrega hasta un mes completo. Ya se lo he dicho. Hablamos muy poco. Lo que sé de él y nada viene a ser lo mismo.

El olor a gato empezaba a revolverme el estómago. Di una fuerte chupada a mi cigarro y solté lentamente el humo por la nariz. Aquello me alivió un poco, aunque no demasiado.

—Bueno. No puedo perder aquí todo el día —dijo ella.

—¿Le importaría enseñarme su habitación?

—Claro que me importaría. No subo las escaleras a menos que sea absolutamente necesario. Pero no tengo inconveniente en que suba y eche una mirada. ¿Por qué había de tenerlo? Como ya le dije antes, no le debo ningún favor a ese hombre —…se metió la mano en un bolsillo del pantalón vaquero y sacó una llave—. Aquí la tiene. Macklin vive en el tercer piso, habitación número 9.

Tomé la llave, me acerqué al pie de la escalera que estaba al final del corredor y empecé a subir.

—No olvide devolverme la llave antes de irse —me advirtió la señora Judson—. Y no se quede ahí demasiado rato.

La habitación en que vivía Edward Macklin no era más que un cuarto pobremente amueblado, ni mejor ni peor que los demás que componían la finca, como supuse. Quedaba un poco de pintura verde en la pared, y una bombilla pendía desnuda en el centro del techo. La cama era metálica, muy estrecha y estaba puesta contra una pared. En la otra se veía una cómoda quemada por los cigarrillos y un sillón desvencijado, junto a la ventana. No había más mobiliario. Ni cuadros en las paredes ni cortinas en la ventana.

La atmósfera cargada y maloliente de la habitación resultaba opresiva. Levanté el panel de la ventana, puse el cigarro en el borde y abrí el armario empotrado. Encontré en él una maleta barata

sobre una estantería, un par de corbatas de algodón muy usadas en el colgador y nada más. Bajé la maleta al suelo y abrí los cierres. Contenía sólo una pequeña cantidad de ropa interior usada, una botella de whisky vacía y una caja de cerillas. Cerré la maleta y la volví a colocar sobre el estante, después, me dirigí a la cómoda.

No me sorprendió que todos los cajones, excepto el superior, estuvieran vacíos y que en aquél no hubiera más que unas cuantas cosas: dos camisas nuevas en sus cajas de cartón, un par de pijamas todavía envueltos en celofán, tres pares de calcetines, medio cartón de cigarrillos, una botella de whisky King's Ranson y un neceser de tela con afeitadora, hojas, crema y un cepillo de dientes. También había una minúscula radio con la caja de plástico rota y un pedazo de cuerda gastada.

La radio estaba en un rincón, y cuando la saqué pude ver que, debajo de ella, había una cartera de cuero labrado del tamaño de una tarjeta postal. La cartera estaba acondicionada para llevar dos fotografías, pero el compartimiento derecho permanecía vacío. En el de la izquierda pude ver un retrato de estudio a color de una muchacha increíblemente bonita, con el pelo negro llegándole a los hombros, ojos azules mirando un poco de soslayo y una piel que difícilmente podía ser tan blanca como se mostraba en la foto.

Saqué el retrato de la cartera y tomé nota del nombre del fotógrafo y del número de registro. A continuación me quité la chaqueta, me aflojé el nudo de la corbata y reanudé mi trabajo.

Lo rebusqué todo, sin dejarme ni un centímetro cuadrado, incluyendo el interior de la radio y los huecos que formaban las patas de la cama; pero no encontré nada, ni siquiera un alfiler ni un envoltorio de chicle.

Finalmente me puse la chaqueta, recuperé el cigarro ya apagado del borde de la ventana y salí de la habitación. Lo único que había podido sacar en claro de mi búsqueda fue que Macklin no vivía realmente allí. Desde luego, pagaba el alquiler de la habitación y probablemente pasaba en ella alguna noche, de vez en cuando; pero su vivienda habitual debía encontrarse en otro sitio. Aquella habitación del tercer piso no era más que una pantalla o quizá un escondrijo; no el lugar al que Macklin hubiera podido llamar su casa. Cada vez veía más claro que aquel hombre llevó más de una vida, y me parecía cada vez menos probable que hubiera obrado así

sólo por parecer un excéntrico.

En el rellano del primer piso, cerca de la puerta, había una mesa para la correspondencia de los huéspedes. Repasé las cartas; ninguna de ellas estaba dirigida a Macklin.

La señora Judson se encontraba exactamente donde la había dejado. En cambio, ahora se ocupaba intentando arreglar una silla con alambres. Se echó hacia atrás el mechón de pelo gris que le colgaba sobre la frente y me miró ceñuda.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Ha encontrado lo que buscaba?

Moví la cabeza negativamente y le devolví la llave.

—Si quiere, la ayudo un poco —añadí alargando la mano hacia la silla.

—No, no —repuso—. No me gusta deberle favores a nadie. Y además no es la primera silla que arreglo.

Volví a encender el cigarro y miré a mi alrededor tratando de descubrir la causa de aquel olor a gato.

—¿No le parece raro que Macklin pague por una habitación que usa tan poco? —quise saber.

—¿Raro? ¿Y por qué había de ser raro? Ya le dije que nunca hago preguntas. Algunos se pelean con sus mujeres tan a menudo que buscan un lugar al que poder retirarse de vez en cuando. A lo mejor a usted también le pasa. Pero no se lo pregunto, ¿verdad? Pues tampoco lo pregunto a Macklin.

—¿Se le ocurre alguna otra cosa que pueda serme de interés?

Ella dio un tirón al alambre y apoyó la silla contra la pared.

—Pues… no creo que tenga importancia, pero me he acordado de algo. Ese Macklin, al principio, solía tener la curiosa costumbre de cantar. No es que me importara mucho; pero un día llegó aquí con una guitarra y le aseguro que nunca he oído un escándalo semejante. Inmediatamente fui a decirle que parara el ruido o que se buscara otra habitación. Se portó muy bien. Jamás he vuelto a oírle ni tararear siquiera —hizo un guiño—. Era música country, ¿sabe? Auténticas canciones de cowboy. Me sorprendió porque Macklin no tiene pinta de pueblerino. No hay más que echarle la vista encima para darse cuenta de ello —tomó otra de las sillas rotas y volvió a empezar con el alambre—. Tiene una bonita voz, debo reconocerlo. Pero a mí esa música de pueblo no me gusta. Cuando la oigo me entran ganas de irme a un rincón y llorar a

lágrima viva.

Saqué la cartera y le mostré la fotografía de la chica.

—¿Ha visto alguna vez a esta chica por aquí? —le pregunté.

La señora Judson contempló la fotografía unos momentos.

—No —repuso—. No suelo espiar a mis huéspedes, pero estoy segura de que ninguno de ellos hubiera traído aquí a semejante portento. Y menos todavía Macklin. Porque es un pobrete. A juzgar por su aspecto, apenas si tendrá lo suficiente como para pagarse un par de cervezas, y a veces ni siquiera eso.

—Me pregunto si querrá hacerle un favor a la Policía —comencé—. Nosotros…

—Ahórrese el esfuerzo —me contestó—. Igual que no pregunto, tampoco digo nada. Y menos a los policías.

—Macklin ha muerto, señora Judson —la informé—. Y necesitamos que alguien identifique su cadáver.

La señora Judson dejó caer la silla.

—¡Dios mío! —exclamó… ¡Oh, Dios mío!

Esperé unos momentos.

—¿Quiere decir que… está muerto ahí arriba? ¿Se ha cortado el cuello o algo por el estilo?

—No, Macklin fue asesinado en la parte alta de la ciudad. Y ahora necesitamos que alguien venga al depósito y eche una mirada al cadáver.

Ella recuperó algo de su color y luego volvió a tomar la silla.

—¡Cielos! —exclamó—. Vaya susto que me ha dado. Creí que estaba muerto en la habitación y que me había manchado las sábanas de sangre. Pero, ¿a qué viene todo esto?

—¿Quiere contestarme sobre lo de la identificación?

Me echó una mirada colérica.

—¡Váyase al diablo! —repuso—. Me ha estado usted engañando todo el tiempo. Si ha muerto, ¿por qué no me lo dijo de entrada? Habló como si aún viviera.

—A veces no hay más remedio —me justifiqué—. El caso es que necesitamos esa identificación.

—Si ha sabido usted dónde encontrarlo, seguro que sabe más cosas de él.

—Hemos hecho una identificación provisional, señora Judson. Pero preferiríamos otra más positiva de alguien que le conociera

personalmente. En realidad sería mejor un pariente, pero hasta que lo localicemos…

—¡Ah! Conque preferirían eso, ¿verdad? Pues entonces, encuéntrelo usted solo. No cuente conmigo. Y punto final. No quiero meterme en líos por nada del mundo.

Di una breve chupada a mi cigarro.

—Desde luego, no podemos obligarla, pero…

—¡Naturalmente que no me puede obligar!

Me encogí de hombros.

—Bien; gracias por dejarme examinar el cuarto. Ya encontraremos a alguien que haga la identificación.

—Hay que reconocer que ha sido un buen regalo —murmuró la mujer pensativa.

Me volví hacia ella.

—¿A qué se refiere?

Se apretó los labios un momento y luego, por vez primera desde que me había enfrentado con ella, su rostro pareció adquirir un aspecto casi alegre.

—A lo del alquiler de Macklin. Me había pagado un mes completo. Ahora podré alquilar la habitación otra vez y sacarle un doble beneficio.

—Bueno. Es un punto de vista —comenté.

Ahora casi sonreía al decir:

—No se haga el santo conmigo. No es que sea mi punto de vista. Es que es el único que tengo. Como dije antes, ha sido un buen regalo.

Abandone la casa y me acerqué a una tienda de caramelos situada en la esquina. Aquel era un tipo de vecindario en el que un policía de paisano se distingue con la misma claridad que si llevara uniforme. Mientras transitaba por la acera algunos hombres me dirigieron miradas aviesas, y un grupo de jovenzuelos me contempló de manera francamente hostil en el bar en el que me detuve a pedir monedas sueltas para poder telefonear.

Me dirigí a las cabinas que estaban en la parte trasera del local y pasé unos minutos ojeando el listín. Luego me metí en una de ellas y llamé al estudio donde habían hecho la fotografía que encontré en

el cajón de la cómoda de Macklin. Eran casi las siete, es decir, pasada la hora de cierre de los comercios. Así es que me sorprendió que alguien contestara mi llamada.

Era un hombre que hablaba en tono colérico y cansado. Me dijo que el estudio estaba cerrado y que le había obligado a interrumpir su trabajo mientras revelaba. Me identifiqué; le di el número de registro del dorso de la foto de la chica y le rogué que me facilitara el nombre y la dirección de ésta. Unos minutos después el hombre volvió para decirme que la chica se llamaba Marcia Kelbert y que vivía en 622 East, 47 Street. Su número de teléfono era Murray Hill 9-9801.

Marqué el número en cuestión y esperé, dispuesto a colgar si Miss Kelbert contestaba. Porque desde luego yo raras veces, o mejor dicho casi nunca, interrogo a nadie por teléfono. Mi propósito al llamar era el de saber si se encontraba en casa. De ser así hubiera ido en seguida al East Side para charlar con ella.

No hubo respuesta. Luego de esperar los usuales veinte timbrazos colgué y llamé a la Sección de Archivos para que me dieran algún dato.

El que contestó era Johnny Wallace, amigo mío desde hace mucho tiempo. Al darle el nombre, se echó a reír.

—Este es uno de esos casos en que no es necesario usar el archivo, Pete —me contestó—. Aunque lo haría de buena gana sólo para divertirme un poco. Tenemos fotografías porno de esa chica que harían salir los ojos de las órbitas de un muerto.

—¿Qué puedes decirme de ella? —pregunté.

—¡Cielos, Pete! ¿Es que has estado viviendo en una cueva? Marcia Kelbert es una de las furcias más caras de toda la ciudad. Lo que pasa es que no frecuentas los círculos elegantes.

—¿Qué dice su ficha?

—Me gustaría poder hablar de esa mujer por experiencia, muchacho —me contestó—. Pero si lo que quieres saber es lo que figura en la ficha te diré que no es mucho. Las fotos son estupendas pero hay muy pocos datos. Te los puedo facilitar si los deseas.

—De acuerdo; dámelos.

—Ahí van. La primera vez que la detuvieron fue por robar en unas tiendas cuando tenía diecinueve años. De esto hace ya tres. Se desestimó la acusación cuando pagó por lo que había robado. Al

año siguiente, la volvieron a detener dos veces por buscar clientes en la vía pública. En las dos salió libre. El año pasado, el fiscal del distrito la citó para ser interrogada en relación con ciertas investigaciones sobre vicio, que por cierto no pudo llevar adelante. Hay una nota de un ayudante del fiscal en la que se dice que la chica cooperó estupendamente, y que incluso habló largo rato con el jurado de acusación. Pero éste no logró reunir las suficientes pruebas y Marcia se libró de aparecer en el juicio —hizo una pausa —. Stan Rayder nos llamó hace un rato. Dijo que tú y él tenéis un caso de homicidio; un tal Macklin. Me ha pedido informes suyos.

—En efecto. ¿Y qué ha pasado?

—Que no hay ninguno, Pete. ¿Crees que existe alguna relación entre él y esa Marcia?

—A lo mejor. Porque Macklin tenía una foto suya.

—Comprendo. Era un hombre de buen gusto.

—¿Qué otra cosa puedes decirme de esa chica, Johnny?

—No mucho. Uno de los agentes del fiscal hizo unas averiguaciones antes de que el jurado de acusación la llamara a declarar. Tenemos una copia del informe. Sinceramente, no vale la pena que te lo lea.

—¿En qué organización de contactos femeninos por teléfono está trabajando ahora?

—En ninguna. Trabaja por su cuenta, Pete. Es tan independiente que no le gusta tener que discutir con los demás.

—¿Cómo actúa?

—Con mucha discreción. Se pega a un tipo rico durante una semana, un mes, o a veces incluso más. Nada de visitas de una sola noche. Su especialidad son los viajes de places a Miami, Las Vegas, Acapulco y lugares parecidos en calidad de acompañante de algún tío.

—Eso es muy caro.

—Desde luego.

—¿Qué pantalla utiliza?

—Las corrientes. Trabajos de modelo; alguna aparición en anuncios de la tele y cosas así. Lo suficiente para tener algo con qué justificar sus ingresos. ¿Estás seguro de no haberla visto nunca en televisión?

—No. Yo sólo miro los combates de boxeo.

—Bien. Ahora ya no pierde tanto tiempo como antes con esos disimulos. No se lo puede permitir.

—¿Tiene contacto con algunos malhechores?

—Probablemente, pero el ayudante del fiscal no los menciona. Es una solitaria y nada más.

—¿Es cuanto sabéis de ella?

—Eso es todo. Aunque hay una cosa: al Macklin ese debían sobrarle los billetes. De lo contrario no hubiera podido estar con Marcia Kelbert más que el tiempo suficiente para decirle «hola».

—Lo comprendo muy bien. Gracias, Johnny.

—De nada. Espero que no tardes en ver a esa chica en carne y hueso. Me gustará saber tu reacción… aparte de la de saltársete los ojos, por supuesto.

—Te daré un informe por escrito —le prometí.

—¡Bien! —exclamó Johnny y colgó el teléfono.

La cabina estaba ahora tan llena del humo de mi cigarro que los ojos me empezaron a escocer. Abrí la puerta, miré desafiante unos momentos a los jovenzuelos del bar y volví a cerrar la puerta marcando el número de la comisaría. Me contestó Barney Fells, teniente al mando de la veinteava patrulla de detectives. Barney había sido escribiente de la Policía durante largo tiempo, pero nunca se resignó a aquella tarea rutinaria ni cesó de insistir en que le soltaran las trabas y que le pusieran en lo que él llamaba «primera línea de frente». No tenía favoritos ni consentía ningún fallo ni de sus hombres ni de sus superiores. Su opinión de cual quiera de ellos reflejaba la que la mereciese como policía. Era un jefe exigente, pero honesto, y si a veces se hacía difícil tratar con él, siempre quedaba un respeto indudable hacia su modo de pensar.

—Stan Rayder me ha informado sobre el caso Macklin, Pete —me dijo—. ¿Por qué no ha querido retener a ese conductor como testigo presencial?

—No hubiera servido de nada, Barney —le respondí—. No va a aportar nada importante.

—¿Ah, sí? Pues le sorprendería saber lo que unas cuantas horas en una celda pueden conseguir. He visto muchos fallos de memoria curados por ese sistema, muchacho. El fiscal del distrito lo

arreglaría en un minuto.

Barney es de esa clase de policía que metería en la cárcel hasta a un hermano suyo si tuviera motivos para creer que dicho hermano estaba ocultando información. En el caso del conductor del metro, Barney parecía creer que estaba evitando hacer una descripción del asesino por miedo a sufrir represalias. Al investigar crímenes de sangre, la Policía y el fiscal del distrito tropiezan con uno de los más duros problemas cuando los testigos se resisten a hablar. Uno de los medios más efectivos de luchar contra ello es detener a la persona como testigo presencial, lo que significa que se le puede encerrar (a veces casi indefinidamente) en una celda especial o en una habitación de hotel debidamente vigilada.

Existen, desde luego, casos en los que tales detenciones son necesarias para procurar la propia seguridad del testigo; sin embargo, en la mayoría, este procedimiento se adopta sólo como medio para refrescarle la memoria o para impedir que abandone la jurisdicción del tribunal antes de ser llamado a declarar. Un testigo presencial tiene derecho a fianza, mas la oficina del fiscal suele ponerla tan alta que le es imposible al detenido poder satisfacerla. Si bien el sospechoso de un crimen tiene derecho a no prestar declaración ante la Policía y el fiscal del distrito, excepto en presencia de su abogado, el detenido como testigo presencial no posee los mismos derechos. Puede ser interrogado en solitario y de manera interminable y repetida.

Se trata de un método bastante severo para asegurarse información, y yo personalmente sólo lo uso cuando estoy convencido sin lugar a dudas de que el «testigo» es, en realidad, el autor del delito. En este caso procuro que le tengan a la sombra hasta que haya podido recoger evidencia suficiente contra él para asegurarme una acusación en regla.

—Pues yo creo que el conductor dice la verdad, Barney —aseguré—. Si se acordara de cómo era aquel hombre nos lo habría dicho.

—Lo cree, pero no sabe nada. Es usted capaz de pensar que e 'as nenas con cara de muñeca de la Octava Avenida se sonrojarían hasta el ombligo si alguien soltara un taco delante de ellas. Pero la verdad es que cuando se las detiene por alguna cosa y la agente femenina las registra de arriba a abajo, resulta que están de droga

hasta la punta del pelo y llevan cuchillas de afeitar ocultas en la liga. ¿Qué diantres le ocurre?

—Escuche, Barney; ese hombre tiene mucha experiencia en su oficio y…

—Bueno, bueno. No vamos a pelearnos por una cosa tan nimia. El caso es suyo, y si no lo lleva bien, ya encontraré a otro policía para que le reemplace. ¿Qué ha podido descubrir hasta ahora?

Le conté lo poco que sabía sobre Edward Macklin. Al terminar, estuvo silencioso unos minutos.

—¡Vaya un tipo raro ese Macklin! —exclamó finalmente—. Va vestido como usted y como yo, y lleva encima quinientos pavos para gastar. Tira el dinero como un loco, y en cambio vive en una pocilga donde, por otra parte, encuentra usted una botella de King's Ranson, uno de los whiskys más caros que existen y la foto de una prostituta de postín que no te daría ni un pellizco en el codo por menos de veinte dólares.

—La verdad es que no frecuentaba mucho esa habitación de la calle Veinticuatro —comenté—. Y lo de llevar encima la foto de Marcia Kelbert no significa necesariamente que…

—Me dijo que la foto estaba en una cartera de piel, ¿verdad?

—Sí.

—Y que se trata de una foto de estudio.

—En efecto, pero…

—Entonces no se trata de algo que ese sujeto pudiera conseguir en cualquier parte. No es una foto publicitaria de las que se obtienen con sólo pedirlas —hizo un sonido suave como de risa contenida—. Vale más que se tome un café bien cargado, Pete. Me parece que tiene usted sueño.

Hice como que no le escuchaba.

—¿Está por ahí Stan Rayder, Barney?

—Sí. Se encuentra en uno de los departamentos para interrogatorios escuchando cómo el conductor del metro le habla de su mujer y de su hija. Los he estado escuchando un rato por el interfono. Toda esa táctica de guante blanco no es más que una rutina y una pérdida de tiempo, Pete, se lo aseguro.

—¿Quiere ponerme con Stan, por favor?

—Sí, desde luego. Y escuche bien. Con todo el interés que pueda. Esta ciudad no ha tenido un homicidio decente en casi un

mes. Los periódicos están ávidos de sensacionalismo y los ciudadanos también, y tengo la impresión de que este Edward Macklin va a resultar un buen bocado. Espere a que los periódicos le hinquen el diente.

—Barney…

—Bien, bien. Le pongo con él.

Oí un ligero chasquido cuando Stan conectó con el departamento para interrogatorios. Había otro teléfono en la habitación con un micrófono por el que Barney Fells había estado escuchando antes de que yo le llamara. Tuve la sensación de que volvería a escuchar por allí y no porque quisiera hacer comprobaciones con Stan y conmigo, sino porque tenía más experiencia que nosotros dos juntos y confiaba en poder recoger algún cabo suelto.

—¿Has sacado algo en limpio? —me preguntó Stan.

Le hice un rápido resumen de mis investigaciones y le pregunté si por su parte había conseguido alguna información del conductor.

—Delaney y yo hemos tenido una larga charla —me contestó—. Su hija va al mismo instituto al que yo asistí en mis tiempos.

—Una noticia sensacional, Stan. ¿Cómo está Delaney de memoria?

—No ha mejorado.

—¿Conseguiste una declaración?

—Me ha repetido lo de siempre.

—Tendrías que hacer que alguien le acompañara a su casa. Dile también que apreciaremos mucho que se mantenga a nuestra disposición y asegúrate de que nos llame si recuerda algo, por insignificante que le pueda parecer.

—De acuerdo. ¿Y del papeleo qué? ¿Quieres que lo empecemos?

—No. Yo fui quien recogió el aviso del accidente, y, por lo tanto, el paquete me corresponde a mí. ¿Qué hay de la autopsia?

—Nada.

—¿Has logrado averiguar algo acerca de Jim Mooney?

—Todavía no, Pete. He preguntado a Barney sobre él y me ha dicho que Mooney tenía ya casi cincuenta años cuando se dedicaba a empujar gente desde el andén del metro. Ahora debe tener

setenta, si es que todavía vive. Barney asegura que hace tres años permanecía todavía recluido en una institución psiquiátrica.

—A mí, lo que verdaderamente me gustaría saber es dónde se encontraba hace tres horas.

—Claro. He preguntado en Sección de Archivos y ya deberían haber contestado algo.

—¿No te gustaría salir un rato de la comisaría?

—Claro que sí.

—Voy a comprobar la segunda dirección del carnet de identidad de Macklin. La que estaba tachada. Es en la calle Cincuenta y Ocho. ¿Qué te parece si te recojo frente a la comisaría y nos vamos allá? Tardaré media hora.

—¿Media hora? —nos interrumpió la voz indignada de Barney Fells—. ¿Pero qué es eso, Pete? Puede estar aquí en veinte minutos. ¡Vamos! Mueva el esqueleto. Y no estoy bromeando.

Y dicho esto, colgó el teléfono .

—Ya has oído —me advirtió Stan.

—Sí; lo he oído —repuse—. Hasta dentro de media hora.

Sin embargo, antes de salir para recogerle en la comisaría hice otras dos llamadas telefónicas. La primera fue a la oficina de venta de localidades cuyo recibo habíamos encontrado en el bolsillo del muerto. La mujer con la que hablé me dijo que en su fichero sólo figuraban las señas de Macklin y el dato de que había pagado en efectivo todas sus facturas, incluyendo la que llevaba encima. Una de las pistas podía darse, pues, por agotada. Yo siempre creí que Macklin había pagado sus entradas de teatro con cheques como hace la mayoría de la gente, en cuyo caso habríamos sabido el nombre de su Banco, y a través de éste, establecido otro contacto.

La segunda llamada fue al bar-club, donde Macklin había pagado doscientos cinco dólares. El local, probablemente, no abría hasta las tres o las cuatro de la madrugada; pero ello no significaba que no hubiera nadie allí.

Sin embargo, no conseguí respuesta. Colgué, recuperé la moneda y volví a mi automóvil.

3

La casa de 631 West 58 Street es decir, las señas que Edward Macklin había tachado en su carnet de identidad, era un edificio antiguo, de piedra oscura. Tenía tres pisos y se encontraba en medio de uno de esos bloques heterogéneos que en otros tiempos estuvieron ocupados por residencias particulares, pero que en la actualidad van siendo acondicionados para inmuebles de oficinas, hoteles y viviendas. Iba camino de convertirse en un bloque para gente de posibilidades económicas, y con el tiempo, los modestos bares y restaurantes de barriada quedarían sustituidos por lujosos locales para cocktails y clubs nocturnos.

Stan y yo encontramos un lugar donde aparcar el coche junto a la esquina, y retrocedimos a pie hasta el número 631. Pasaban unos pocos minutos de las ocho, y la mayoría de los bares estaban hasta los topes con la clientela habitual de las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche.

—Había olvidado decirte algo —empezó Stan cuando llegábamos al edificio y subíamos los escalones de la entrada— Barney, me comunicó tener unas palabras expresamente para ti.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles son?

—«Ponga entusiasmo.»

Sonreí.

—Si el jefe pudiese permitírselo, estoy convencido de que se cambiaría por uno de nosotros sin pensarlo.

Stan hizo una señal de asentimiento.

—Desde luego. Cuando salí, se quedó como un niño al que obligan a permanecer en casa mientras otros se ponen en camino hacia una fiesta. Me da lástima. En sus tiempos fue un policía

excelente.

—Y todavía lo es —reconocí en el momento en que apretaba el timbre.

—Cada vez que suena el teléfono se le ponen las orejas de punta —comentó Stan—. Igual que uno de esos viejos caballos de batalla.

—¿Has visto alguna vez un caballo de batalla, Stan?

Se echó a reír.

—Bueno, bórralo. Ya sabes a lo que voy. Lo que me preocupa es que a nosotros nos pueda pasar lo mismo cualquier día.

No le contesté. Yo también pensaba en ello con alguna frecuencia. La promoción a jefe de patrulla estaba todavía muy lejana; pero era una posibilidad, y yo no dejaba de tenerla en cuenta. No es que careciera de ambición o que me disgustara la responsabilidad. Lo que ocurría era que mis preferencias se inclinaban hacia un trabajo activo, contrario a las tareas sedentarias de escritorio. O dicho en otras palabras: no me gustaba quedarme en casa mientras otros se iban de fiesta.

Había vuelto a poner el dedo en el botón del timbre cuando la puerta se abrió. El hombre que acababa de aparecer ante nosotros, iluminado por la luz del vestíbulo, tendría unos cincuenta años, más o menos. Era extremadamente delgado y calvo, con los ojos oscuros y húmedos tras unas gafas sin montura. Su estrecha nariz estaba un poco torcida hacia la izquierda y carecía casi por completo de mentón. Tenía las mejillas profundamente hundidas, como si le faltaran la mitad de los dientes posteriores y la nuez le sobresalía de un modo exagerado por encima del cuello alto de un jersey de seda. A pesar del calor, iba vestido con una llamativa americana a cuadros, amplios pantalones grises de franela y zapatos caseros forrados.

Miró a Stan y luego a mí, esbozó una tenue sonrisa y preguntó:

—Caballeros, ¿en qué puedo servirles?

Yo tengo una voz muy profunda y siempre me sorprende que otros también puedan tenerla, e incluso que me aventajen. Y la de aquel hombre me aventajaba; y en mucho. Era, probablemente, la voz más profunda que haya oído jamás.

—Soy el detective Selby —me presenté— y mi compañero, el detective Rayder.

El hombre asintió.

—¿Cómo están? Me llamo Paul Stoddard.

—¿Es usted el dueño de la casa, señor Stoddard?

—Sí —la sonrisa había casi desaparecido de su rostro—. ¿Ocurre algo, caballeros?

—Sería mejor que hablásemos en el interior —propuse.

Stoddard acabó de abrir la puerta y se hizo atrás.

—Sí, sí, claro. Pasemos al salón.

Stan y yo le seguimos a través del vestíbulo y a lo largo de un pasillo con una alfombra muy gruesa hasta llegar a lo que en las casas antiguas de Nueva York se llama el salón principal. A lo largo de dos de las paredes había unos sofás por elementos que formaban una curva; en la tercera un mueble para la televisión y el aparato de alta fidelidad combinados, y un bar de cuero y metales cromados con media docena de taburetes en la cuarta pared. Sobre el bar se veía una enorme pintura descolorida en un marco dorado, representando a una chica desnuda tendida en una especie de sofá y oliendo una rosa. La chica llevaba largas medias negras con ligas de encaje encarnado, y sonreía a quienes ocuparan el salón, lo que probablemente hubiera sido una expresión seductora en 1870.

Aquella pintura pareció fascinar a Stan Rayder, quien se detuvo al cruzar el umbral para quedársela mirando fijamente. Su habitual expresión de velada sorpresa me pareció esta vez total y verdadera.

Al observar la dirección de la mirada de Stan, Stoddard volvió a sonreír como antes.

—Es excepcional, ¿verdad? —preguntó cual si quisiera conversar sobre aquel tema—. Un amigo nuestro nos la mandó desde Montana. Figuraba en la subasta del viejo mobiliario de un «Saloon». Y supongo imaginó que aportaría cierta auténtica atmósfera del Oeste a nuestro hogar.

—Es muy bonita —comentó Stan—. Podríamos poner una cosa así en la comisaría, junto al altavoz de la pared.

—Estoy seguro de que esa joven no quedaría más desplazada allí de lo que lo está aquí —comentó Stoddard. Y haciéndonos una señal para que nos sentáramos en los sofás, se acercó un sillón para él—. Y ahora, ¿quieren decirme cuál es el motivo de su visita?

Saqué mi libreta y preparé una hoja en blanco.

—¿Conoce a un hombre llamado Edward Macklin?

Stoddard hizo una señal de asentimiento.

—Sí, le conozco. Le conozco muy bien.

—¿Vive aquí, verdad?

—No. Se marchó hace ya… creo que un año y medio.

—¿Cuál era su condición?

—¿Cómo dice?

—¿Vivía como inquilino, estaba a pensión…?

—¡Oh! Más bien yo diría que era una especie de huésped permanente, ¿comprende?

—¿Un amigo íntimo?

—Sí. Hubo un tiempo en que Eddie trabajó como empleado mío. Cierto día me dijo que tenía dificultades en encontrar un alojamiento decente que no pasara de un determinado precio y le sugerí que se quedara aquí con nosotros por algún tiempo.

—¿Ha dicho nosotros?

—Me refiero a mi esposa y a mí. Nosotros… Nina y yo, simpatizamos mucho con él. Era agradable tener aquí a una persona más joven, ¿sabe? Hicimos todo lo posible para que Eddie se considerase como de la familia —hizo una pausa estudiando cuidadosamente mi cara— señor Selby, me veo en la obligación de preguntarle… quiero decir, espero que nada grave haya ocurrido… Bueno, por decirlo de una manera más directa. ¿Es que Eddie se encuentra metido en algún lío?

No contesté nada y casi inmediatamente, Stoddard añadió:

—Desde luego, comprendo que usted no tiene ninguna obligación de revelarme nada. Pero me gustaría ayudar a Eddie en lo posible. Como amigo suyo creo que…

—Estoy seguro de que él lo apreciaría mucho, señor Stoddard —intervino Stan Rayder—. Pero usted ya está haciendo todo lo que puede por él al contestar a nuestras preguntas.

Stoddard hizo una casi imperceptible señal de asentimiento.

—Comprendo —dijo y miró a Stan con una expresión de ligero reproche. Luego se esforzó en volver a sonreír y volviéndose hacia mí añadió—: Continúe, por favor.

—Nos ha dicho usted que Macklin vivió hospedado aquí hasta hace cosa de año y medio. ¿Le ha visto desde entonces?

—Sí, claro. Varias veces. Le he visto hace cosa de una semana.

Me lo encontré en la calle por casualidad; entramos en un bar y echamos un par de tragos.

—¿A qué se dedica usted, señor Stoddard?

—De momento a nada. Podríamos decir que me encuentro en una especie de retiro provisional. Desde hace casi dos años, mi salud no es muy buena. Cuando Eddie trabajaba para mí, me dedicaba al negocio de artículos de cocina. Representaba numerosas fábricas. Hacía casi todo mi negocio con cadenas de hoteles y constructoras.

—¿Qué clase de trabajo realizaba Macklin para usted?

—Me llevaba la contabilidad. Y era muy bueno, se lo aseguro. El mejor contable que he tenido. Mis otros empleados solían decir que tenía un cerebro casi electrónico.

Stan se inclinó un poco hacia adelante.

—¿Sabe si tenía alguna otra fuente de ingresos? —preguntó.

Stoddard frunció el ceño con aire pensativo.

—Pues no. Tengo casi la seguridad de que no.

—Volvamos a ese día en que se encontró con él en la calle —continuó Stan—. ¿Mencionó haber ganado algún dinero últimamente?

Stoddard movió la cabeza.

—No; no dijo nada de eso.

—¿Está en casa su esposa? —le pregunté.

—Sí. ¿Quieren conocerla?

—Se lo agradeceríamos mucho.

Stoddard se levantó y salió de la habitación por una arcada con cortinas que estaba a la izquierda del bar. Stan se acercó a examinar la pintura de la chica de la sonrisa y las largas medias negras, y yo empecé a garrapatear en mi libreta algunas notas relativas a la información conseguida hasta entonces de nuestro interlocutor.

Stoddard volvió casi antes de que hubiera terminado. La mujer que le acompañaba no llegaba a los treinta años, y el contraste que su aspecto ofrecía comparándolo con el de su esposo era sorprendente. Tenía el pelo espeso y castaño en el que destacaba un amplio mechón gris. Sus pestañas eran tan largas y oscuras que sus ojos verdes parecían casi negros. Su rostro era en extremo atractivo,

aunque no bello; uno de esos rostros que se recuerdan luego de que otros más bonitos quedan completamente olvidados. Llevaba una blusa amarilla de punto, un cinturón negro bastante ancho y unos pantalones verdes muy ajustados y casi transparentes, calculados, a lo que me pareció para hacer resaltar todavía más el verde de sus pupilas y poner de relieve las largas y perfectas piernas.

El modo de andar de la señora Stoddard era algo más que un desplazamiento normal; semejaba un avance casi deliberado que tenía mucho del deslizarse de un felino.

—Nina —le dijo su marido—, te presento a los detectives Selby y Rayder. Quieren hacernos algunas preguntas sobre Eddie Macklin.

Me levanté y saludé, mientras Stan se acercaba desde el bar. La señora Stoddard sonrió brevemente y se dejó caer en el sillón en el que había estado sentado su esposo minutos antes.

—Sentémonos todos —propuso. Tenía una voz profunda y un tanto difusa. No es que notara olor a alcohol pero me pareció que las mejillas de la señora Stoddard estaban un poco sonrojadas y sus pupilas brillaban quizá en demasía, señal evidente de que había bebido bastante. Cruzó las piernas de ese modo displicente pero provocativo con que lo hacen todas las mujeres de piernas bonitas, y dio unos golpecitos sobre el brazo de su sillón.

—Siéntate, querido —invitó a su esposo.

Stoddard se sentó como ella le decía y le pasó un brazo por los hombros. Observé que su actitud era un tanto posesiva e incluso quizá demasiado deliberada en tal sentido.

Se produjo un largo silencio mientras ella me hacía objeto de ese reflexivo y prolongado examen que la gente reserva, generalmente, para los caballos de carreras en su paseo preliminar. Pero no pareció demasiado impresionada, y a juzgar por su expresión cuando hubo hecho lo mismo con Stan, me dije que mi colega no había salido mejor parado que yo. Era la clase de mirada que le hace a uno preguntarse cómo debe ser la vida en una casa como aquélla, con una esposa tan provocativa como la señora Stoddard un marido que por lo menos la doblaba en edad y un joven tan guapo como Edward Macklin.

La señora Stoddard sonrió y cambió sus piernas de posición.

—Mi marido me ha dicho que no debo hacer preguntas —declaró—. ¿Les parece bonito? Después de todo, somos íntimos

amigos de Eddie y es lógico que nos sintamos preocupados por él.

—Tenemos que ceñirnos a las reglas, señora —le indiqué.

Ella miró a su esposo con una expresión ligeramente triunfal, puesto que yo acababa de decir exactamente lo que esperaba de mí. Luego se acomodó todavía más en el sillón, y el movimiento le ciñó por un instante la blusa, de tal modo que sus senos quedaron claramente moldeados por el tino tejido.

—Entonces no habrá más remedio que obedecer —dijo fríamente.

—¡Vamos, Nina! —la amonestó Stoddard a la vez que nos sonreía a Stan y a mí como si nos pidiera perdón.

—¿Cuánto hace que se retiró usted, señor Stoddard? —quise saber.

—Hace cosa de un año.

—Entonces Macklin se marchó antes de que usted se retirara.

—En efecto.

—¿Por qué?

Stoddard frunció el ceño.

—No entiendo el sentido de su pregunta.

—Lo que quiero saber es el motivo por el que se marchó. ¿Se había producido alguna diferencia entre ustedes? ¿Surgió algún problema?

Había dirigido mi pregunta a Stoddard, pero mirando a su mujer. La expresión de ésta no había cambiado en absoluto. Aunque la verdad es que yo tampoco lo esperaba.

—No, nada de eso —repuso Stoddard—. Nunca hubo problemas entre nosotros. En todo el tiempo que estuvo aquí, no pasó nada. Simplemente prefirió irse a trabajar a otro sitio. Y supongo que después de aquello se sentiría algo incómodo y pensó que sería mejor para todos si se cambiaba de domicilio.

—Él era el único que opinaba así —intervino Nina Stoddard con su voz ligeramente difusa—. Desde luego, Paul y yo tratamos de disuadirlo porque nos parecía una… tontería enorme. ¿Qué diferencia podía existir entre trabajar para mi marido o para cualquier otra persona? Nos sentimos realmente disgustados, pero evitamos dárselo a entender, y no lo ha sabido nunca.

—¿No pagaba alquiler? —preguntó Stan Rayder.

—No —repuso Stoddard—. Desde luego que no. Era nuestro

invitado —hizo una pausa—. Así, pues, yo no podía retenerle aquí si él no quería. Me hubiera gustado pagarle una cantidad más elevada de la que le ofrecieran en otro lugar, pero ya le daba el máximo que podía, mientras trataba de que los demás empleados no protestaran. Si le concedía un nuevo aumento habrían surgido graves problemas con los demás. En realidad, ya circulaban comentarios y murmuraciones porque vivía con Nina y conmigo.

—¿Cómo se llama la oficina a la que se fue al salir de aquí? —quise saber.

—Hatcher Brothers. Son comerciantes de alfombras y cortinajes al por mayor y están establecidos en el Loper Building.

Anoté el nombre y las señas en mi libreta.

—Volvamos a la última vez que usted le vio —proseguí—. ¿Manifestó tener algún problema?

Stoddard se quitó los lentes y los frotó con aire abstraído en una de las solapas de su chaqueta.

—No…, no dijo nada —me contestó cual si reflexionase—. De todos modos, me pareció un poco preocupado y le pregunté sobre ello; mas se encogió de hombros y no contestó nada. Comprendí que no quería hablar y, como es natural, no insistí.

—¿No le dio alguna explicación?

—Ninguna.

—¿Sabe usted si solía tener problemas mientras estuvo aquí?

Stoddard volvió a ponerse los lentes y se alisó el espeso pelo que le cubría la parte posterior de la cabeza.

—No.

—¿Mencionó haber recibido alguna amenaza? ¿Estuvo complicado en algún problema legal, digamos, como testigo en algún caso penal o civil?

—No, nada de eso.

—¿Tuvo algún incidente con maridos celosos o con amigos? —preguntó Stan.

Stoddard movió la cabeza.

—Conociendo a Eddie como yo le conocía, creo poder decir tajantemente que no los tuvo.

—Estas preguntas me parecen un poco alarmantes —intervino Nina Stoddard—. ¿Es que acaso…?

—Por favor, Nina —la amonestó Stoddard—. Estoy convencido

de que si a Eddie le hubiera ocurrido algo grave, estos caballeros nos lo habrían dicho. Se limitan a hacer su trabajo del modo que creen más adecuado.

—Ya lo dije antes, señor Stoddard —indiqué—. Tenemos que ceñirnos a las reglas.

—¿Ah, sí? ¿Aun cuando esas reglas sean ridiculas?

—¡Nina! —exclamó Stoddard.

—Sigo creyendo que esto no está bien —insistió ella—. ¿Por qué quieren obligarnos a que mi marido y yo les contemos tantas cosas de Eddie cuando todavía no nos han otorgado la cortesía de comunicarnos cuál es la causa de todo esto?

—Nina, por favor —la advirtió una vez más Stoddard.

—Está bien, señor Selby —declaró ella colérica—. Continuaremos sentados aquí, tan dóciles y amables como usted desee. Por favor, continúe.

Me saqué del bolsillo la cartera de piel que contenía la foto de Marcia Kelbert y la sostuve de modo que, tanto Stoddard como su esposa, pudieran verla bien.

—¿Conocen a esta chica? —les pregunté.

Stoddard miró la fotografía y movió la cabeza.

—Su rostro me parece vagamente familiar; en cambio, no logro identificarla.

—¿La vio alguna vez con Macklin?

—No.

—¿Y usted, señora Stoddard?

—Tampoco. ¿No ha salido en la televisión?

—Sí, unas cuantas veces. Creo que ha hecho varios anuncios.

—¡Ah, sí! —exclamó Stoddard—. Ahí es donde la he visto. Ahora la reconozco.

—Es realmente muy guapa —comentó Nina Stoddard animadamente—. Veamos, ¿es que existe algún motivo por el que mi marido y yo tuviéramos que conocerla?

Moví la cabeza negativamente y me volví a guardar la cartera.

—Mire usted, señora Stoddard, lo que mi compañero y yo necesitamos con urgencia es reunir algunos antecedentes; saber algo, aunque sólo sea de modo superficial, de cómo se divertía Macklin, de la clase de amigos que tenía, de cuáles eran sus aficiones, y otros detalles por el estilo.

Stoddard cambió de postura en el brazo del sillón y exhaló el aire largamente como si reflexionara a fondo.

—Pues…, en realidad, no podemos contarles gran cosa. Nunca nos habló de la gente que frecuentaba. Ni siquiera recuerdo si…

—Tenía una guitarra —le interrumpió su esposa—. Y cantaba acompañándose con ella. Eddie poseía mucho talento. ¿Sabe usted? Nunca pude comprender por qué no se había hecho profesional.

—Eran casi siempre canciones populares —aclaró Stoddard—, lo que me extrañaba un poco porque, si bien es bastante corriente cierto interés intelectual en la música pop, sólo en muy raras ocasiones se encuentra a alguien de la clase social de Eddie que sepa tocar y cantar tan bien. Aparte de ello, leía mucho sobre el tema; sobre el origen de muchas canciones que ya se cantaban en Inglaterra hace cientos de años y… —se interrumpió bruscamente y chasqueó los dedos— ¡hombre! esto me hace recordar una cosa.

Nina Stoddard le dirigió una rápida mirada.

—A lo mejor, nos estamos acordando los dos de lo mismo. ¿No será de Peggy Taylor?

—¡Claro! —exclamó Stoddard—. Peggy Taylor. Por aquel entonces era completamente desconocida pero Eddie se sentía muy atraído por ella —hizo una pausa—. Siento no haberlo mencionado antes, Selby. No sé por qué pero se me había ido de la memoria. Tenga en cuenta que un año y medio es un tiempo considerable…

—Continúe —le animé haciendo una señal de asentimiento.

—Recuerdo que Eddie mencionó cierta vez que Peggy le estaba ayudando a grabar una balada escrita por él. De todas maneras, siempre se mostró muy reservado en estas cosas. Daba la impresión de que estaba engañándonos un poco a Nina y a mí.

—¿ Engañándolos?

Stoddard sonrió.

—Sí, algo parecido. Pensé que a la larga grabaría el disco y que luego nos llevaría a Nina y a mí a algún bar y nos daría una sorpresa poniéndolo en la máquina automática. Que el motivo por el que estaba tan misterioso sería quizá el de querer darnos una sorpresa.

—Peggy Taylor tuvo mucha suerte en llegar a donde ha llegado —comentó Nina Stoddard—. He leído no sé dónde que se han vendido más de un millón de ejemplares de sus dos últimos discos.

¿Sorprendente, verdad? Porque a mí, su voz personalmente me parece un poco… ¿cómo diríamos?… ordinaria.

Algunos de mis amigos muy aficionados al jazz habrían estado muy poco conformes con aquel comentario porque para la mayoría, Peggy Taylor era una de las mejores vocalistas que hayan existido desde Billie Holiday.

—¿Qué ocurrió con la canción que Macklin iba a grabar? —pregunté.

—No lo sé —repuso Stoddard—. Nunca volvimos a saber nada de este asunto.

—Creo que hubo algunas diferencias entre ellos —indicó la mujer.

—Probablemente se trata de un detalle sin importancia —añadió Stoddard—, pero Eddie y miss Taylor se pelearon en cierta ocasión. No fue una pelea en toda regla, claro está, pero sí una discusión muy viva sobre un tema determinado.

—Eso, para decirlo suavemente —opinó Nina Stoddard.

Su marido asintió.

—Eddie llegó a casa una noche tan enfadado que no parecía el mismo. Yo me sorprendí mucho. Era la primera vez que le veía de aquel modo. Me parecía casi un desconocido. Le pregunté si le pasaba algo, pero rehusó contestarme. Todo cuanto dijo fue: «¡Maldita Peggy!» Y luego añadió unas cuantas palabras violentas. Le preparé una bebida y le aconsejé que se calmara, pero armó un escándalo y se metió en su habitación. Poco después quise llevarle la bebida. Llamé a la puerta pero no quiso dejarme entrar. Ni siquiera me contestó.

—Estaba realmente furioso —añadió la señora Stoddard—. No creo haber visto a nadie tan enfadado, ni entonces ni nunca.

—Aquello no guardaba ninguna relación con su carácter normal —explicó Stoddard—. Me preocupó y también a Nina. Durante algunos días, Eddie no fue el mismo para nosotros.

—¿Les contó alguna vez lo sucedido? —pregunté.

—No. No volvió a hablar de Peggy Taylor durante todo el tiempo que todavía vivió con nosotros.

—¿Le mencionó algo cuando se encontró con él el otro día?

—Le pregunté si había vuelto a verla ahora que era ya tan famosa. Yo sólo intentaba entablar conversación, ¿comprende?,

aunque no es que el tema me interesara demasiado. Eddie adoptó una expresión muy peculiar y pensé que valía más cambiar de conversación. Al parecer sigue tan enfadado con ella como antes.

En una situación normal lo ocurrido entre Edward Macklin y su amigo un año y medio antes hubiera carecido de importancia. Pero aquélla no era una investigación que pudiéramos llamar normal. Stan y yo no sabíamos casi nada de Macklin, y lo poco que averiguábamos estaba resultando contradictorio. El hecho de que Macklin y Peggy Taylor se enfadaran no hubiera tenido el menor interés de no haber sido porque aportaba el nombre de una persona más, a la que él conoció, y aquél era un camino que podía llevarnos a muchos lugares.

—¿Qué otra cosa puede contarnos de ese hombre? —pregunté.

Movió la cabeza lentamente.

—Muy poco. Eddie era un joven tranquilo y bien educado, que nunca confraternizó con los otros empleados. Muy reservado en cuestiones y problemas personales si es que tenía alguno —hizo un ademán vago—. Comprendo que todo esto no les va a aclarar gran cosa, pero…

—¿Y usted, señora Stoddard? —pregunté—. ¿Puede añadir algo a lo que nos ha dicho su marido?

Ella volvió a cruzar las piernas.

—No.

—Cuando quiso trabajar con usted, Macklin debió rellenar algún impreso de solicitud. ¿Podríamos verlo, señor Stoddard?

—Lo lamento, pero la mayoría de mis papeles quedaron destruidos por un incendio en mi oficina. Las referencias personales se encontraban en un armario de madera que fue el que primero ardió.

—Entonces tendremos que hablar con su jefe de personal o con cualquier otro empleado que sepa…

—Tampoco puedo ayudarle en eso —repuso Stoddard—. Wilkinson era quien manejaba las cuestiones del personal, y murió hace diez meses —hizo una pausa—. Pero, desde luego, podrán ustedes conseguir cuantos datos deseen en la Hatcher Brothers.

Me volví a guardar la libreta en el bolsillo.

—Haremos una comprobación —dije y dirigiéndome a Stan añadí:—: Sal un momento conmigo al vestíbulo.

Cuando estuvimos fuera del alcance del oído de los Stoddard, le comuniqué:

—Una vez más voy a tener que encargarte la parte más fea de este asunto.

—Como siempre —repuso Stan—. ¿O sea, que tendré que ser yo quien les largue la mala noticia, verdad?

—En efecto. Luego llévate a Stoddard a Bellevue para que realice la identificación.

—¿Vas a coger el Plymouth?

—Sí. Tú llamas a la comisaría y les dices que te manden un coche con chófer. Cuando hayas vuelto a traer a Stoddard a su casa puedes dejar al chófer en la comisaría y tú sigues con el coche.

—Muchas gracias, detective Selby. ¿Y qué quieres que haga una vez siga con el coche?

—Ya anotaste las señas de la casa de huéspedes de la calle Veinticuatro donde Macklin tenía una habitación, ¿verdad?

—Sí. El nueve-dos-tres.

—Bien. El nombre de la encargada es señora Judson. Intentará ponerte dificultades, por lo que te aconsejo que vayas al grano desde el primer momento. Habla con todo el mundo en la casa y especialmente con los que ocupan las habitaciones contiguas; mira si existe alguna conexión entre otros inquilinos y Macklin. En esos lugares la gente suele intimar un poco, así es que…

—Te he comprendido perfectamente —asintió Stan—. Los que habitan en sitios como ése no conservan su intimidad todo lo que ellos suponen. Conozco muy bien el ambiente por haber vivido también en pensiones.

—Lo mismo te digo. Pero ni tú ni yo pudimos permitirnos otra cosa mejor. Macklin fue diferente. Averigua si alguien tiene idea de por qué un hombre de sus gustos y con tanto dinero se hacía ver deliberadamente en un ambiente tan poco adecuado.

—Así lo haré.

—Si sacas algo en claro me llamas a la patrulla. Si no, métete en los bares del vecindario. Es posible que alguna noche anduviera bastante cargado y soltara alguna cosa.

—¿No crees que deberíamos agenciarnos alguna ayuda, Pete?

—Todavía no. No compliquemos las cosas hasta que sea necesario —volví la cabeza para mirar hacia la puerta que daba al salón—. Creo que eso es todo, Stan. Yo me voy al East Side para hablar con Marcia Kelbert.

—¿Con el sueldo que cobras?

—Si no la encuentro, buscaré a Peggy Taylor e intentaré que me cuente algo —Stan hizo una señal de asentimiento y se volvió hacia el salón.

—Compórtate como es debido.

En mi camino hacia el East Side me detuve en una tienda para llamar a la patrulla. Los detectives tenemos como norma, cuando estamos trabajando en un caso, llamar al departamento con frecuencia para ver si se ha producido alguna nueva detención o si ha habido alguna otra novedad durante nuestra ausencia.

El detective que me contestó no me dejó casi ni decirle «Hola».

—Barney quiere hablar contigo, Pete —dijo—. Me ha ordenado pasarle la comunicación en cuanto llamaras.

Se oyó un chasquido, hubo una breve pausa y en seguida Barney se puso al aparato.

—¿Es Pete?

—Sí, Barney. ¿Qué ocurre?

—¡Ese hijo de perra! —gruñó Barney con expresión colérica—. ¡Ese sinvergüenza criminal!

—¿A quién se refiere, Barney?

—A Jim Mooney. Al maníaco que encerraron hace veinte años por empujar a la gente enfrente de los trenes del metro del mismo modo en que fue empujado Edward Macklin —hizo una pausa y su voz se volvió todavía más dura al añadir—: Está otra vez a la caza de víctimas, Pete. Le dejaron salir del manicomio hace cuatro meses. Pensaron que se estaba muriendo y le permitieron trasladarse a su casa para acabar allí sus días.

En seguida comprendí lo que me esperaba. En realidad, durante todo aquel tiempo había yacido en el fondo de mi mente justo por debajo de la superficie, mientras yo trataba de soslayarlo. En los dos o tres segundos que Barney tardó en hablar de nuevo, una imagen se proyectó ante mis ojos. Tratábase de un dibujo que había visto en

el archivo de ilustraciones de una revista sensacionalista, y que había sido realizado veinte años atrás, cuando Jim Mooney aterrorizaba a la ciudad de Nueva York. Mostraba a una niña con trenzas y falda corta, situada al borde de un andén del metro, sonriendo feliz mientras el tren salía a toda velocidad del túnel, dirigiéndose hacia ella. Detrás y con las manos extendidas se abalanzaba hacia la niña un hombre de edad mediana y rostro bestial, con la boca torcida en una mueca y unos ojos alucinados de maníaco. Al pie del dibujo podía leerse: «¿Quién será la siguiente víctima?»

—Soltaron a Mooney poniéndolo bajo la custodia de su hermana —explicó Barney— que está en Cincinnati. Pero no permaneció mucho tiempo allí. Dos días después robó trescientos dólares que su hermana tenía guardados en algún lugar de la casa y se fugó. Dos semanas más tarde, su hermana recibió una postal suya diciéndole que lamentaba lo ocurrido pero que no se preocupase por él —Barney hizo una pausa—. ¿Supongo que ya tendrá una idea lo suficientemente clara de dónde fue echada la postal al correo, verdad?

En efecto, yo tenía una idea muy clara. No podía haberlo sido más si yo mismo hubiera puesto la postal en el buzón.

4

—Tengo todos los detalles —continuó Barney—. Llamé al hospital psiquiátrico y también a su hermana en Cincinnati. Mooney fue más listo que los médicos. Alguno de ellos estará ahora más que sonrojado.

—¿Quiere decir que, en realidad, nunca estuvo enfermo?

—No, no. Estaba enfermo, de eso no cabe duda. Y tan harto de su enfermedad que llegó un momento en que no pudo aguantar más el instituto psiquiátrico.

—Pero los médicos no son tan tontos, Barney —objeté—. Si creían que se estaba muriendo…

—En efecto. Se estaba muriendo. Todos los viejos se mueren. Pero no había nada especial en su estado, ¿comprende? No tenía una enfermedad incurable. Lo que hizo fue trazarse un plan y eso es todo. Cuando un hombre de su edad pierde el gusto de vivir, por lo general se muere al poco tiempo. Mooney convenció a los médicos de que había perdido el gusto de vivir. No comía, se negaba a salir de la cama, estaba todo el santo día tendido, con aspecto de quien no tiene ni fuerzas para rascarse el trasero. Como es natural empezó a perder peso y a poner cara de difunto. A los médicos íes pareció que no le quedaba ya mucho tiempo de vida y como, además, necesitaban la cama para otro paciente, en cuanto tuvieron luz verde desde Albany, escribieron a la hermana de Mooney para que lo pasara a recoger.

—Es curioso que Mooney se fuera a Cincinnati antes de intentar alguna nueva fechoría.

—Probablemente esto formó parte de su estrategia. Quizá pensó que antes debía recuperarse un poco. La que da pena es su

hermana. No es ninguna jovencita, ¿sabe? Y tuvo que ir a buscarlo y soportar todo el papeleo para poder llevárselo en el tren. Estaba en una silla de ruedas y ella no podía permitirse alquilar a una persona para que lo cuidara. ¿Cómo crees que la pagó? Pues comiéndose durante dos días todo cuanto cayó en sus manos y robando a la pobre mujer los últimos trescientos dólares que le quedaban. Luego se largó a Nueva York.

—¿Dice que le dieron de baja en el hospital hace unos cuatro meses?

—En efecto.

—¿Y esa postal fue la última noticia que se tuvo de él?

—Sí. Ahora no me pregunte por qué me siento tan seguro de que continúa en Nueva York. Yo creo que Jim Mooney estará siempre donde haya estaciones de metro.

—¿Opina que sigue obsesionado por la misma cosa?

—Estoy convencido. Cuando esos chiflados se meten una idea en la cabeza ya no la abandonan más. Puede que empeoren o que mejoren, pero mientras vivan continuarán obrando igual —hizo una pausa—. Es difícil saber cuánto pueden durarle trescientos dólares. Tuvo que pagarse el billete a Nueva York y probablemente comprar algunas ropas y objetos de uso común. Si, además, contamos la comida y un lugar donde dormir, ha debido quedarse sin un céntimo hace dos meses por bien que se administrara.

—Creo que lo mejor sería pedir unos agentes más y ponerlos a trabajar en las pensiones de mala muerte —sugerí.

—Ya se está haciendo —respondió Barney—. He solicitado diez hombres a la Jefatura pero sólo me han dado seis. Hubiera podido pedir veinte… y habría conseguido los que hacen falta. Están rastreando las pensiones del Bowery sin dejarse ni una. Si no lo localizan por ahí tendrán que empezar con los barrios anexos y luego por toda la ciudad. Todavía hice otra cosa por usted, Pete. Conseguí que en Cincinnati pusieran una vigilancia de veinticuatro horas en el domicilio de la hermana. No sé cuánto tiempo la van a mantener, pero cada día que estén allí nos va a ser de mucha utilidad.

—Gracias por ocuparse de ello, Barney.

—Siempre a vuestra disposición, hijos míos —repuso él mordazmente—. Usted y Stan limítense a lo normal y tómenselo

con calma. No quiero que alguno de los dos caiga muerto por exceso de trabajo. Además hace demasiado calor para que se sude más de lo necesario.

A veces es posible hacer callar a Barney Fells en mitad de una de sus diatribas; en cambio, otras no puede ser. Sin embargo, vale la pena probar.

—¿Ha podido averiguar qué le pasa exactamente a Mooney? —pregunté—. Es decir, que es lo que le impulsa a empujar a la gente cuando está llegando un tren.

—Había trabajado en una línea de metro como guardavías. Se pasó quince años recorriendo los tendidos sin que le ocurriera nada. Jamás ocasionó ningún problema ni se lo ocasionaron a él. Hasta que, de pronto, un día no se movió con suficiente destreza cuando un tren salió del túnel y estuvo a punto de ser alcanzado. No le pasó nada por un tris. Volvió al trabajo y durante seis meses todo continuó normalmente. Pero de repente, empezó a faltar al trabajo y al cabo de algún tiempo no se presentó más.

»Un mes más tarde empujó a un hombre en un andén. Estaba ya en la pendiente, ¿comprende? El médico del hospital manifestó que se trataba de un paranoico con manía persecutoria. Probablemente, llevaba así algunos años; pero, cuando el tren estuvo a punto de alcanzarle, el proceso se aceleró. Pensaba que la compañía había intentado matarle y que tenía que vengarse. Por eso empezó a empujar pasajeros en los andenes. Quería asustar a la gente para que nadie tomara el metro y la compañía se viera obligada a cerrar. Y lo bueno es que durante algún tiempo, estuvo a punto de conseguirlo.

—A lo mejor, lo consigue de nuevo —comenté—. Es decir, si es que realmente mató a Edward Macklin de ese modo.

—En efecto, y eso es lo malo, Pete. No puede ni imaginarse cómo este tipo de sucesos influyen en la gente. Es posible olvidar la bomba H y cosas por el estilo; pero cuando aparece un maníaco como Jim Mooney, las cosas se mueven de manera distinta. En los treinta provocó el pánico, sacó a la gente de sus casillas, y un policía no podía comerse un bocadillo sin que la gente se aglomerara a su alrededor amenazándole con los puños y preguntándole por qué diantre perdía el tiempo comiendo cuando individuos como Jim Mooney andaban sueltos por la ciudad. No

puede imaginarse las cosas que ocurrieron por culpa de ese tipo. Un pánico como el que causó Jim Mooney es cosa que ha de vivirse para saber cómo es.

—Por mi parte prefiero no vivirlo —le contesté—. ¿Alguna otra cosa sobre Mooney?

—No que yo sepa. Tenemos que esperar y ya veremos. Quizá los que están ahora peinando el barrio de las pensiones baratas consigan algún dato interesante. No creo que sea difícil localizar a Mooney en alguna taberna, sobre todo teniendo en cuenta su edad y sus achaques —hizo una pausa—. Eso es todo. Pete; ya puede volver a su trabajo.

Salí de la cabina telefónica y me acerqué a la mesa donde estaban los listines de Nueva York para buscar el número de Hatcher Brothers, los mayoristas de alfombras y cortinajes donde Edward Macklin había trabajado después de dejar a Paul Stoddard. El número para llamadas nocturnas o de emergencia correspondía a uno de los miembros de la firma. Este me dijo que Macklin había estado allí apenas dos meses durante los cuales trabajó a su completa satisfacción; pero luego desapareció sin más explicaciones.

Pasaban unos minutos de las nueve y era ya muy tarde para seguir llamando a los demás patronos que hubieran podido emplear a Macklin, suponiendo que hubiera conseguido averiguar su nombre. A parte de esto, el único trabajo hecho por Macklin y que hubiera sido realmente importante para nuestra investigación fue el que tenía en el momento de cometerse el crimen. Pero aun así, tampoco esto hubiera podido explicar de dónde procedía el dinero para las entradas de teatro y los gastos en los bares nocturnos, y los que debió ocasionarle Marcia Kelbert.

Pensé que un cambio de impresiones con Marcia quizá me diera no sólo una pista sobre el último trabajo de Macklin, sino también una idea sobre la procedencia del dinero destinado a ella misma y a sus otras aficiones.

Marqué el número de Marcia y cuando una voz muy joven y muy amable contestó mi llamada, pregunté:

—¿Es usted miss Kelbert?

—Sí, soy yo. ¿Quién me llama?

Era una lástima tener que colgar después de haber oído una voz tan bonita, mas no tuve más remedio que hacerlo, j Todo cuanto quería saber es si ella estaba en casa. El resto de la conversación tendría que ser directo y personal. Me volví al Plymouth y continué mi ruta hasta la casa donde habitaba la joven en East 47 Street.

Por el camino estuve pensando en Jim Mooney y en cómo se había expresado Barney Fells sobre él. En cuanto a mí, cada vez creía menos que Mooney fuese el autor de la muerte de Edward Macklin. Si Mooney había estado viviendo en la ciudad cuatro meses, era un lapso de tiempo demasiado largo para haber estado utilizando el metro y no darse cuenta hasta tan tarde de que tenía una vieja cuenta pendiente con quienes habían intentado acabar con él.

Desde luego, sólo el tiempo lo diría; de lo que se trataba ahora era de que el tiempo hablara lo antes posible.

5

El aspecto exterior de la casa en que vivía Marcia Kelbert era parecido al de tantas otras residencias de alquiler elevado en el East Side, es decir, no demasiado impresionante. Tratábase de un edificio muy viejo, de seis pisos, con un revestimiento de piedra caliza algo sucia que iba, desde la acera hasta la mitad del espacio, entre las ventanas del primero y del segundo piso. Tenía también una estrecha marquesina azul en la que sólo constaba el número de la casa: «Seis-Nueve-Dos» en caracteres blancos pequeños; unos tiestos con arbustos a cada lado de la entrada y una gruesa puerta encristalada algo descolorida por el sol.

Sin embargo, una vez en el vestíbulo, todo cambiaba. Si no se hubiera sabido que allí vivía gente rica, el vestíbulo en cuestión lo hubiera puesto en evidencia, sin duda alguna. Era tan pequeño que de entrar una docena de personas hubiera quedado atestado. Estaba todo él recubierto de mármol auténtico y los dos sillones tallados a mano que estaban a ambos lados del lujoso ascensor eran de los que sirven sólo para ser admirados; no para sentarse en ellos.

En los cuatro rincones había flores recién puestas y de las paredes colgaban pinturas modernas de tonos brillantes. En el centro del suelo de mosaico y sobre un pedestal de ónice, había una fuentecilla con la figura de una niña campesina llenando un jarro en un manantial de la montaña. El sonido del agua y el olor de las flores resultaban en extremo agradables, sobre todo después de respirar los humos del tráfico callejero; pero lo que realmente me sedujo fue el aire acondicionado. En realidad, hay algo detestable en el aire acondicionado: que los despachos de las comisarías carecen de él.

Examiné la hilera de buzones y encontré uno con el nombre de «M. Kelbert» que pertenecía al piso 5-B. Así, pues, tomé el ascensor hasta el quinto piso.

La casa sólo tenía dos pisos por rellano. Recorrí el pasillo hasta la puerta 5-B y apreté el botón del timbre. Dentro sonó una campanilla muy suave, y en seguida oí el ruido de unos tacones acercándose. Un momento después pude comprobar que la realidad superaba a la imaginación.

En efecto, era la chica de la foto, pero ésta daba sólo una idea muy lejana de lo que aquella mujer era en realidad. Los policías de Nueva York tenemos ocasión de conocer a muchas mujeres excepcionales, y cuando ya llevamos en el oficio unos cuantos años nos pasa lo mismo que al cajero de un banco con los billetes de mil dólares: que uno se acostumbra a verlos y no les hace caso.

Mas no creo que nadie hubiera logrado nunca acostumbrarse por completo a Marcia Kelbert. Tendría unos veintidós o veintitrés años, un cuerpo escultural y esbelto, unas piernas muy largas y la piel tan blanca y tersa que se quedaba uno admirado. En la foto llevaba el pelo hasta los hombros; luego se lo había cortado y ahora le formaba un flequillo sobre la frente. Pero seguía siendo negro, tan negro que le formaba reflejos azulados. Tenía las facciones pequeñas, correctas y suaves, casi infantiles, y sus ojos eran de un azul tan intenso que al principio los creí negros. Llevaba un vestido amarillo sin tirantes, tan ceñido al cuerpo que podían apreciarse las líneas de su ropa interior.

—¿Qué desea? —me preguntó.

Le enseñé mi chapa de policía.

—Soy el detective Selby de la vigésima comisaría.

—Me parece muy bien —repuso—. ¿En qué puedo servirle?

Sonreía ligeramente y su voz era tan cálida como cuando me había contestado por teléfono; no obstante, algo en sus ojos azules desmentía aquella dulzura.

—Quisiera hablar con usted, señorita Kelbert.

—Bueno, pues, hablemos.

—Es que creo que dentro hará más fresco.

—Cree usted bien. ¿Es el que me telefoneó hace unos minutos y colgó sin contestarme?

—Sí, verá usted…

—Es lo corriente. Veamos, ¿de qué quiere hablarme? ¿O sólo piensa quedarse ahí mirándome? ¿Desea una foto?

—Ya tengo una —le contesté—. La que perteneció a Edward Macklin.

En sus ojos brilló un fugaz destello que se apagó en seguida.

—¿Ha dicho usted «perteneció»?

Abrió la puerta un poco más y yo lo aproveché para empujar también un poco y acabar de entrar en el piso.

—Está usted en su casa —me invitó—. Perdone por no haberle invitado a entrar en seguida. ¿Puedo hacer algo para que se sienta a gusto? ¿Le apetecería una copa?

—Nunca bebo antes de amanecer —le contesté echando una mirada al enorme salón.

Los que gustan de los muebles caros, de las alfombras y de los cuadros, habrían pasado allí un buen rato admirando lo que se ofrecía a la vista. Pero lo que a mí realmente me importó fue ver un ejemplar doblado de un periódico sensacionalista echado sobre una mesa de café, de metro y medio de longitud, situada frente a uno de los sofás más largos y más bajos que hubiera visto jamás.

Me acerqué a la mesita y tomé el periódico. A aquellas horas los periódicos estaban ya todos en la calle y a mí me interesaba no sólo averiguar cómo comentaban el homicidio sino también si Marcia había leído la noticia. Pude observar entonces que se trataba de un periódico del día anterior y lo volví a dejar en su sitio.

Ella se sentó a un extremo del sofá, cruzó las piernas y me miró algo mustia.

—Dígame usted algo —pidió—. Cuando se disponga a dejarme entrever lo que ha ocurrido, hágame sólo una pequeña señal. Sólo un par de palabras, ¿comprende? Nada que le comprometa.

Sobre la mesita había un soporte para pipas y un gran recipiente octogonal adornado con clavos de metal en los bordes, para mantener húmedo el tabaco. Pasé la punta de los dedos por las cazoletas de las pipas y luego me hundí en el sillón que estaba frente al sofá.

—¿Es suyo este piso? —pregunté.

—Habrá visto mi nombre en el buzón, ¿verdad?

—Los buzones no son escrituras de propiedad.

—¿A qué viene tanto interés? ¿Cree que he robado este piso?

Saqué un cigarro, mordí la punta, la dejé en un cenicero e hice rodar el cigarro entre mis dedos unos momentos antes de encenderlo.

—Usted y yo tenemos que hablar, miss Kelbert. Y la conversación puede ser agradable y tranquila o todo lo contrario. Depende de cómo usted la enfoque. También depende de usted si la sostenemos aquí o en la comisaría.

Permaneció inmóvil unos segundos; después sonrió e hizo una profunda aspiración que me hizo comprender por qué los hombres se empeñaban en llevarla a Acapulco.

—¿Puedo decir una cosa? —preguntó suavemente.

—¿Acerca del piso?

—No. Lo que quiero decir… —su sonrisa se hizo más amplia— es que puede usted irse al cuerno con su chapa y su hablar áspero de policía. Sí. Puede irse al infierno —señaló hacia el suelo—. Me parece que es por ahí. ¿Por qué no se pone usted en marcha?

—Lo siento pero no tengo tiempo para esas cosas, señorita Kelbert —respondí.

Su sonrisa se hizo todavía más amplia.

—No me gustan los policías —declaró—. Y mucho menos los de paisano. Y lo que es peor todavía, no me gusta usted.

—¡Ah, vaya!

—Tengo amigos importantes en esta ciudad. Le sorprendería a usted saber de quién se trata. Si cree que puede entrar aquí como un matón y actuar como si estuviera en su casa, es que anda mal de la cabeza. Es decir… si eso que tiene sobre los hombros es una cabeza.

—Hablemos del piso —continué—. ¿Es suyo?

Por un instante pareció como si fuera a hacerme otra demostración porque las señales de tormenta se incrementaron; pero, de repente, volvió la calma. Exhaló un profundo suspiro, hizo con la mano un vago movimiento como de resignación y volvió a reclinarse en el cojín.

—Bueno, dejémoslo —dijo con expresión ligera—. Ningún policía merece la pena que una se enfade. No; este apartamento no es mío.

—Pero usted vive en él.

—A veces.

—¿Con Edward Macklin?

Movió la cabeza pacientemente.

—No me extraña que haya tenido usted que ingresar en la Policía para ganarse la vida. Si este piso es de Eddie y si yo vivo aquí de cuando en cuando, resulta claro que en tales ocasiones vivimos juntos. ¿No le parece?

—Hasta ahora no hemos dicho que este piso fuera de Macklin —le recordé.

—Pues ahora ya lo sabe. Y antes de que dejemos establecida cualquier otra cosa, quisiera hacerle una pregunta. Se trata de esa cosa tan curiosa que está fumando. Al principio creí que era un cigarro pero nunca he visto algo que oliera tan mal. ¿Qué es exactamente?

—Prefiero que hablemos de Edward Macklin —le contesté—. ¿Qué puede contarme de él?

Una vez más, volvió a hacer el movimiento de cabeza de antes.

—Es una pregunta que abarca demasiadas cosas. ¿No le importaría reducirla un poco?

—¿A qué se dedica?

—Trabaja en una compañía de importación.

—¿Qué compañía?

—No lo sé. Me lo dijo una vez pero no me he vuelto a acordar. Sin embargo, sí puedo decirle una cosa. Que su jefe está como una cabra.

—¿Por qué?

—Porque, según Eddie, debe tener dos millones de dólares y se viste como un pordiosero. Eddie se ve obligado a vestir igual que él cuando está en el trabajo y todos los demás empleados hacen lo mismo porque temen que si tienen mejor aspecto que el jefe éste se enfade con ellos. ¿No le parece ridículo? Es la cosa más tonta que he oído jamás —hizo una pausa—. Por otra parte, me parece idiota que esté usted interrogándome a mí. ¿Por qué no le pregunta todo eso a él mismo?

A veces es mejor enfocar las cosas de un modo y otras hay que variar.

—Porque Eddie ha muerto —le contesté.

No sé si sería la reacción que esperaba de ella. Yo me había preparado para la usual expresión de sorpresa, de espanto, de momentánea incredulidad o cualquier otra de las emociones que se pueden esperar de una mujer en una situación semejante. No pasó nada de eso. Lo que vi en ella fue una mirada totalmente inexpresiva. Luego fue entornando los ojos hasta transformarlos en dos largas y frías líneas azules.

—¡Será usted hijo de perra! —exclamó suavemente—. ¿Por qué no me lo dijo desde el principio?

Sacudí la ceniza de mi cigarro y la contemplé atentamente. Cuando la había visto por vez primera en la puerta hubiera tenido por imposible que su piel pudiera hacerse todavía más blanca. Me equivocaba. Ahora lo era tanto que podía distinguir el delicado trazo rosado de las venillas de su cara y de las partes superiores de sus senos.

—¿Cómo ha sido? —preguntó en el mismo tono suave.

—Alguien le empujó desde el andén del metro cuando llegaba un tren.

—¿Le empujaron? ¿Así, pues, fue asesinado?

Hice una señal de asentimiento.

—¿Y quién lo hizo?

—No lo sabemos. Cuanto más coopere usted con nosotros, antes encontraremos al criminal.

Se quedó mirando al suelo mientras yo la observaba a ella, y durante medio minuto ninguno de los dos pronunció palabra.

—De acuerdo —dijo por fin—. Eddie ha muerto. Era un buen chico; pero ya no existe y el mundo continuará girando exactamente igual que hace diez minutos cuando yo creí que estaba vivo.

Esperé unos momentos y luego dije:

—No sé cuáles eran sus sentimientos hacia Eddie, señorita Kelbert, pero lo que sí deseo asegurarle es que la Policía hará…

—No me venga con el cuento de siempre. Lo de mis sentimientos le importa a usted un comino. Dejémoslo tal como está.

—Si es así como lo desea…

Se puso en pie lentamente y se acercó a una mesilla-bar que estaba en el extremo más alejado de la habitación.

—Voy a servirme una bebida —indicó—. Si quiere otra, dígamelo.

—No. No quiero nada.

Vi cómo llenaba un vaso de whisky y se lo llevaba a la boca con un suave y diestro movimiento de la muñeca. Lo llenó otra vez, se lo bebió y luego vertió dos vasitos del licor en el fondo de un vaso alto que llenó con soda. Se llevó la bebida al sofá y se sentó haciendo girar el líquido en el vaso mientras clavaba la mirada en el nudo de mi corbata. El borde de la falda le había subido hasta muy por encima de las rodillas, pero no hizo ningún movimiento para cubrirlas.

—Conozco a muchos policías —comentó con aire ausente—, pero usted es el primero de la Sección de Homicidios con el que he hablado.

—No pertenezco a ninguna Sección de Homicidios especial —le aclaré—. En Nueva York los casos criminales se llevan por los detectives que hayan sido los primeros en recibir la noticia de un suceso.

—¿Qué es usted, sargento o teniente?

—Ni una cosa ni la otra. Sólo detective de segunda clase. Y lo mismo mi colega. Un teniente es un cargo de mucha categoría. No es raro que un teniente dirija a los detectives de ambos lados de la Quinta Avenida. Un sargento también es un grado muy considerable. Pero no hay detectives sargentos, señorita Kelbert. Los sargentos sólo sirven en la sección uniformada.

Sonrió mirándome con admiración.

—¡Caray! —exclamó—. Vaya unas cosas más interesantes.

—Usted me ha preguntado y yo le respondí. Y ahora, ¿qué le parece si volvemos a lo nuestro?

Tomó un largo trago, se encogió de hombros y se inclinó hacia adelante para poner el vaso sobre la mesita.

—Cosas como ésta son las que despiertan la parte mala que hay en mí. Pero, por favor…, no hagamos comentarios. Nadie puede ocultar sus sentimientos durante mucho tiempo —se echó de nuevo hacia atrás apoyándose en el cojín, con lo que la falda le subió todavía unos centímetros más—. Si quiere que le diga la verdad, estoy que echo chispas.

Sacudí un poco más la ceniza de mi cigarro.

—¿Cuánto tiempo hace que conocía a Eddie? —pregunté.

—Mucho tiempo. Al menos para mí. Seis o siete meses.

—¿Dónde estaba usted esta tarde sobre las cuatro?

—¿Esa es a la hora…?

—Sí; la hora que a mí me interesa.

—Pues aquí. He estado aquí desde… creo que serían las dos.

—¿La ha visitado alguien? ¿Ha hecho o recibido llamadas telefónicas?

—¿Sobre las cuatro?

—Sí.

—En otras palabras tengo que demostrar que estaba aquí a esa hora.

Asentí.

—Pues no —repuso—. No puedo demostrarlo ¿Habré de preocuparme por ello?

—No lo sé. Era sólo una pregunta. Lo más importante es saber si conocía usted a alguien que hubiera podido desear la muerte de Eddie.

Ella hizo una señal de asentimiento lentamente, con la mirada oscura y abstraída.

—Alguien intentaba matarle —respondió—. Sí, señor Selby, alguien quería que muriese de la manera más cruel posible.

Me hice un poco hacia adelante.

—¿Quién era?

—No lo sé. Ni tampoco lo sabía Eddie; pero temía por su vida. Y llevaba ya varias semanas en ese estado de ánimo.

6

Marcia volvió a tomar su vaso, sosteniéndolo con el fondo firmemente apretado contra la brillante media de nylon que le cubría una rodilla.

—El pobre Eddie estaba terriblemente asustado —prosiguió—. No sabía quién era su perseguidor ni tenía manera de averiguarlo.

—¡Un momento! —la interrumpí—. ¿Cómo podía saber que alguien iba tras de él?

—Porque ya habían intentado matarle, dos veces.

—¿Dio parte a la Policía?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé. Se lo pregunté, y me contestó que tenía sus motivos. Después saqué a relucir el tema en numerosas ocasiones pero se enfadaba y se negaba a hablar de ello.

—¿Cuándo tuvieron lugar esas tentativas de asesinato?

—La primera hace tres semanas. Alguien intentó empujarlo para que un coche le atropellara. Ocurrió a media manzana de aquí. Eddie tenía la mala costumbre de cruzar las calles sin mirar. Se encontraba entre dos coches aparcados esperando a que se aclarara un poco el tráfico cuando alguien le dio un empellón que le hizo caer a algunos metros de distancia. De no haber sido porque los coches tenían buenos frenos, hubiera muerto.

—¿Y no pudo ver al que le había empujado?

—No. Según me contó Eddie, aquel hombre debió haberle seguido y cuando vio que se metía entre los dos coches al borde de la acera se abalanzó sobre él.

—¿Hubo testigos?

—No, que él supiera. Ya sabe lo que suele pasar en casos como éste. Nadie quiere meterse en líos. Además, tenga en cuenta que Eddie se encontraba entre dos coches aparcados, por lo que nadie hubiera podido ver lo que sucedió a menos que pasara detrás del agresor en el mismo momento en que empujaba a Eddie hacia el centro de la calle.

Puse el cigarro en el cenicero y saqué la libreta de notas.

—Se hace difícil creer que no tuviera ni la más pequeña idea de quién podía desearle tanto mal —comenté.

—Estoy de acuerdo —dijo ella haciendo una señal de asentimiento.

—¿Cree que le contaba la verdad?

—Estoy segura. No había la menor duda.

—Bien. ¿Y qué pasó la segunda vez? ¿Fue como la primera?

—No. La segunda vez intentaron atropellarlo con un coche; un Chevrolet Sedán negro.

—¿Pudo distinguir al conductor?

—Sólo unos segundos. En realidad, no le dieron tiempo para gran cosa, ya que buen trabajo tuvo en quitarse de en medio. Esta vez estuvieron a punto de cazarlo. Según me dijo, el conductor iba agachado en su asiento y llevaba un sombrero encasquetado hasta las orejas. Eddie intentó verle por la ventanilla trasera, más el hombre no levantó la cabeza del volante.

—¿Estaba seguro de que era un hombre?

—¿Insinúa que pudo haber sido un jovenzuelo? Quizá pudo serlo. Yo no lo sé. No se me había ocurrido. Eddie sólo pudo verlo fugazmente.

—¿Y nunca pensó que pudo haber sido una mujer?

—¡Una mujer! ¿Habla en serio?

—Totalmente. La sorprendería saber el número de atropellos intencionados y de homicidios ocasionados por mujeres, señorita Kelbert.

Ella movió la cabeza.

—No lo creo.

—Pues así es. No la engaño.

—Bueno, usted sabe mucho más que yo de estas cosas. Pero francamente, la idea de que hubiera podido ser una mujer no se me había ocurrido nunca. Y estoy convencida de que tampoco a Eddie.

—¿Puede decirme cuál fue el momento exacto en que ocurrieron las dos tentativas? —le pregunté—. Este dato puede ser muy importante para nosotros.

La similitud entre los dos intentos frustrados y el que finalmente consiguió su objetivo, era de las que hacen pensar a un policía que su investigación empieza a ir por buen camino. Los tres casos ofrecían las mismas peculiaridades. En cada uno de ellos alguien había intentado matar a Macklin por medio de un vehículo. Yo tenía razones, más que suficientes, para creer que, si dábamos con la persona que había intentado asesinarle con un automóvil, habríamos atrapado también al que le empujó en el metro.

—No tengo la seguridad de cuándo fue la primera vez —contestó Marcia—. Eddie no me lo contó hasta tres o cuatro días después. Se limitó a decirme: «El otro día me pasó algo muy raro» y luego me narró los detalles.

—¿Y la segunda vez?

—Esta sí la conozco, detalle por detalle. Fue el jueves pasado sobre las cinco y media. Yo tenía hora con mi peluquero a las seis y me disponía a salir del piso cuando Eddie llegó. Había mirado el reloj unos momentos antes porque tenía que darme prisa. Eran las seis menos veinte y el hecho había ocurrido diez minutos antes en la esquina, cuando Eddie se disponía a atravesar la calle Cuarenta y Siete.

—¿Cree que tardó diez minutos en llegar aquí?

—Sí. Y estaba tan asustado y tembloroso por el peligro que acababa de correr que tuvo que tenderse a descansar durante un rato. Transcurrió bastante tiempo antes de que pudiera hablar con coherencia. Cancelé mi cita con el peluquero y quise llamar a un médico para que le administrara un sedante, pero no me dejó. Sin embargo, luego de haberse tomado unas copas se puso a contarme el suceso. Al parecer, iba a cruza la Cuarenta y Siete por donde siempre lo hace, es decir por la mitad del bloque, cuando se dio cuenta de que alguien le estaba esperando.

—¿Esperando?

—Sí. En un coche aparcado. Según Eddie debía tener el motor en marcha porque el coche se echó sobre él como una exhalación.

Cuando intentó pegar un salto atrás y volver a la acera, el coche torció en su dirección. ¿Le he dicho que se trataba de un Chevrolet Sedán negro?

—Sí. ¿Pudo distinguir de qué año?

—No. Sólo dijo que se trataba de un coche muy viejo.

Escribí en mi libreta aquellos datos y después hice una pausa y miré a Marcia.

—¿Hay algo más que pueda contarme respecto a estas tentativas de asesinato? —le pregunté.

—No; ya le he contado todo cuanto sé.

Hice una señal de asentimiento.

—De acuerdo, por ahora basta. ¿Conoce usted a alguna persona de quien sospeche que pudiera desear su muerte? ¿Alguien que le hubiera amenazado? ¿Algún detalle por el estilo?

Ella bajó los ojos un momento, tomó nerviosamente un trago de su bebida y empezó a arreglarse la falda y a cubrirse las rodillas, a la manera usual con que las mujeres hacen estas cosas, es decir no porque hubiera necesidad de ello sino para emplear sus manos en algo.

—Bueno —repuso vacilante y sin mirarme—. Creo que sí existe alguien. A lo mejor me equivoco, pero…, el caso es que si no se lo cuento, usted lo va a averiguar del mismo modo, y entonces yo estaré en situación difícil —levantó la mirada y la fijó en mí entornando las pestañas—. ¿No es cierto?

No le contesté nada. Si quería emplear circunloquios a mí me daba igual.

—Pues se trata de… de ese amigo mío…, Buddy Col ton —declaró—. No le gustaba que estuviera aquí con Eddie.

—¿No le gustaba hasta el punto de intentar matarle?

Se mordió el labio inferior y miró al suelo con el ceño fruncido.

—No lo sé. Buddy es una persona tan poco normal, tan imprevisible y además tiene ese… bueno, lo que siente por mí. Es realmente fantástico.

—¿Cuál es el nombre de pila de Colton? —pregunté.

—Ya se lo he dicho: Buddy. Es su nombre oficial.

—¿Amenazó alguna vez a Eddie?

—Sí. Eddie se le rio en la cara, pero yo tuve miedo. Eddie no le conocía tan bien como yo.

—Por lo que veo ese Colton es un ciudadano algo intolerante.

—Pero, no como usted se figura. No en el sentido físico. Es casi tan alto como usted, pero está delgadísimo y muy depauperado. Dudo que pese más que yo. Al verle, parece como si una ráfaga de aire pudiera tirarlo al suelo.

—¿Llevaba pistola o alguna otra arma?

—Oh, no. Aunque es un tipo… bastante peculiar. Piensa mucho; está muy mimado y a veces actúa como un niño. Sí, si. Tiene casi cuarenta años pero no ha trabajado en su vida ni nunca lo hará. En realidad, no tiene por qué. Sus padres le dejaron tanto dinero que para Navidad regala coches deportivos a sus amigos. A mí me regaló un MG pero lo vendí al día siguiente. Al saberlo se echó a reír y me obsequió con un Jaguar. También lo vendí.

La miré sorprendido y ella se encogió de hombros.

—Puedo enseñarle los papeles si quiere.

—No es necesario. Siga con lo de la amenaza que hizo a Eddie.

—Pues verá, una noche Buddy se acercó a nuestra mesa cuando estábamos en un restaurante de Harlem. Se inclinó y sonrió a Eddie y le dijo que le mataría si no me dejaba en paz.

—¿Sólo eso?

—Sí, sólo eso. A Eddie le divirtió mucho. Dijo a Buddy que se largara antes de que le diera unos azotes. Eddie era muy fuerte, ¿sabe usted? Buddy se enfadó hasta el punto de no poder ni hablar. Pero acabó retirándose.

—¿Fue ésta la única amenaza?

—No. La repitió una semana después. Eddie y yo salíamos del teatro una noche, cuando Buddy se acercó y dijo a Eddie que se acordara de lo que le había advertido aquella noche en Harlem. Eso fue todo. Que se acordara. Luego entró en su coche y se marchó.

—¿Cuánto hace de eso?

—Pues cuatro o cinco semanas. Yo salía con Buddy alguna que otra vez, pero en vista de aquello decidí no hacerlo más. Era muy infantil y tenía, además, complejo de rico. Estaba convencido de que nadie haría nada por él sino por su dinero. Algunas personas iban, en efecto, tras de su dinero; otras le tenían miedo.

—¿Por qué?

—Por las cosas que podía hacerles. Era capaz de conseguir lo que quisiera. Si alguien le irritaba, lograba que fuera despedido de

su trabajo. Cosas por el estilo. Me contó que le gustaba contraatacar utilizando detectives privados para que molestasen a sus enemigos tropezando con ellos en las calles, sentándose en los restaurantes y mirándolos fijamente o llamando a sus casas a media noche. Cosas así.

—El chico es un encanto.

—En efecto. La verdad es que me hará usted un favor si me lo quita de encima. Aunque llevo mucho tiempo sin salir con él, no me para de llamar y de enviarme regalos. Le tengo un poco de miedo —sus ojos se empezaron a entornar otra vez como antes—. No le creo capaz de llegar a matar, pero me gustaría equivocarme.

—Es raro que Eddie Macklin nunca sospechara de Colton —comenté.

—Pues así es. La verdad es que no sé la causa. A mí, Buddy fue la primera persona que se me ocurrió. Pero Eddie debió tener sus razones para no sospechar de él aunque no puedo saber en qué consistirían.

Volví a tomar mi cigarro. Se había apagado y lo encendí de nuevo.

—¿Puede contarme algún antecedente de Eddie?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No sé nada. Nunca me habló de sí mismo. Ni siquiera sé de dónde procedía. No hablaba de esas cosas.

—Tengo entendido que era aficionado a la música.

Ella se encogió de hombros.

—Si llama música a eso. Me harté de guitarra las dos primeras veces que vine aquí. A partir de entonces, no la tocaba más que cuando yo no estaba.

—¿Sabe si tenía alguna renta o algún ingreso aparte del que le proporcionaba su trabajo?

—No. Tenía dinero; mucho dinero. De todas maneras, a mí nunca me interesó saber su procedencia. Lo interesante era el modo en que lo gastaba. Tenía un carácter muy generoso.

—¿Conoce usted a una chica llamada Peggy Taylor?

—¿Se refiere a la cantante?

—Sí.

—No la conozco personalmente, pero sé quién es.

—¿Le habló alguna vez Eddie de ella?

—No. ¿Hay algún motivo por el que tuviera que hablarme?

—No; ninguno en especial.

De pronto, me miró fijamente.

—Oiga. Eso me recuerda algo. Una noche compré un disco de Peggy Taylor y me dispuse a escucharlo. Eddie lo arrancó literalmente del tocadiscos y lo partió en dos. Dijo que era una canción ridícula y que no deseaba escucharla. Casi nos peleamos. A mí no es que me preocupara demasiado el disco, pero sí me enfadé por el modo en que se había portado —frunció el ceño—. ¿Por qué me pregunta si conozco a Peggy Taylor?

—Porque Eddie y miss Taylor fueron amigos durante un tiempo —le contesté—. Y no sé si continuarían siéndolo cuando él fue asesinado.

Continuaba con el ceño fruncido.

—No podría contestarle. Es la primera vez que oigo eso… La verdad es que nunca se acaba de conocer del todo a la gente.

—En efecto. ¿Quiere contarme alguna otra cosa?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Me gustaría poder hacerlo, ayudarle…, me crea o no.

Volví una página de la libreta de notas.

—Necesito una lista de los amigos y conocidos de Eddie.

—Eddie no tenía amigos.

—Sea razonable, señorita Kelbert.

—Lo soy. Eddie no tenía ni un solo amigo. En su opinión no podía confiarse en nadie, y cuanto más amigos se tuvieran más posibilidades existían de padecer disgustos —hizo una pausa—. Eso es cierto y todo el mundo lo sabe. Pero, aunque se sepa, la gente continúa teniendo amigos. Sin embargo, Eddie era distinto. Y obraba en consecuencia. Aparte de mí, conocía a unas cuantas personas, muy pocas. En el fondo era un buen chico. Hubiera podido tener buenos amigos, mas no lo deseaba.

—Aun así… —empecé.

—Lo siento. Sé que suena bastante raro, pero es la pura verdad. Salíamos siempre solos, estábamos solos y si yo salía con otra persona o abandonaba la ciudad por algún tiempo, Eddie se quedaba aquí en el piso, leyendo o tocando su guitarra. Ni más ni menos. Hay mucha gente como Eddie, y usted debe saberlo. ¿Qué podemos reprocharles? Cuando se cesa de vivir engañado; cuando

se llega a la conclusión de que todo no es más que una sucia pantalla puesta ante las cosas en que uno había creído… ¡Al diablo con todo! Eddie Macklin podría ser considerado como un solitario amargado, con un resentimiento brutal hacia .el resto del mundo. Ahora ha muerto y, ¿qué importa lo que pueda decir en la esquela que le pongan?

Me guardé la libreta en el bolsillo y me puse de pie.

—Me gustaría echar una mirada al piso. ¿Tiene algún inconveniente?

—¿Por qué había de tenerlo? —respondió ella levantándose—. Creo que voy a servirme otra bebida.

El piso de Edward Macklin era muy amplio por lo que a espacio se refiere; sin embargo, estaba distribuido en sólo tres habitaciones, de modo que mi búsqueda fue fácil. El gran salón ocupaba casi las tres cuartas partes del total; el dormitorio era pequeño y estaba amueblado muy sencillamente, y la cocina contaba con un pequeño mostrador para comer que la dividía en dos.

Empleé sólo cuarenta minutos en mi registro, y hubiera empleado todavía menos de no haber sido por la colección de discos de Macklin. Estaban metidos en carpetas individuales en vez de álbumes y como sé que mucha gente guarda dinero o documentos en estas carpetas, tuve que examinarlas una por una. A pesar de ello, no encontré dinero ni papeles ni allí ni en ningún otro sitio. En realidad, el resultado de registrar el piso no fue mejor que el de haber investigado en su habitación de la calle Veinticuatro.

Cuando volví a entrar en la sala, vi que Marcia Kelbert se había tendido en el sofá. Tenía los ojos cerrados y las piernas cruzadas, y se había preparado otro vaso que estaba en el suelo, a su lado.

—¿Ha encontrado algo? —me preguntó sin abrir los ojos.

—Sólo he hecho un poco de ejercicio —le respondí—. Eso es todo.

Se sentó y alargó una mano hacia el vaso.

—¿Qué va a pasar conmigo?

—Nada. Quédese aquí durante unas cuantas horas por si la necesitamos; eso es todo. ¿Sabe en qué Banco tenía su cuenta Eddie?

—No.

—En algún sitio debía tener una caja de alquiler. ¿Sabe dónde puede ser?

—No. Nunca comentaba esas cosas conmigo.

Me fui hacia el vestíbulo y abrí puerta.

—Con eso basta por hoy, señorita Kelbert. Muy agradecido por su colaboración.

—Tengo confianza en que darán con el asesino —comentó—. Y espero que sea Buddy Colton.

—No parece tenerle mucha simpatía.

—Le odio —contestó—. Por regla general, no me gusta reaccionar contra un hombre de la manera en que lo hago contra él. Pero es que tiene algo… No sé. Una combinación de malo, de ruin y de terrible —tomó un sorbo de su bebida y se sentó, quedándose mirando el vaso y dando vueltas al líquido lentamente con un dedo —. Me equivoqué al decir que no le creía capaz de matar, señor Selby. Porque sí es capaz de hacerlo. Buddy Colton haría cualquier cosa.

7

Cuando llegué a la comisaría número 20 eran las once y veinticinco. Dejé el Plymouth, recogí medio litro de café en el bar de la esquina y subí al departamento de patrullas del segundo piso. Excepto Stan Rayder que martilleaba activamente una de las anticuadas Underwoods, el lugar estaba vacío.

—Me alegro de verte. Pete —dijo Stan abriendo uno de los cajones y sacando una taza—. ¿Has pasado unas vacaciones agradables?

—Muy agradables; gracias, Stan —le contesté—. Tenía que ponerme una manta por las noches.

—¿Por qué no me enviaste una postal?

—Ya sabes lo que son las vacaciones, Stan —le contesté.

—Sí, claro —asintió con expresión solemne—. No es preciso que me pidas excusas. ¿Qué tal te ha ido con la fulana?

Le conté mi conversación con ella y cuando hube terminado, Stan me informó, a su vez, de su gestión en Bellevue, añadiendo de Paul Stoddard había identificado de manera irrebatible los restos de Edward Macklin.

—¿Te has enterado de la estratagema que Jim Mooney utilizó para salir del instituto mental? —le pregunté.

—Sí, he oído hablar de ello— respondió Stan—. Barney Fells me contó la historia por lo menos media docena de veces. Ese Mooney es un tipo de cuidado. Barney lo tiene ya, prácticamente, en la silla eléctrica.

—Lo sé. Literalmente le odia.

—¿Y tú?

—Yo no —repuse—. O por lo menos no tanto como él. Hay que

tener en cuenta que Mooney lleva aquí ya cuatro meses o, por lo menos, eso es lo que pensamos.

—Y en el curso de tan largo tiempo es probable que se haya reformado, ¿verdad?

—Sí. Además Macklin sufrió dos tentativas fallidas contra su vida. Y en ningún caso llevaron el sello de Mooney. ¿Encontraste algo interesante en la pensión donde estuvo Macklin?

—No; el tipo parece haber vivido como un ermitaño, Pete. O es así o aquella gente son unos mentirosos. Posiblemente hay algo de las dos cosas. No he podido dar con nadie que admitiera haberse tropezado con él en la entrada y mucho menos aún, que hubieran llegado a hablar o a compartir una botella en su habitación o cosa por el estilo.

—¿Preguntaste a la patrona?

—Sí. Me abrumó con su charla, aunque no me dio ninguna pista. La vieja que ocupa la habitación contigua a la de Macklin manifestó haber oído su voz solamente una vez. Parece que, una tarde, se puso a cantar en el cuarto y que la patrona subió para ordenarle que se callara.

—Es una casa muy respetable. ¿Y en los bares del vecindario?

—Ninguno de los encargados o de los clientes habituales sabía nada de él.

—Me lo figuraba. ¿Hay noticias de la autopsia?

—Sí. Tienes que llamar a Bellevue.

—¿A Jerry Milner?

—Sí. Continúa trabajando en ello.

—A juzgar por el modo en que me habló esta tarde cuando intentaba recomponer el cuerpo de Macklin en el depósito, cualquiera diría que le hicieron pedazos para burlarse de él.

Stan se sirvió un poco más de mi café.

—Bien, por lo menos Jerry puede declarar de manera oficial que Macklin murió al caer bajo las ruedas de un tren del metro, y no por disparos de ametralladora u otra cosa por el estilo.

Volvió a su escritorio, se sentó y reanudó su trabajo con la máquina de escribir.

En Nueva York ninguna muerte se declara homicidio a menos que la oficina del forense lo especifique así. Y ningún modo de haber muerto es, oficialmente, el único posible hasta que dicha

oficina lo verifique. No se hacen excepciones a esta regla, incluso en casos como el de Edward Macklin; el motivo es que, con mucha frecuencia, el examen médico revela que una persona, al parecer muerta por asesinato, falleció por cualquier otra causa.

Llamé por teléfono a Bellevue, pedí que me pusieran con el depósito y alargué la mano, hacia el café.

—Te agradecería dijeras que pusieran azúcar en esa porquería, Pete —me recordó Stan.

Hice una señal de asentimiento.

—La próxima vez lo haré mejor, Stan.

La voz de Jerry contestó:

—Aquí el doctor Milner.

—Soy Pete, Jerry.

—Ya era hora. ¿Dónde has estado toda la noche? Pero no importa, no tengo tiempo para escuchar tus explicaciones. Ese tipo falleció al ser arrollado por el vehículo, no hay duda. Estaba vivo cuando se estrelló contra las vías y no existe en él ninguna marca o herida que haya podido ser causada por otro medio.

—Me parece que la cosa habrá sido difícil de establecer.

—¡Y tan difícil! ¿Por qué crees que he tardado tanto?

—¿Sabes si había bebido?

—No. Fue lo primero que comprobamos. No tenía nada en el estómago, ni alcohólico ni de ninguna clase. Tampoco existen marcas de agujas u otras indicaciones de adicción a las drogas. Se encontraba en una condición física asquerosamente buena. Como sabes, la edad física de una persona no se corresponde necesariamente con su edad cronológica. Macklin es un caso evidente de esta verdad. Tendría unos treinta y cinco años, pero su cuerpo era el de un hombre de veintiocho o veintinueve. ¿Me sigues?

—Sí —repuse.

Pensé en Jim Mooney. Había cumplido los setenta y esto no significaba que su cuerpo los tuviera. A juzgar por el modo en que había recuperado las fuerzas en casa de su hermana, en Cincy, su físico debía encontrarse muy por debajo de la edad efectiva.

—Creo que eso es todo —añadió Jerry—. Al menos por ahora.

Los de la sección de tóxicos apenas si han empezado, aparte de haberme dado un primer informe sobre la no existencia de alcohol. Lo que sí sabemos es que fue un homicidio y conocemos el arma que empleó el criminal.

—Gracias por tu rápido informe, Jerry.

—Espera…, me olvidaba de algo. No sé si tendrá o no algún significado para ti, pero Macklin presentaba unas callosidades muy duras en los cuatro dedos de su mano izquierda. En las yemas. Como una vez me dijiste que detalles así pueden ser muy importantes, por eso te lo digo. Si alguien me preguntara en qué se ganaba la vida, yo te contestaría que era músico. Probablemente violinista.

—Tocaba la guitarra.

—Es lo mismo. Y nada más, Pete, a menos que tengas otra pregunta.

—No, ninguna. Gracias otra vez, Jerry.

Colgué, recuperé mi café del escritorio de Stan y me bebí el que quedaba. Stan hizo una mueca.

—No comprendo cómo puedes beberte esa porquería sin echarle azúcar —dijo.

—Pues tú no le has hecho demasiados ascos —respondí.

Marqué el número de la Sección de Archivos. Al llegar el cuerpo de Macklin al depósito, uno de los detectives de servicio allí, debió haberle tomado las huellas dactilares y enviado las mismas a dicha sección para que las comparasen con las de los millares que allí se conservan. Otra copia de las huellas debió haber sido dirigido al FBI en Washington y una tercera a la capital del Estado. Si todo se hizo de ese modo, la sección local debía haber completado ya sus comprobaciones.

La oficina me dijo que las huellas de Macklin habían sido examinadas, pero que no coincidían con ninguna de las que constaban en los archivos.

—No ha habido suerte con las huellas, Stan —dije en el momento de colgar—. ¿Tendremos que esperar a ver que dice el FBI?

—Desde luego. Ese tipo nos está dando más trabajo del que

podíamos imaginar.

—¿Has prestado alguna atención especial a su llavero?

—No. ¿Por qué?

—Había sólo tres llaves. Y todas de puertas normales. Eran probablemente las de su piso y las de la casa de huéspedes. De éstas había dos: una para el cuarto y la otra para la puerta de la calle.

—Sí. Claro.

—Me pregunto dónde guardaría su talonario de cheques y sus demás documentos. Si tenía en algún sitio una caja de alquiler tendría que haber llevado también la llave. Pero ésta no se encontraba en su llavero ni tampoco en ninguno de los pisos.

—No me gusta fastidiar a un colega —dijo Stan—, pero ningún registro es absoluto al cien por cien, Pete. Y menos cuando lo hace un hombre solo, y éste no dispone de toda una semana.

—Lo sé; ha de existir ese escondrijo y la cosa es importante. Si lo encontramos daremos también, probablemente, con el modo en que Macklin conseguía su dinero. Y una vez lo sepamos, sabremos además cuál fue el motivo por el que lo mataron.

—A menos que el asesino fuera Jim Mooney —repuso Stan—. Porque Mooney tenía un motivo bien claro… el mismo que le incitó a matar veinte años antes. No podemos descartarlo por completo.

—Los agentes que actúan en los barrios bajos podrían haber dado ya con él, Stan.

—Sí, pero no lo han hecho. Y si quieres que te diga la verdad, no creo que esté siquiera en Nueva York.

—Quizá no. Pero esto no quiere decir que no se hallara en el andén del metro en el momento en que Macklin cayó en las vías.

Se oyó en el corredor un ruido como de forcejeo, al otro lado mismo de la puerta, y también unas cuantas interjecciones proferidas con una voz aguda de soprano. Dos detectives entraron arrastrando entre ellos a una pelirroja pequeña y muy bonita con el cuerpo envuelto en una manta. Los detectives hacían lo posible por mantener la manta en su sitio porque la chica estaba completamente desnuda, y sólo lo conseguían de manera parcial.

—¿Pasa algo? —preguntó Stan con aire sosegado.

—No, nada, Stan —respondió uno de los detectives sujetando los

extremos de la manta—. ¿Qué te hace suponer que pasa algo?

—Oh, es sólo una pregunta rutinaria —le respondió Stan—. ¿Necesitáis ayuda?

—No, no, Stan —respondió el detective. Y mirando a su colega con expresión interrogante, añadió—: ¿Por qué diantres nos habrá hecho el detective Rayder esa pregunta, Tom?

Stan sonrió y se acercó a ayudarles a llevar a la chica al cuarto de interrogatorios que se encontraba abajo. Mientras estaba fuera, yo busqué las señas de Buddy Colton, el que había amenazado con matar a Edward Macklin a menos que éste dejara de intimar con Marcia Kelbert. Colton vivía en Sutton Place Souht. Me sorprendió un poco encontrar su número en el listín porque en aquel sofisticado vecindario la gente no suele permitir que este dato se divulgue y, a veces, emplean servicios de comunicación intermedios.

Stan volvió a entrar en la sala de patrullas moviendo la cabeza y con un aire más sorprendido que de costumbre.

—¿Sabes una cosa? —manifestó—. La chica que acaban de traer no estaba borracha ni nada parecido. Solamente histérica.

—¿Y para eso tuvo que quitarse la ropa?

—Se la había quitado para irse a la cama con un individuo en el piso de éste. El tipo en cuestión estaba casado y su mujer se presentó de improviso persiguiendo a la chica escaleras abajo hasta echarla a la calle —se sentó en su escritorio y puso los pies sobre la papelera—. Cosas así son las que le hacen pensar a uno en lo mal que anda todo. Se cometen muchos pecados en esta ciudad, Pete. No me lo negarás.

Escribí las señas de Buddy Colton en un pedazo de papel y se las di a Stan.

—Creo que te gustará ponerte tu corbata blanca e ir a saber qué tiene que contarnos este tío.

Stan echó una ojeada al papel, lo dobló y se lo metió en la cartera.

—Las amenazas se hicieron hace cuatro o cinco semanas, ¿verdad?

—Eso es lo que me dijo la chica.

—Probablemente hablaba por hablar. No me gustan los tipos como Colton. Presumen mucho y hacen poco —sonrió y se puso de

nuevo en pie—. Voy a presentarle mis respetos. ¿Quién sabe? A lo mejor me regala un coche.

—Creo que vas a tener que perseguirlo por toda la ciudad —opiné—. En cuanto sepas algo, me llamas.

Apenas Stan se hubo marchado para interrogar a Buddy Colton llamé a la Sección de Archivos y pedí que me dieran cualquier dato sobre Colton. Mientras esperaba que me comunicaran la respuesta, utilicé otro teléfono para pedir a la oficina de Propiedad Desaparecida un informe sobre robos y recuperaciones de Chevrolets sedán negros durante los últimos diez días.

Existía una probabilidad de que el automóvil utilizado en el segundo ataque contra Edward Macklin hubiera sido robado con el expreso propósito de cometer el crimen. Cuando se roba un automóvil, con una intención específica, el ladrón suele operar siempre del mismo modo: una vez cometido el delito lo abandona lo antes posible.

La oficina de Propiedad Desaparecida me comunicó que empezarían a actuar inmediatamente y que, en cuanto tuvieran terminada la lista de todos los Chevrolets robados o recuperados, durante los últimos diez días, me la enviarían sin falta.

Terminaba de echar una ojeada al último montón de copias de los impresos de detención, con la esperanza de que alguna de aquellas personas pudiera, quizá, ofrecerme algún detalle sospechoso, cuando la Sección de Archivos llamó para decirme que no tenían fichado a Buddy Colton y que jamás se hizo informe sobre él.

Colgué. En el mismo instante, oí un rumor de pies desnudos sobre el suelo tras de mí, y la chica desnuda que los detectives habían traído, unos minutos antes, pasó por mi lado como una blanca exhalación. Retenía la manta con una mano y la expresión de su cara me dio a entender que su propósito era alcanzar la calle cuanto antes.

Y lo hubiera conseguido sin duda; pero metiendo la mano bajo mi escritorio, pulsé el botón que da la alarma al oficial de servicio de la sala de revista, indicando que alguien trata de escapar de la comisaría. Instantes después, los dos captores de la chica corrían en su persecución por el cuarto de patrullas sonriendo y soltando palabrotas de ese modo paciente y abstracto con que suele actuarse

en tales ocasiones.

Los detectives volvieron con la chica, ayudados esta vez por el teniente que había recibido la llamada.

—Formalidad, Pete —me indicó uno de los detectives—. Haz el favor de cerrar los ojos.

El teniente, un hombre ya de edad madura y aire solemne, intentaba con todas sus fuerzas ayudar a los detectives, sin llegar a tocar a la muchacha. Fijaba la mirada unos centímetros por encima de la cabeza de la fugitiva mientras iba dando indicaciones. Por su parte, la chica también tenía algo que decirnos, y lo hacía sin ningún miramiento.

Tuve que reconocer que la situación de los detectives y del teniente no era nada divertida. El llevar de un lugar a otro a una mujer que se resiste, y que además está desnuda, puede constituir una operación llena de dificultades. Estoy convencido de que los tres agentes involucrados en el problema hubieran cambiado muy a gusto a su pequeña prisionera por cualquiera de los rufianes y criminales con los que contendían habitualmente.

El teléfono sonó. Era Barney Fells.

—No puedo dormir, Pete —me dijo—. No dejo de pensar en el caso. ¿Qué novedades hay?

Le di un informe y añadí:

—En este momento me iba a marchar, Barney. Todavía no he hablado con Peggy Taylor y…

—¿Peggy Taylor? ¡Ah, sí! La cantante con la que Macklin solía tener alguna relación.

—En efecto. La rompieron hace mucho tiempo, aunque eso no significa que no la reanudaran otra vez. Aun cuando Peggy no pueda decirme nada acerca de las actividades de Macklin en los últimos tiempos, quizá me facilite alguna apreciación de conjunto sobre él. Hasta el momento, no hemos conseguido averiguar nada sobre su vida anterior a los últimos dieciocho meses.

—Parece «el hombre que surgió de la nada», ¿verdad? Hmmm. Supongo que tampoco habrá nada de Jim Mooney.

—No, Barney.

—¿Y del Bar-Club donde Macklin pagaba aquellas cuentas? ¿Lo

has comprobado?

—No abrirán hasta dentro de dos o tres horas, Barney. Luego me pasaré por allí.

—¿Habéis montado alguna teoría sobre cómo se las arreglaba Macklin para ganar tanto dinero?

—No.

—Se trata de un tipo difícil, Pete. Pero no creo que brotara del suelo como por arte de magia, ¿verdad? Hemos de saber algo de sus antecedentes y pronto.

—Quizá Peggy Taylor nos ayude en ello. Si no, el FBI podría colaborar gracias a sus archivos.

Se produjo un largo silencio, roto solamente por el rumor de la fuerte respiración de Barney. Me lo imaginaba sentado al borde de su cama pensando en Jim Mooney y en el pánico que sus actividades en el metro provocaron en los años treinta. A Barney la investigación de Stan y la mía le hacía sudar tinta como si la estuviera practicando él mismo.

—Voy a probar de dormir un poco —manifestó por fin—. Hace un calor brutal.

Y colgó.

Me pregunté si Jim Mooney conseguiría también dormir aquella noche, y en caso afirmativo, si sucedería en Nueva York.

Llamé a una oficina de información sobre espectáculos preguntando dónde actuaba Peggy Taylor en aquellos momentos. Me contestaron que se encontraba momentáneamente inactiva. Así, pues, la llamé a su casa. Me respondió el contestador automático indicando que se la podía contactar en el «Taboo», un local de Lexington Avenue que en los años cincuenta fue muy popular como lugar de reunión de artistas.

Una segunda pareja de detectives entró conduciendo a un individuo que no cesaba de forcejear y del que se sospechaba que era autor de un robo cometido un mes antes. Lo esposaron a una silla y empezaron a interrogarle. Momentos después entró un reportero muy interesado en la chica que había salido a la calle desnuda huyendo de alguien.

—¿Dónde está la nena que se quitó la ropa donde no debía? —preguntó.

Hice una seña en dirección al cuarto de interrogatorios. El

reportero se encogió de hombros, se sentó en el escritorio de Stan Rayder y empezó a buscar un cigarrillo.

—De acuerdo —convino—. Esperaré. ¿Hace calor, verdad?

—Sí, mucho —le respondí mientras abandonaba el recinto para irme a conversar con Peggy Taylor.

8

No obstante su continua aparición en la prensa y su popularidad entre la gente del teatro, el «Taboo» es un local pequeño y muy oscuro, sin nada que lo distinga de tantos otros locales igualmente pequeños y oscuros situados en el mismo bloque de edificios.

De pie junto a su quiosco de periódicos, enfrente mismo de la entrada, se encontraba aquel tipo popular en el vecindario conocido como Ace Wimmer, exactamente igual que lo venía haciendo cada noche desde que soy capaz de recordarlo.

Wimmer había cumplido los sesenta y era un hombre desgarbado, de facciones acusadas, con unos ojos grises muy vivos que parecían incapaces de permanecer fijos en nada ni en nadie por más de un segundo o dos. Nunca había sido periodista, pero llevaba siempre unos cuantos papeles amarillentos saliéndole del bolsillo superior de la chaqueta y no se quitaba nunca un sombrero de ala estrecha de cuya cinta sobresalía una pequeña tarjeta en la que había escrito a lápiz: «PRENSA». Tanto en invierno como en verano, Wimmer usaba unos gruesos guantes de lana a los que había cortado las puntas de los dedos de la mano derecha para poder dar y recibir monedas, y un par de viejas botas de goma con sujeciones de esmalte negro y gruesas suelas. Se comentaba que Wimmer había sido en el pasado profesor de un instituto en California, y a juzgar por su manera de expresarse, algunas veces la teoría resultaba creíble. Lo malo de ello era que la misma historia hubiera resultado verosímil en, por lo menos, la mitad de otros tipos parecidos.

—Buenos días, detective Selby —saludó Wimmer.

Hice una pausa. Todos cuantos conocen a Wimmer, aunque sólo sea superficialmente, saben que es preciso observar cierto ritual

cuando se habla con él. Wimmer recoge sucesos de la misma manera que otra gente hace colección de sellos, a pesar de que, a veces, transcurrido un mes o cosa así, la memoria le falla y los hechos se confunden. Cuando sus amigos pasan por su quiosco o se detienen a comprar un periódico, suele comunicarles lo que sabe, con aire solemne y una gran dignidad. Es su manera peculiar de actuar de reportero.

—Buenos días —contesté y guardé silencio.

Wimmer miró arriba y abajo de la calle, se acercó a mí un poco más, bajó la voz y dijo:

—Tengo una gran noticia para usted, detective Selby.

Yo asumí el aire de expectación más adecuado a aquel momento.

—¿De qué se trata?

—No hable tan alto, por favor —miró por encima del hombro, bajó la voz un poco más y añadió—: la princesa Margarita está a punto de hacerlo, Pete —miró otra vez hacia la acera y luego a mí —. Esto es una exclusiva —declaró.

—¿La princesa Margarita? ¿La de Inglaterra?

—¡Shhh! No grite tanto. Al final lo va a hacer. Pete.

—¿Hacer qué?

—Casarse con el príncipe Rainiero —calló un poco, mirando a su alrededor precavidamente—. El de Monaco, claro. El compromiso será anunciado dentro de poco.

—¿Y qué me dice de Grace Kelly?

Pareció confuso unos momentos, mas luego respondió muy convencido:

—No será invitada.

Dio media vuelta con brusquedad y volvió a su quiosco mientras yo me dirigía al «Taboo».

Como ya había visto fotos de Peggy Taylor en revistas de espectáculos, pude distinguirla en seguida en uno de los compartimentos situados hacia la mitad del oscuro y humoso local. Estaba sentada frente a un hombre 324 fornido que llevaba el pelo casi al rape y gafas con montura de concha. Tanto ella como el hombre parecían enzarzados en una violenta discusión aunque sin

levantar las voces.

Me acerqué al compartimento.

—¿Es usted Peggy Taylor? —pregunté.

Ella me miró irritada.

—¿Qué diablos quiere?

Coloqué mi cartera con la chapa sobre la mesa, frente a ella. La miró, hizo una mueca y me miró a su vez.

—Le repito la pregunta. ¿Qué diablos quiere?

—En primer lugar, un poco menos de ordinariez —le contesté.

El hombre sentado junto a ella en el compartimento, hizo ademán de levantarse.

—Oiga —empezó—. ¿No puede usted…?

—Siéntese —le ordené desplazando la cartera para que también pudiera verla. La miró, murmuró algo entre dientes y obedeció sonriendo aviesamente cual si quisiera asesinarme.

Por mi parte me encogí de hombros, me senté a su lado y miré a Peggy Taylor.

—¿Cuánto tiempo hace que ha visto a Edward Macklin? —le pregunté.

—¡Ah! ¿De modo que era eso? —repuso—. Sabía que iba a ocurrir en cuanto leí la noticia en los periódicos.

—¿Qué noticia?

—La de la muerte de Eddie. ¡Qué gracioso! Un tipo al que conocí hace dos siglos es empujado en el andén de un metro y esto le da derecho a venir aquí a molestar al prójimo.

—¿Cuánto tiempo hace, señorita Taylor?

—Años —respondió—. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Es que me nombra en su testamento o algo por el estilo?

No era una mujer muy atractiva físicamente hablando, y la cólera todavía le empeoraba el aspecto. Tendría unos treinta años, y era huesuda, con el pelo rubio oscuro no demasiado espeso y unos ojos azules más bien pequeños.

Pero, en cambio, su voz era prodigiosa, y la irritación la hacía sonar de un modo tan rico y musical que casi me distraía de las palabras que estaba pronunciando.

—¿Años? —me extrañé—. Serán más bien dieciocho meses.

—Bueno, como quiera. Dieciocho meses. ¿Qué diferencia hay? Fue amigo mío, pero luego le borré de mi lista. Eso es todo.

—¿Y no ha vuelto a saber de él en dieciocho meses?

—Usted mismo lo ha dicho. ¿Qué cree que…?

—Se lo estoy preguntando.

—Y yo le estoy contestando. Sí; no he sabido nada en todo ese tiempo. —Miró al del pelo gris y las gafas de concha y luego me miró a mí—. Escuche; no quiero que me metan en un lío, ¿comprende? Esta clase de publicidad puede serme catastrófica.

—Desde luego —intervino el del pelo gris—. Y si quieres seguir mi consejo, Peggy, lo mejor es que…

—¿Usted quién es? —pregunté volviéndome hacia él.

—¿Cómo ha dicho?

—Le pregunto que quién es usted.

—Me llamo Sullivan. George Sullivan.

—¿Es usted el abogado de Miss Taylor?

—No, no; nada de eso, pero…

—De acuerdo, pues entonces no vuelva a interrumpir. —Me volví otra vez hacia Peggy Taylor—. ¿Tiene alguna idea de por qué mataron a Eddie? —le pregunté.

—Claro que no. ¿Por qué había de tenerla?

—¿Qué puede contarme de él?

—Podría contarle muchas cosas; pero todas pueden resumirse en una: Eddie Macklin era un don nadie. Un cero a la izquierda.

—¿Sabe de dónde procedía?

—Supongo que vendría de Zeroville. ¿Qué más?

—No voy a pasarme aquí toda la noche, señorita Taylor.

—Pues cualquiera lo diría, viendo como pierde el tiempo. ¿Cómo quiere que sepa de dónde procedía ese hombre? Nunca me dijo nada, y puede estar seguro de que yo tampoco se lo pregunté.

—Tengo entendido que usted y él tuvieron una buena pelea al separarse.

—¿Quién le ha contado semejante cosa?

Me encogí de hombros.

—Los policías me ponen enferma. Voy a decirle una cosa: le dieron una información equivocada. Eddie y yo nunca nos peleamos. ¿Por qué habíamos de pelearnos? Nunca hubo entre nosotros nada que fuera preciso deshacer.

—¿De veras? Pues a mí me han dicho una cosa muy distinta.

—No me importa lo que le hayan dicho. Lo que yo le digo es la

verdad. Salimos juntos algunas veces, y eso es todo. No era capaz de cantar un villancico y estaba loco por triunfar como figura. Pensaba que podría animarme a que le ayudara. Sabía que trabajaba para George…, es decir, para el señor Sullivan aquí presente, y concibió la estúpida idea de que si yo le empujaba, George accedería a escuchar algunas de las mamarrachadas que se sacaba de la imaginación. A su modo de ver, con sólo que George le ayudara un poco sería lanzado al estrellato como un cohete. Era un caso perdido. Los gatos maullando hacen cosas mejores. Y en cuanto a su modo de tocar la guitarra. ¡Vaya!, con decirle que para él un acorde era una cuerda para atar un paquete…

George Sullivan se echó a reír sonoramente.

—Bueno, no era tan malo, Peggy —terció—. He oído cosas peores. Mucho peores.

—Pero no grabadas en disco —protestó ella—. Tenía el oído atrofiado, como si fuera de hojalata. No era capaz de llevar el compás golpeando un barril de madera —me miró—. El tipo me hacía reír. Nunca tuvimos ninguna discusión ni rompimos ni nada. ¿Empieza usted a comprender las cosas o quiere que vuelva a empezar otra vez desde el principio?

—Me parece que no se toma esto muy en serio, señorita Taylor —comenté—. Después de todo, ese hombre ha sido asesinado y creo que…

—Lo siento —repuso—. Un caso lamentable, ¡pero hay tantas cosas lamentables!

—Eso es verdad —intervino George Sullivan—. Hay muchas cosas lamentables.

—¡Vaya que sí! —aprobó Peggy—. Incluso ni en el metro está uno seguro.

Sullivan se rio por lo bajo, y Peggy se puso una mano delante de la boca y le sonrió por encima de las puntas de los dedos.

—Es la primera vez que tengo que hablar de una cosa así desde que de niña estaba en Atlantic Avenue —manifestó.

—¿Cuánto tiempo hace, Peggy? —preguntó Sullivan.

—Me voy a sonrojar —repuso Peggy sonriendo.

Me pregunté vagamente qué sería lo que Peggy y Sullivan

estaban discutiendo de una manera tan acalorada cuando me acerqué a ellos. Fuera lo que fuera, los dos parecían haberse olvidado por completo

—Un título muy bueno para una canción —comentó Sullivan—. Creo que si le dedicara un poco de tiempo, le encontraría música adecuada.

—Hazlo, George —le rogó Peggy—. Pero antes sonrójate tú también. Así comprenderás verdaderamente lo que siento. A lo mejor te sale otro «Polvo de Estrellas».

—Y a lo mejor —intervine yo— ustedes dos van a tener ocasión de saber de un modo muy real lo que es una Comisaría de Policía.

—¡Tonterías! —exclamó Peggy—. Se las da de tipo duro. Y a propósito, ¿cómo un hombre tan fuerte como usted no ha podido encontrar un trabajo más decente que éste? —me preguntó. Hizo una pausa estudiando mi cara, y lentamente su expresión se volvió un poco más grave—. ¡Caray, George! —exclamó—. Creo que va en serio.

—Y tan en serio —afirmé—. No se lo tome a la ligera. Ya tendrá ocasión de comprobarlo por sí misma.

—¡Oiga! —terció Sullivan—. Usted…

—Paciencia, señor Sullivan —le interrumpí—. Hablaré con usted en un minuto.

Peggy Taylor tomó un sorbo de su bebida y se lo paseó por la boca unos momentos antes de tragarlo.

—Bien, señorita Taylor —la animé.

—¿Qué quiere que le diga? Eddie jamás me contó nada de sí mismo. Únicamente hablaba de música, y su manía era dar vueltas por el Village escuchando a los cantantes folk. Salía con él porque gastaba el dinero fácilmente, y no usaba mucho sus manos. Y esto era mejor que nada en unos tiempos en los que yo no tenía ni para una entrada en el «Paramount». En otras palabras, estaba sin un céntimo y a Eddie los dólares le salían por las orejas. ¿Me comprende?

—¿Sabe de dónde sacaba el dinero?

—No. Ese es uno de los temas al que nunca se refirió.

—Cuantas más cosas me diga, señorita Taylor, menos posibilidades existen de que tenga que volver por aquí de nuevo para hablar con usted.

—No querrá que le cuente lo que no sé. Salí con ese tipo un par de veces y eso es todo. Nunca me propuse mejorar su existencia ni nada por el estilo.

Me volví hacia George Sullivan.

—¿Se encontró usted alguna vez con Eddie Macklin? —le pregunté.

Se quitó las gafas, les echó el aliento, las puso al trasluz y se las volvió a colocar.

—Hablé con Eddie sólo una vez y por escasos minutos. Peggy nos presentó y…

—Me vi obligada a hacerlo —le interrumpió Peggy—. Aquel fantoche me estaba sacando de quicio.

—Intenté darle algún consejo —continuó Sullivan—. Si alguien lo necesitaba, era él.

—¿Sobre qué asunto? —quise saber.

—Pues sobre temas musicales en general y las posibilidades que podían ofrecérsele.

—¿Es usted editor musical, señor Sullivan?

—No. No soy tan importante. Pero estoy relacionado con una compañía discográfica. Soy lo que, en nuestro ambiente, se llama encargado de repertorio.

—Comprendo. ¿Pudo conseguir algo para Macklin?

Sullivan sonrió suavemente.

—No podía hacerse gran cosa por él; ni yo ni nadie. Animar a una persona tan desprovista de posibilidades como Edward Macklin no hubiera sido ayudarle, sino todo lo contrario.

—Entonces ¿intentó desanimarlo?

Sullivan asintió.

—En efecto. Y fue una experiencia muy desagradable, como siempre en tales casos. La gente como Macklin considera la música como una finalidad muy concreta y hay que tener un cuidado exquisito en no… De todos modos, intenté hacerle reconocer el hecho de que el haber rechazado sus canciones no debía ser tomado en modo alguno como una cosa personal.

—¡Diantre! —exclamó Peggy Taylor—. Hay que ver cómo hablas. ¿Por qué no alquilas el Carnegie Hall?

—Quiero añadir —prosiguió Sullivan— que quizá conseguí ayudarle en lo que se refiere a que rectificara su actitud y pusiera

sus ambiciones en un lado y el conjunto de su existencia en otro.

—Te lo juro, George —intervino Peggy—. A veces me dejas patitiesa. Créeme.

—Ya me había dado cuenta —respondió Sullivan.

—Bien mirado —continuó Peggy—, lo que hiciste fue decirle a Eddie que era un desastre, aunque con buenas palabras. ¿Por qué no lo confiesas claramente y acabamos de una vez?

—Porque mi carácter es distinto al tuyo —contestó Sullivan—. La música es una actividad, quizá la única, en la que yo soy tan sincero con los demás como pudiera serlo conmigo mismo. Jamás me he tomado a la ligera las esperanzas del prójimo… ni las tuyas ni las de Eddie Macklin ni las de cualquier otro. Lo que pasa, sencillamente, es que Eddie no poseía el suficiente talento musical como para resultar comercialmente aprovechable. Ese no es tu caso, desde luego, pero sí es el del noventa y nueve por ciento de los cantantes que me vienen a ver. Aunque bien mirado, ¿es que el haber nacido sin talento musical es más reprensible, por decirlo así, que el nacer con una cara fea?

El rostro no precisamente bonito de Peggy Taylor se sonrojó.

—Puedes retirar tu condenado dardo, George —gruñó—. Pero límpialo bien antes de utilizarlo de nuevo.

—Lo lamento, señor Selby. Eddie y yo hablamos sólo muy brevemente y sólo de música —dijo Sullivan—. Me temo no poder serle de gran ayuda.

—Cualquier día te pasarás de la raya —pronosticó Peggy con un tono suave y musical—. Espera y lo verás.

Sullivan le dirigió una sonrisa a la vez que alargaba la mano hacia su vaso.

—Es muy posible —reconoció—. Pero tal como dices, esperaré y veré.

Me quedé en el compartimento unos minutos más preguntándome si sacaría algo en limpio permaneciendo allí el resto de la noche. Decidí que no, así es que me puse en pie y salí del local.

9

Para cuando volví a la Comisaría eran ya las tres de la madrugada. En el tablero de avisos había dos recados para mí, uno de Stan Rayder y otro del departamento de Propiedad Desaparecida.

Leí primero el recado de Stan. Decía que había estado en el piso de Buddy Colton en Sutton Place South, pero que Colton no se encontraba allí, y había tenido una conversación con su compañero de cuarto. Este llevaba dos días sin verle, lapso de tiempo que al parecer era totalmente anormal, y no sabía nada de él.

Sin embargo, el compañero de Colton había aportado la información de que era un entusiasta del jazz a piano y que rara era la noche en que no pasaba al menos una o dos horas en el «Embers» o en el «Elickory House» en los que actuaban los mejores intérpretes del género. Stan visitaría los dos locales, y si no le era posible encontrar a Colton en ninguno de ellos, indicaría a la sección de Comunicaciones que lanzaran un aviso de búsqueda.

El recado de la sección de Propiedad Desaparecida no era el aviso de una llamada telefónica, sino que consistía en una nota con la lista de Chevrolets robados o recuperados en la ciudad durante los últimos diez días. Había catorce en total, aunque sólo dos fueron robados y recuperados el martes anterior, es decir, el día en que se cometió el segundo atentado contra la vida de Edward Macklin.

Una vez hube eliminado todos los vehículos, dejando únicamente los que hubieran podido estar a disposición del asesino en el tiempo de cometerse el crimen, me quedaron los mismos dos Chevrolets robados y recuperados el día en que se llevó a cabo la agresión. Y de aquellos dos tuve que eliminar uno porque otros detectives habían ya dejado bien establecido que en el momento de

cometerse el crimen, el ladrón que había robado el coche le había rascado la pintura y se intentaba pintarlo de nuevo.

El Chevrolet restante era un sedán de cuatro puertas, modelo 1951, pintado de azul oscuro y descrito en la lista como recuperado sin daños y en buenas condiciones mecánicas. No poseía ningún equipo especial ni marcas o características notables, ni tenía abolladuras ni rasguños. Su licencia estaba en regla y registrada a nombre de una estudiante de la Universidad de Columbia. Una nota en la lista indicaba que la propietaria quedaba exenta de cualquier complicidad en el robo y que el automóvil le había sido devuelto después de que demostró su propiedad.

El vehículo había sido no sólo robado pocas horas antes de la tentativa de agresión, sino que fue recuperado a menos de seis bloques del lugar (en el que ocurrió el suceso. Y además, la hora de la recuperación quedaba registrada como las 5,50 de la tarde; es decir, sólo veinte minutos después del momento en el que, según Marcia Kelbert, se había cometido la tentativa de asesinato.

Excepto por el color (Macklin había dicho que el coche era negro, pero el de la lista figuraba como azul oscuro) todo lo demás respecto al vehículo y a las circunstancias de su sustracción y posterior recuperación, coincidía perfectamente. En cuanto a la disparidad en el color, no era asunto de demasiada importancia. Un coche azul oscuro visto en unos breves segundos, por quien dispuso del tiempo justo para escapar a ser aplastado por él, podía fácilmente ser confundido por uno negro.

La lista había sido preparada y firmada por el detective R. J. Silverman. Llamé a la sección de Propiedad Desaparecida y pregunté por él. Se puso al teléfono casi en seguida.

—Ruby, soy Pete. Gracias por tu rápida cooperación.

—Ya nos conoces, Pete. Hacemos bien lo difícil… pero lo imposible no lo hacemos nunca. ¿Esa lista te sirve de algo?

—Hay un coche que me parece muy interesante, Ruby. El número seis.

—Un momento. Tengo que coger la copia… Sí. Número seis. Un sedán azul del año 51. ¿Crees que es ése el que buscas?

—No me gustaría que no lo fuera. ¿Has conseguido algo más?

—Todavía no tenemos al ladrón, pero sí una excelente descripción del mismo. El testigo está desde hace dos horas en la

Sección de Archivos. Le hemos enseñado las fotos de todos los ladrones de coches que han actuado por aquí. Jura que no se encuentra entre ellos.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que has encontrado un testigo del robo del coche?

—Sí. A veces pasan cosas raras. Este testigo no es que viera en realidad cómo robaban el coche, pero sí vio cómo el ladrón lo abandonaba. Y estuvo incluso a punto de pelearse con él.

—¿Cómo ocurrió?

—Nuestro testigo iba andando por la calle Cincuenta y uno. Tenía una cita a las seis y sólo faltaba un cuarto de hora, así es que iba muy deprisa porque todavía le faltaba bastante trecho hasta la plaza Rockefeller. De pronto, el «Chevy» se arrima a la acera y un individuo salta de él y echa a andar pasando junto a nuestro hombre con tanta prisa que tropieza con él y lo derriba. Nuestro hombre es joven, lleva bastante dinero y va vestido elegantemente, pensando en su cita. Así es que cuando el otro lo derriba sobre la sucia acera se pone fuera de sí.

»El ladrón es pequeño, quizá no pase de un metro sesenta, pero no está dispuesto a que le insulten. Cuando nuestro testigo empieza a ponerle verde, el ladrón le larga un sopapo y lo vuelve a derribar. En seguida se larga. Nuestro testigo permanece sentado un momento tan furioso y sorprendido que es incapaz de tomar una decisión. Cuando, finalmente, se levanta, el ladrón se ha perdido de vista. El sargento de patrullas, que circula por las proximidades procurando que ninguno de los de tráfico abandone su puesto, ve a nuestro testigo incorporándose del suelo. Manda parar al chófer, pregunta qué diablos pasa, y el otro se lo explica. El sargento echa una mirada al «Chevy» que el pequeño acaba de aparcar, tropezando a diestro y siniestro, y comprueba su lista de coches robados haciendo en ella la señal de localizado.

Recordé que Edward Macklin había dicho que el conductor del coche asaltante había sido o bien una persona muy pequeña o iba agachado en el asiento. Recordé también que, según Macklin, aquel hombre llevaba un sombrero encasquetado hasta los ojos.

—¿Llevaba sombrero el ladrón? —pregunté.

—Sí. Uno de esos sombreros de paja de ala estrecha y copa alta. Ya sabes, como los que suelen llevar los hombres pequeños para

parecer más altos. Según nuestro testigo, no sobrepasaba en estatura a su propia amiguita, y ésta mide un metro sesenta.

—¿Cómo es el resto de la descripción?

—Raza blanca, musculoso, entre cuarenta y cinco y cincuenta años, ojos azules y pelo rubio claro.

—¿Cómo pudo el testigo darse cuenta del color de su pelo?

—Porque el sombrero se le cayó durante el forcejeo.

—Supongo que el testigo tiene un nombre.

—En efecto, lo tiene, espabilado. Se llama Ralph Johnstoft. Es un hombre corpulento y sólido, de unos veinte años. Como ya dije, su chica le estaba esperando, así es que cuando el sargento de patrulla quiso llevárselo consigo para que diera una ojeada a las fotografías de malhechores, armó tal escándalo al pensar que dejaba plantada a su novia, que el sargento optó, finalmente, por pasar por Rockefeller Center y recogerla a ella también. Luego se los llevó a los dos a la Sección de Archivos y puso a Johnston al trabajo con las fotos.

—Pero no identificó a nadie, ¿verdad? ¿Ni siquiera por aproximación?

—Nada. Sólo obtuvimos una buena descripción como ya te dije.

—¿Y por qué no probasteis en los Sistemas de Operar, los S.O., Ruby? —pregunté—. No puede haber muchos ladrones de coches de esa estatura.

—También pensamos en eso —contestó Ruby—. Empezamos precisamente con los S.O. al tiempo que hacíamos examinar las fotografías de malhechores al testigo. Sin embargo, ninguno de ellos se acercaba ni por asomo a la descripción que nos había dado Johnston.

—Mala suerte… para nosotros dos.

—En efecto. Bueno, eso es todo, Pete. Si encuentras algún sospechoso de esa estatura ponle una buena pulsera en la muñeca y dile lo mucho que en Sing-Sing se alegrarán de pagarle cincuenta centavos diarios.

—Así lo haré, Ruby —repuse—. Y muchas gracias.

Después de haber colgado, me recliné en mi sillón y estuve pensando un poco en todo aquello. No creía que existiese mucha

duda en que el ladrón del coche fuera el mismo que había intentado matar a Edward Macklin con el Chevrolet, siempre y cuando la descripción del automóvil y del chofer recibida de Marcia Kelbert hubiera sido correcta. Existían, además, muchas posibilidades de que aquel hombre hubiera sido el mismo que anteriormente se acercó a Macklin desde atrás y lo empujó hacia el centro de una calle de mucho tráfico.

Se necesitaba mucha fuerza para dar a Macklin la clase de empujón que había recibido, ya que según dijo, fue a caer a más de tres metros de distancia. Y aunque el ladrón de coches fuera pequeño de estatura y ya no joven, poseía aún la fuerza necesaria como para derribar a un hombre con menos de la mitad de sus años y que, según descripción de Ruby Silverman, era «un tipo robusto y sólido».

No parecía existir, en realidad, ninguna razón convincente para que la agresión en el metro no tuviera que ver con las dos fracasadas que la habían precedido. En los tres casos el procedimiento había sido demasiado parecido para ser sólo coincidente, y el hecho de que aún no hubiéramos logrado detener a Jim Mooney, el hombre que parecía un sospechoso tan seguro al principio, parecía indicar que, o bien se había ido de Nueva York inmediatamente después del crimen, o que ya no estaba en la ciudad desde tiempo antes.

En cualquier caso, era difícil evitar el convencimiento de que Mooney no se encontraba ya en la ciudad. Un hombre de sus características era muy fácil de localizar e incluso aunque hubiese encontrado un lugar donde ocultarse, su paradero no sería ningún secreto en el Bowery. En estos barrios bajos no existen secretos, y la lealtad es sólo una palabra vacía. Los desgraciados que frecuentan las tabernas y duermen en las puertas de las casas, sólo se preocupan de dos cosas: el alcohol y el modo de conseguirlo. Todo el mundo hubiera sabido el lugar donde se ocultaba Mooney si es que tenía alguno, y estaría dispuesto a revelarlo por dinero. El precio podía ser una simple botella de moscatel o una moneda de veinticinco centavos.

Llamé a Comunicaciones y dije que el aviso de búsqueda local fuese cambiado por otro difundido por teletipo y que abarcara tres estados y el distrito de Columbia. Luego salí de la comisaría y me

fui en el coche hacia la parte baja, donde se halla Centre Street. Lo que pensaba hacer me iba a tomar un tiempo considerable, pero si conseguía encontrar lo que me había propuesto, Stan y yo estaríamos, sin duda, muy cerca de dar con la solución del caso.

10

Aunque cuando llegué a la Sección de Archivos pasaban unos minutos de las cuatro de la madrugada, los detectives de servicio eran tan numerosos y estaban tan ocupados como si me hubiera presentado allí, digamos, a las cuatro de la tarde. La sección está abierta las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, y el trabajo a realizar es cuantioso.

Me dirigí al departamento donde se encontraban las fichas de S.O. o Sistemas de Operar. El fichero en cuestión incluye una compilación de informaciones en las que se describen a los criminales y los modos que suelen utilizar para cometer sus fechorías. Hay allí más de ochenta mil fotos de malhechores conocidos; a pesar de este gran número, la oficina ha puesto en práctica un sistema de clasificación y referencias paralelas, tan ingenioso, que con únicamente poseer unos cuantos datos sin importancia, el rebuscar por todo el archivo no suele tomar más de una hora.

Sin embargo, en el caso del ladrón que había robado el Chevrolet me dispuse para una búsqueda más larga. Mi procedimiento de averiguación diferiría del de Ruby Silverman y los otros detectives de la Sección de Propiedad Desaparecida. Ellos habían investigado en el S.O. buscando un ladrón de coches. Yo lo haría tratando de localizar a un asesino y, más concretamente, a un asesino que había usado un automóvil como arma para perpetrar su crimen.

La mayoría de los criminales se especializan en cierto tipo de delito y muchos de ellos siguen practicándolo, una vez tras otra, durante todo el tiempo en que actúan. El S.O. de cualquier criminal

se individualiza solamente en pequeños detalles, siempre dentro de un método básico. Y es, en estas pequeñas diferencias y refinamientos de la técnica, donde el delincuente aplica su modo de trabajo, y en el que hay que buscar su sello peculiar. La manera en que opera es tan distinta a la de cualquiera de sus colegas que parece como si, al terminar, dejara su firma impresa.

Los archivos de Sistemas de Operar incluyen, también, referencias acerca de las características físicas y las peculiaridades del delincuente que permiten destacarlo de otros, tales como marcas faciales o cicatrices, tatuajes, estaturas extremas, dientes de oro, calvicie frontal, occipital o total, etcétera. En mi caso, yo buscaba a un hombre que midiera sobre un metro sesenta de estatura y tuviera una edad de entre cuarenta y cinco y cincuenta años. En consecuencia, era evidente que debía empezar por la sección de «estaturas poco usuales».

Tardé poco más de dos horas en localizar a un hombre cuya descripción y antecedentes correspondían con el que yo andaba buscando. Tratábase de David Henry Greer, de cuarenta y siete años, un metro sesenta de estatura y unos cincuenta kilos de peso. Las fotos de archivo mostraban a un individuo rechoncho y robusto, de facciones pequeñas y tranquilas, y ojos claros algo saltones.

La ficha de Greer se iniciaba en 1931 antes de darse por terminada la Ley Seca, y tenía como origen una agresión con arma blanca a un hombre y a una mujer en un bar clandestino. Quedó convicto de ello y fue mandado a prisión, aunque le soltaron bajo fianza después de haber permanecido allí más de tres años. En 1939 fue protagonista de otro delito parecido; esta vez, empleando un vehículo. Puesto en libertad tras seis años de encierro, al parecer se las compuso para no dejar huellas o, por lo menos, evitar que lo atraparan hasta 1951, por negligencia temeraria, conduciendo un coche cerca de Front Royal, en Virginia. Luego, le detuvieron otra vez, en Nueva York, bajo una acusación parecida.

La detención de 1951 involucraba, por otra parte, a un maleante con cuyo coche, según manifestó un testigo, Greer había intentado salirse de la carretera en un punto en el que el vehículo se hubiera despeñado algunos cientos de metros por la ladera de una montaña. La Policía del Estado y el fiscal del Condado no pudieron establecer ninguna conexión entre los dos hombres y mucho menos un motivo

fehaciente, por lo que Greer salió del paso con una fuerte multa. Como suele suceder en dichos casos, el maleante local había rehusado presentar cargos contra Greer.

La detención en pleno Nueva York, la última de Greer, guardaba relación también con otro maleante; pero éste demostró ser una excepción a la regla, ya que había acusado a Greer de derribarlo con su coche cuando bajaba de una acera en la parte inferior de Broadway. El maleante quedó hospitalizado. El único testigo a la supuesta agresión se había mostrado demasiado incierto en su declaración para que el magistrado decidiera que Greer debía ser retenido para ampliar la investigación. Se le impuso una multa, se le aplicó una sentencia diferida y se le privó de su permiso de conducir.

Aunque no se produjo ninguna otra detención después de 1951, la ficha de Greer demostraba que, en 1955, tuvo problemas con la Policía en dos ocasiones. Y fue interrogado en relación con las actividades criminales de un asociado suyo, un ladrón de poca monta y estafador, llamado Cari (Dukey) Nardo, especializado en robar en los cines bolsos a las mujeres.

Había una nota según la cual, algunos meses antes, Greer había sido buscado para ser sometido a interrogatorio por parte de uno de los detectives del equipo del fiscal del distrito. A causa de haber abandonado su trabajo y su domicilio no se le pudo localizar. Aquello indicaba que el interés en encontrarlo debió ser escaso, o simplemente circunstancial, pues de lo contrario la ficha demostraría que se había hecho todo lo posible para dar con él.

Anoté en mi libreta cuanta información me fue posible y consideré necesaria; convine con Ralph Johnston que me acompañara a dar una ojeada a las fotos de Greer y luego utilicé uno de los teléfonos para llamar a la Sección de Comunicaciones y ordenarles que lanzaran un aviso de búsqueda de Greer a todos los puestos y comisarías. Si la alarma local no daba resultado, al cabo de unas horas, la cambiaría por otra que incluyera a toda la red de teletipos de la zona Este, como había hecho con Jim Mooney.

Colgué el teléfono y miré mi reloj. Eran sólo las seis y cuarto. El ambiente estaba ya húmedo y todo hacía presagiar que Nueva York

se preparaba para otro día tan caluroso y sofocante como el anterior. Me fui a los lavabos, me di una rápida ducha, me afeité con la navaja mal afilada, asegurada a la pared con una cadenita sobre uno de los lavabos, no sin preguntarme por qué una navaja destinada a policías había de estar encadenada, y salí para llamar a la comisaría.

Me contestó Barney Fells.

—He decidido venir un poco antes, Pete —me dijo—. Aquí no hace más calor que en casa. Y como no iba a poder dormir, más vale que esté aquí. ¿Dónde se encuentra?

—En la Sección de Archivos mirando algunos S.O.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ha encontrado?

Le conté lo de la lista de Chevrolets robados y mi conversación con Ruby Silverman, así como todo lo que había logrado averiguar acerca de Dave Greer.

—Ese Greer me parece un buen objetivo, Pete —comentó Barney —. ¿Ha puesto ya un aviso de búsqueda?

—Sí.

—A mi modo de ver, Greer figura en alguna organización criminal, en calidad de asesino a sueldo.

—O a lo mejor, trabaja por su cuenta —le objeté—. De cualquier modo, se encuentra en un aprieto. Ir a la silla eléctrica por matar a alguien con un coche resulta menos agradable que ir por matarlo con un revólver.

—En efecto. Tiene razón. Bien, no le deseo ningún mal, compréndame, pero espero que sea el que buscamos. Si lo es, esto querrá decir que Jim Mooney queda al margen. Le aseguro que disfrutaría borrando su nombre de la lista —hizo una pausa—. ¿Ha comprobado algo en el bar-club donde Macklin tenía aquella cuenta tan elevada?

—Todavía no, Barney, pero…

—Un momento, Pete. Me llama alguien por el otro teléfono.

Esperé cosa de medio minuto hasta que Barney se puso de nuevo al aparato para decirme que la llamada había sido para mí.

—Podía haberle pasado la comunicación, pero he preferido decirle que le llamará usted más tarde —me informó—. Así dispondrá de cierto margen. El tipo se llama Bill Chumner. ¿Le conoce?

—No.

—Parecía un poco nervioso. Creo que será adecuado que le llame —y me comunicó el número de Chumner.

—¿Ha dicho algo sobre el asunto del que me quiere hablar? —pregunté.

—No. Afirmó que no hablaría con nadie más que con usted.

—De acuerdo. Le llamaré. ¿Está Stan por ahí, Barney?

—No, pero al entrar vi un recado suyo para usted. Posee indicios de donde puede encontrarse ese tipo de *saloon*. Me refiero a Buddy Colton. Y está haciendo comprobaciones antes de lanzar un aviso de búsqueda.

—¿Eso es todo?

—Sí. ¿Y usted, tiene algún otro objetivo en perspectiva?

—No. Llamaré a Bill Chumner, y luego veré lo que puedo encontrar en ese bar-club.

Colgué el aparato y marqué el número que Bill Chumner había comunicado a Barney.

Chumner contestó al segundo timbrazo, mas tuve dificultad en escucharle bien debido al barullo que armaban algunos instrumentos musicales de diferente género. Parecía como si varios músicos estuvieran afinando sus instrumentos para un concierto.

—Soy el detective Selby —me presenté—. Tengo entendido que quería usted hablar conmigo.

—Sí —convino Chumner—. En efecto. Aunque eso era un poco antes, cuando no creí que tuviéramos ensayo. Había pensado en salir, pero ahora resulta que tendremos que quedarnos por lo menos una hora más.

—¿Por qué habla en plural?

—Me refiero a los reunidos. Estamos grabando discos y el del trombón parece haberse vuelto loco… Escuche, creo que será mejor que hablemos en otra ocasión. Quizá podríamos fijar un momento adecuado dentro de un par de horas.

—Dos horas es demasiado tiempo, Chumner —le objeté—. ¿De veras que no podemos hablar ahora mismo?

Vaciló.

—Verá, es que no está demasiado bien que me vean hablando con un policía. Si Sully… —se interrumpió bruscamente, pero ya había dicho más que suficiente para revelar la conexión. Sully es

una abreviatura demasiado común refiriéndose a Sullivan, y el hombre que había estado con Peggy Taylor en el «Taboo» no sólo se llamaba Sullivan sino que estaba metido en el negocio de los discos…, lo mismo que Bill Chumner.

—¿Se refiere a George Sullivan? —le pregunté.

—No quiero hablar nada por teléfono. ¡Caray! ¿Por qué no habré esperado un poco antes de llamarle? Ahora todo se ha complicado.

—¿Dónde están grabando esos discos, Chumner?

Exhaló un suspiro.

—¿Qué importa esto? Bueno, se lo diré. Estamos en el cuarto piso del Garritson Building.

—Yo creí que esa casa sólo se usaba como almacén.

—En efecto, pero en Nueva York es imposible encontrar locales para estudios, así que hemos instalado el nuestro en este piso. Yo estaré en la cabina de control. Escúcheme, Selby, por lo que más quiera no arme demasiado barullo. Quizá los chicos no le den demasiada importancia, pero no puedo permitirme…, bueno, ya sabe lo que sucede.

—Tranquilo, Chumner —le indiqué—. Pasaré a verle dentro de veinte minutos.

En realidad tardé algo más, porque cuando me disponía a salir Ralph Johnston entró a mirar las fotos de Dave Greer. Tardó sólo unos segundos en identificarlo como el hombre al que había visto abandonar el Chevy robado, pero se tardó un cuarto de hora más en consignar su identificación por escrito y conseguir un medio de transporte para que volviera a casa. Considerando que había sido despertado a una hora tan intempestiva para llamarle a la Jefatura de Policía, Johnston parecía estar de un humor excelente. Recordé, entonces, que Greer había derribado a Johnston de un puñetazo y comprendí el motivo de su buen humor.

El descargar aquel puñetazo sobre Johnston había sido, probablemente, la equivocación más grave que Dave Greer pudo haber cometido.

11

El Garritson Building estaba en las proximidades de la Séptima Avenida, en el distrito dedicado a la industria textil. Era una estructura antigua, de doce pisos, muy ornamentada en hierro forjado y con unas ventanas estrechas y largas, todas cerradas y pintadas de negro. Noventa años antes había sido probablemente, un edificio de relieve; en la actualidad constituía un martirio para la vista, en una zona llena de tales adefesios.

En la misma entrada, un viejo arrugado y reumático, sentado en una silla plegable junto a un pequeño escritorio, se estaba comiendo un bocadillo mientras leía una revista de cine. No levantó la mirada cuando entré; pero, al pretender rodearle, adelantó una pierna y me detuvo.

—Quédese ahí un momento, amigo —me advirtió—. ¿Quiere decirme a qué rediablos se debe tanta prisa?

Le expliqué que había venido a ver a Bill Chumner.

—¿Le está esperando el señor Chumner? —preguntó.

—Sí.

Se encogió de hombros, tomó un teléfono que había a su lado en el mostrador, murmuró unas palabras, escuchó un momento y luego volvió a colgar.

—¿Qué me dice? —le pregunté.

El viejo volvió a tomar su bocadillo, le dio un tremendo mordisco y se quedó sentado mientras masticaba, reflexivamente, con los ojos fijos al pequeño bulto que mi revólver formaba en la cintura bajo mi chaqueta.

—¿Qué me dice? —repetí.

—¿De qué?

—¿Puedo subir?

—¿Le ha dicho alguien que no pueda?

—No.

—¿Ve usted alguna pierna que le impida el paso?

—No.

—Pues, entonces, es que puede subir.

Abrió su revista, dio otro enorme mordisco al bocadillo y continuó su lectura. Le rodeé, encontré la escalera y subí hasta el cuarto piso.

Ante una puerta abierta al extremo del pasillo había varios jóvenes formando grupo.

—Estoy buscando el estudio de grabación —les informé—. ¿Es aquí?

Uno de ellos hizo una señal de asentimiento.

—Está usted en el sitio preciso —me contestó mirándome ceñudo—. Pero ¿dónde lleva el trombón?

—No soy músico.

—¡Qué mala pata! Si lo llevara le contrataríamos.

—Busco a Bill Chumner.

—Está adentro, papi. En la jaula de los chismes.

La habitación era mucho más pequeña de lo que había imaginado sería un estudio de grabación. Las paredes y el techo estaban recubiertos de lo que semejaba una capa de corcho encalada y el suelo cubierto de un material marrón elástico, parecido al linóleo; pero, tan esponjoso, que resultaba difícil caminar sobre él. Había una docena o más de sillas plegables, colocadas en semicírculos irregulares, frente a un pequeño tablado y, también, cierto número de atriles para músicos y micrófonos distribuidos entre las sillas. Un micrófono colgaba de un soporte sobre el tablado y otro pendía sobre un piano de cola. El fondo del estudio quedaba separado, formando una cabina de control, por una larga vidriera que iba de pared a pared. Sobre la vidriera se veían dos enormes relojes con segunderos y, entre ellos, había una luz roja apagada en aquel momento.

Dos hombres jugaban a los dados en un rincón del recinto, lanzándolos contra el zócalo, y otros tres en otro rincón habían

improvisado un bar, colocando un estuche de saxo-tenor entre dos sillas. Había una botella de whisky, otra de vodka, cuatro o cinco de soda y un buen número de vasos de papel. En otro de los rincones permanecía sentada una chica morena muy bonita que vestía un traje de cocktail blanco con lentejuelas, tan ajustado a su cuerpo como el rocío a las ramas de un árbol. La chica estaba medio dormida o borracha, aunque era difícil decidir.

El encargado de la cabina de control me daba la espalda. Me acerqué al cristal y di unos golpecitos con los nudillos. Se volvió en redondo, casi dejando caer el disco que iba a colocar en aquel momento, y en seguida se acercó a la puerta y la abrió para dejarme paso.

Tendría unos veinticinco años y era alto, con el rostro muy delgado, facciones acusadas y despiertas, pelo negro que empezaba a escasear y una perilla en el mentón.

—¿Es el detective Selby? —preguntó.

—Sí.

—Yo soy Bill Chumner. Déjeme cerrar la puerta para que nadie pueda interrumpirnos —cerró con el pestillo y se volvió hacia mí—. Desde aquí podemos oírlos pero ellos no pueden oírnos a nosotros.

Señaló un par de sillas situadas delante del panel de controles y me senté en una de ellas. Me sorprendía la calidad de los sonidos que escuchaba, ya que hasta mí llegaba claramente el tintineo de los dados y la respiración de los hombres que jugaban, y cuando alguien en el bar tocaba uno de los vasos de papel cpn el cuello de una botella, percibía el rumor del contacto, tan claramente, como si se produjera a unos pocos centímetros de mi oído.

Chumner se dejó caer en la otra silla, me miró cual si me examinara, y luego, dirigiendo su vista al estudio, permaneció sentado tamborileando con los dedos sobre sus rodillas. Era evidente que se sentía muy nervioso por tenerme allí, aun cuando, por lo que había podido observar, nadie había prestado la menor atención a mi presencia. Decidí facilitarle un poco las cosas.

—¿No le parece que es muy temprano para empezar a poner discos? —pregunté con aire intrascendente.

—¿Cómo? —inquirió Chumner a su vez mirándome de nuevo como si su mente hubiera estado distraída unos momentos—. Oh, no. Lo hacemos a cualquier hora. En realidad, esta sesión la hemos

empezado a las cinco de la madrugada. Todo iba perfectamente hasta que se produjo ese fallo.

—¿Un fallo?

—Sí. Algo que suena mal. Algo que no va con el acorde. Le puede ocurrir a cualquiera.

—¿Así es que han tenido que volver a empezar?

—Sí, desde luego. Evidentemente, no tiene importancia. No es posible poner a tantos hombres juntos y que todos toquen a la perfección cada vez que interpretan algo. Ese tío del trombón es un quisquilloso y cuando lo oyó en la reproducción, empezó a protestar. Metió su trompeta en el estuche y se largó. Hemos ido a buscar a otro, pero todavía no ha llegado.

—Comprendo.

—Sucedió en una de esas demostraciones del metal, ¿comprende? Cuando todos los instrumentos de viento repiten la misma melodía una y otra vez, mientras el solo se acerca al micrófono y toca su parte, ¿comprende?

—Sí.

—La sección de metal estaba usando auriculares y nadie percibió el fallo hasta reproducir la pieza. El del trombón se puso frenético… ¡Porras! Nunca he visto cosa parecida —miró con el ceño fruncido a través de la vidriera a los hombres reunidos junto al improvisado bar—. ¡Músicos! Mírelos. Están todos locos. Especialmente los que tocan el trombón —suspiró—. Lo sé muy bien porque yo también lo tocaba.

Sonreí tratando de mantener un ambiente agradable.

—¿Qué era lo que quería decirme, Chumner?

Tocó un botón del panel y los sonidos del exterior se redujeron a murmullos casi imperceptibles.

—Pues quería hablarle de George Sullivan, naturalmente. Es el que manda en todo esto y…

—Pues yo creí que era…, como decirlo…, un artista y encargado del repertorio.

—En efecto, pero aun así es el mandamás. Existen otros por encima de él si vamos a considerar los títulos; Sully es el que manda en todo esto. Y yo soy su ayudante.

—¿Qué es exactamente un artista y encargado de repertorio, Chumner?

—Sólo es un nombre, que aquí se aplica al que decide qué se va a grabar y quién lo hará.

—De acuerdo, prosiga.

—Sully cobra cuatro de cien a la semana por su trabajo, más un porcentaje sobre los beneficios. Yo percibo cien y medio sin porcentaje. En cambio, hago el doble de trabajo. En realidad me encargo prácticamente de todo —hizo una pausa tratando de acumular la suficiente indignación para, según creo, decir lo que quería teniendo la conciencia más tranquila—. Este es un trabajo duro, Selby. Un perro se come al otro. Nunca podría usted imaginarse lo duro que es esto.

—Creo que todo esto tendrá algo que ver con la muerte de Edward Macklin, ¿verdad? —indiqué.

—Desde luego. Pero antes de que le diga algo más, quiero saber cuál es mi verdadera posición. O, dicho de otro modo, no me gustaría que algo me diera de rebote en la cara.

—¿Como por ejemplo qué?

—Imaginemos que Sully no se cargó a Macklin. Que demuestre no tener que ver absolutamente nada en todo ello. Quiero estar seguro de que…

—¿Cree usted que Sullivan mató a Macklin?

—Pudo haberlo hecho. Yo diría que no.Si sospecha que le he contado algo, me expulsarán para siempre del ramo musical. O, por lo menos, de la parte que produce algún dinero. Tendré que empezar a tocar en bandas de mala muerte de las que van por los pueblos. Y ahí sí que no se consigue nada. Pregúntele a cualquiera.

—La Policía protege a sus fuentes de información, Chumner. Si no lo hiciera, las fuentes se secarían.

—Lo sé; sólo he querido que usted me lo dijera.

Me encogí de hombros.

—Si lo que me cuenta de Sullivan no tiene ninguna importancia será, exactamente, como si nunca hubiéramos hablado. ¿De acuerdo?

Hizo una lenta señal de asentimiento.

—De acuerdo. Le contaré lo que sé y esperemos que todo acabe bien —aspiró el aire fuertemente y luego, bajando la voz, se inclinó hacia adelante—. Sully estuvo aquí en el estudio un poco antes. Parecía preocupado por algo. Le pregunté la causa y me respondió

que un detective llamado Selby había estado hablando con él y con Peggy Taylor sobre ese hombre al que mataron en el metro. Ese Edward Macklin. Sully manifestó estar furioso porque, a su modo de ver, aquello era muy perjudicial para Peggy.

—Nada de eso —protesté—. Yo sólo estaba haciéndole unas simples preguntas de rutina.

—Quizá; pero Sully parecía muy enfadado. Peggy Taylor es ahora nuestra figura estelar y si se le hace alguna faena inoportuna puede salir muy mal parada. Y como Sully se lleva una buena parte de los beneficios del contrario, tiene derecho a estar preocupado. Si Peggy llevara ya el tiempo suficiente en el candelera como para haberse convertido en una especie de institución, lo mismo que pasa con otros cantantes, la cosa sería distinta. Mas no es así. Está todavía en período de promoción y ha de ganarse la fama sólo con sus discos porque no tiene, lo que pudiéramos decir, una cara de las que se paga dinero para contemplar. Una noticia mal colocada en los periódicos pudiera serle falta.

Yo me estaba poniendo un poco impaciente.

—Volvamos a Sullivan —propuse—. ¿Qué le hace creer que es el hombre al que busco?

—Sully estaba demasiado nervioso. Es natural que se preocupara por Peggy, pero creo que sus nervios procedían de algo más importante que el peligro de una noticia perjudicial para ella. George Sullivan no se sulfura fácilmente; en cambio, esta mañana estaba fuera de sí. Nunca le he visto de tal modo desde que nos conocimos.

Empecé a decir algo pero Chumner levantó una mano.

—¡Espere! —me indicó—. No es de esto de lo que quería hablarle. Lo importante ahora es decirle que Sully y Macklin habían tenido una discusión muy violenta. Sully le dijo al otro que le iba a matar aun cuando fuera lo último que hiciese en el mundo.

—¿Cuándo fue eso?

—El martes, hace una semana.

—¿Llegaron a las manos?

—No. Creí que se iban a pegar pero no ocurrió así. No sé por qué. Se pusieron en guardia un par de veces y se hicieron unos pases el uno al otro, aunque no llegaron a sacudirse. Peggy Taylor estaba también presente. Por un momento pensé que se abalanzaría

sobre Macklin antes de que lo hiciera Sully. Nunca he visto a tres personas tan furiosas sin que, al final, llegaran a hacerse nada.

—¿Dónde ocurrió todo eso?

—En un *parking* ahí abajo en esta misma calle. Sully, Peggy y yo salimos juntos de aquí. Habíamos estado grabando un par de caras con Peggy. Serían las cuatro y media y Sully y Peggy se dirigieron al coche del primero, mientras yo atravesaba la calle para comprar cigarrillos en un bar de los que no cierran en toda la noche. Cuando volví, vi que Sully y otro tipo estaban como peleándose, así es que me metí en el coche y los estuve observando. Al principio, no levantaban mucho la voz, de modo que no pude oír el motivo de la disputa. Peggy se limitaba a mirar y a soltar palabrotas. No creo que ninguno de ellos me viera regresar, aunque no estoy seguro. Macklin, finalmente, empezó a alejarse de allí. Y fue, entonces, cuando oí a Sully decir que le mataría aun cuando fuera lo último que hiciera en el mundo.

A pesar de que no se lo dije a Chumner, yo me sentí bastante seguro de que ni Sullivan ni Peggy Taylor le habían visto regresar al coche. Los dos me habían asegurado no haber visto a Macklin en un año y medio y esto era algo a lo que no se hubieran arriesgado de haber sabido que existió un testigo presencial de su altercado con él.

También existía la posibilidad de que Bill Chumner estuviera mintiendo o exagerando todo aquello con algún propósito personal, pero lo consideré poco probable. Hubiera sido muy tonto hacerlo, y de haber sido un tonto, yo me habría dado cuenta en seguida. Así, pues, llegué al convencimiento de que Sullivan y Peggy me habían mentido, y me sentía muy interesado en averiguar la causa.

—¿Dice usted que todo esto ocurría sobre las cuatro y media? —quise saber.

—Sí, poco más o menos. Habíamos terminado a las cuatro y cuarto y debieron pasar unos quince minutos hasta el momento en que llegamos al *parking*.

—¿Estuvo Macklin aquí en el estudio durante la grabación?

—No. No sé si estaría esperándolos o si se encontraron allí por casualidad.

—¿Está totalmente seguro de que aquel hombre era Macklin?

—Seguro.

—¿Le conocía usted personalmente?

—Nunca había hablado con él. Pero sí le había visto hablar con Sully un par de veces y lo recordaba también aquella vez en que grabamos un disco para él. Nunca me lo presentaron, pero yo estaba en la cabina de control cuando Sully hizo la grabación, y éste me dijo su nombre. Me acordaba de él porque Sully parecía considerar todo aquello como una broma. No sé el motivo. Porque Macklin tenía condiciones bastante buenas.

—¿Cuánto hace de eso?

—Cosa de un par de años. A lo mejor, un poco menos. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. ¿Qué sucedió con el disco?

—Nada. Lo dejaron olvidado y se murió. A veces, uno de esos discos sin relieve pueden tocarse en un local de música popular, pero no ocurrió así en este caso.

—¿La grabación fue de tipo profesional normal?

—Desde luego. No hacemos ninguna otra. Aunque, de vez en cuando, podemos permitirnos algo informal sólo para comprobar cómo suena. No ocurrió así esta vez. El disco de Macklin fue grabado para vender…, únicamente que no se vendió.

Recordé cómo Sullivan me había contado que lo único que hizo para Macklin había sido darle buenos consejos.

—Hacemos muchos discos, ¿comprende? —continuó Chumner—. Y los lanzamos para ver qué pasa. Esto es tan expuesto como jugar a las carreras. Pero, si uno de ellos empieza a «pegar» bien…, si los disc-jockeys lo escogen para sus audiciones o para algo así, echamos el resto. Es lo que ocurrió con el primer disco que grabamos para Peggy Taylor. Me refiero a *Cheatin Mamma*. Realmente «pegó» y se convirtió en un éxito.

—¿Cree usted que este altercado en el *parking* podía tener alguna relación con el disco de Macklin? —le pregunté.

Chumner se pasó una mano por su escaso pelo negro y se pellizcó brevemente los labios.

—No le veo ninguna conexión —declaró—. Había pasado ya demasiado tiempo. Y, además, no fue culpa de Sully el que el disco fracasara. Muchos fracasan, ¿comprende? Hay que estarlos lanzando uno tras otro y esperar que se produzcan los suficientes

triunfos como para pagar los gastos que ocasionan los fracasos.

—Volvamos a lo ocurrido en el *parking*. ¿Oyó algo que le hiciera suponer de qué estaban discutiendo?

—No. Yo me encontraba en el otro extremo del recinto. Podía oír sus voces; no las palabras. Excepto los tacos que soltaba Peggy. Estos me llegaban perfectamente. Pero no lo que decían Sully y Macklin. Todo cuanto pude oír fue lo que dijo Sully cuando Macklin se alejaba.

—Vayamos ahora a lo que sucedió antes de esa escena. ¿Oyó alguna vez algo que le hiciera pensar que había malquerencia entre los dos? ¿Hizo Sullivan alguna observación sobre Macklin? ¿Algo que resultara significativo?

—No. Supe que me haría esa pregunta y he intentado contestármela mientras usted venía hacia acá. La verdad es que nunca oí nada. Lo primero que supe sobre el mal estado de sus relaciones fue lo que ocurrió en el *parking*.

—¿Y qué me dice de Peggy Taylor?

—Lo mismo. Nunca me había mencionado a Macklin.

—¿Les vio juntos alguna vez?

—No. Entre la noche en que grabó el disco y la otra en que discutieron, sólo vi a Macklin un par de veces cuando estuvo hablando con Sully. Pero sólo hicieron eso: hablar. No parecían muy contentos de cómo funcionaban las cosas, pero tampoco tenían aspecto de irse a pelear de un momento a otro.

Hice una señal de asentimiento.

—¿Alguna cosa más que crea, interesante decirme, Chumner?

—No. Creo que lo único interesante es lo de la pelea. Creí que era mi deber informarle… —se interrumpió unos momentos—. Lo dejo a su criterio, Selby. La razón por la que le estoy contando esto es que espero que George Sullivan sea el hombre al que busca. No tengo nada contra él, ¿comprende?, e incluso le aprecio. Se trabaja a gusto a su lado, a pesar de que ponga siempre tantos obstáculos. Eso no es lo grave. Lo importante es que él es el mandamás aquí y yo no. Gana sus cuatro de cien a la semana y su porcentaje, y yo sólo uno y medio sin porcentaje.

Me miró con aire expectante, y yo no contesté.

—Me gustaría ganar esos cuatro y el tanto por ciento, Selby. Soy el que le sigue en categoría, pero Sully parece estar bien

atornillado. Y no me extraña, porque es muy bueno en su oficio. Ahí está lo malo. Que puede seguir igual para el resto de sus días.

Me volvió a mirar con la misma expresión de antes, pero yo seguí mudo.

—Esa es la situación —continuó—. Y el motivo por el que le hablo de él. Me importa un bledo quién mató a Macklin. En cambio, sí me importan mucho esos cuatro billetes y la comisión, especialmente esto último. Me gustaría tener un par de Cadillacs, ¿comprende?

—Sí, sí —le contesté.

Se encogió de hombros.

—De acuerdo. Soy un asqueroso, ¡qué diablo! Prefiero ser un asqueroso en un Cadillac que un tío educado usando el metro. ¿Qué puedo perder? Si Sully se cargó a Macklin, yo saldré ganando. Ahora bien, si no lo hizo, continuaré con mis ciento cincuenta cada viernes por la tarde y seguiré conociendo a un montón de mujeres que harán cualquier cosa porque les dé la oportunidad de acercarse al director de una productora. Así, pues, no hay por qué echarse a llorar. Lo único que espero es que no me ponga a malas con Sully.

—Comprobaré todo esto —le prometí—. Entre tanto, ¿por qué no me cuenta dónde estaba…?

Levantó la mano sonriendo un poco.

—Comprendo. Quiere usted saber dónde me encontraba cuando alguien empujó a Macklin en el andén de la estación del metro.

—En efecto —corroboré—. ¿Dónde estaba usted?

—Me ha sorprendido que no me lo preguntara antes. Pues bien, estaba aquí junto con otra media docena de personas. Agentes y demás. Estábamos escuchando unos cuantos «demos» y…

—¿Demos?

—Sí, discos de demostración. Grabaciones muy rápidas que los cazadores de talentos y los agentes hacen por unos cuantos dólares y luego nos mandan a los promotores discográficos. Se saca mucho más escuchando un disco que al talento en persona —tomó un cigarrillo de una cajetilla situada en la repisa bajo el panel de control y lo golpeó ligeramente sobre su uña—. Estuvimos aquí desde las dos de la tarde hasta las siete y media.

—¿Y no salió usted de este recinto en todo ese tiempo?

—No. Tomamos unos bocadillos y algunas otras cosas que

pedimos fuera —encendió el cigarrillo y me miró pensativo sobre la llama de la cerilla—. Sully no se encontraba aquí. Lo esperábamos, pero no hizo acto de presencia ni tampoco llamó.

—¿Era una cosa poco habitual en él?

—Sí. Como ya. le dije antes, me encajaba muchas de sus entrevistas, pero siempre me lo hacía saber con anterioridad. ¿Quiere hablar con los que estaban aquí aquella tarde?

—Ya se lo diré más adelante.

—Como quiera. Mas no olvide que se ha comprometido a protegerme. Si habla con ésos o con cualquier otro del ramo, que quede bien claro que desea averiguar cosas de Macklin, pero no mías. Si es así, podrá continuar hablando conmigo sin provocar sospechas de nadie. ¿De acuerdo?

—Creo que sabré manejar esto con cuidado —le aseguré.

—Bien. No es que quiera meterme en sus asuntos, Selby. Pero creo que le estoy haciendo un favor considerable.

—Sí, y aprecio mucho su atención.

—No me extraña. Espero que lo aprecie lo suficiente.

Hice como que no le entendía.

Chumner miro con el ceño fruncido a través de la vidriera a un joven que acababa de entrar en el estudio.

—Ahí lo tenemos —dijo malhumorado—. El del trombón que hemos mandado a buscar. Ese no sabe ni sonarse las narices. Es lo mejor que podía encontrarse por estos contornos, sobre todo disponiendo de tan poco tiempo.

El recién llegado llevaba el estuche de un trombón en una mano y una bolsa de papel marrón en la otra. Dejó el estuche junto a la puerta, sacó de la bolsa una botella de ginebra y se acercó al grupo de músicos reunidos en el improvisado bar.

—¿Se da cuenta? —me indicó Chumner—. Está loco como todos ellos. El soplar en ese instrumento les debe deshacer el cerebro. Yo me salí en el momento oportuno.

Saqué mi libreta de notas.

—Dígame las señas de Sullivan.

Chumner me las indicó sin dejar de mirar al estudio con la especie de sonrisa preocupada que se suele mostrar cuando uno ha

jugado todo su capital a los dados y se da cuenta de que no debió haberlo hecho. Aunque quizá no se tratara de aquello. A lo mejor, estaba pensando de qué color compraría los Cadillac si la tirada le resultaba favorable.

Planteé unas cuantas preguntas rutinarias más, me despedí y salí de la cabina de controles. Nadie me había prestado la menor atención. La joven morena con el traje blanco de cocktail seguía sentada, exactamente, donde la vi al entrar. Al observar la completa relajación de su cuerpo y la expresión eufórica de sus ojos semicerrados, decidí que no estaba borracha ni dormida, sino que se trataba de una adicta a la heroína, sufriendo los efectos de la droga.

Había una hilera de cabinas telefónicas en el vestíbulo y entré en una de ellas para llamar a la comisaría y preguntar si Stan Rayder había vuelto.

En efecto, acababa de regresar. Su pista sobre Buddy Colton se había borrado y acababa de lanzar un aviso de búsqueda. El de Jim Mooney no había producido fruto alguno y era todavía demasiado pronto para esperar lograrlo en el de Dave Greer.

Dije a Stan que visitara el bar-club cuya factura habíamos encontrado en el bolsillo del muerto. Eran las ocho y diez, lo que significaba que la actividad en el club debía haber descendido bastante. A esa hora es cuando, en tales lugares, se empieza a servir lo que los clientes denominan «desayunos fantasmas». Se me ocurrió que también yo necesitaba comer algo. Pero no quería perder tiempo. Estaba demasiado ansioso por saber por qué George Sullivan y Peggy Taylor habían considerado necesario mentirme acerca de no haber visto a Edward Macklin durante un año y medio.

Cuando acabé de hablar con Stan llamé a la Sección de Archivos y les conté todo cuanto sabía de las actividades de Macklin. Después les rogué que me ataran los cabos sueltos y enviaran la información a la comisaría.

Regresé, entonces, al Plymouth y me dirigí a la casa donde habitaba George Sullivan.

12

Cuando entré en el living tuve la sensación de volver a encontrarme en el estudio de grabación del Garrison Building. Las paredes tenían el mismo material a prueba de sonidos y había casi tantos micrófonos distribuidos por el suelo, pero faltaban la cabina de control y el tablado, y en vez de sillas plegables y atriles para músicos, vi sillones y banquetas. Había también un bar auténtico, no improvisado, un piano de tamaño normal, color castaño, un largo sofá, una mesita ovalada para café con el tablero de cristal y cuatro o cinco discos debajo del mismo. En las paredes, otros discos alternaban con anuncios publicitarios de mujeres en traje de noche y hombres de esmoquin. Tras el sofá vi una hilera de aparatos para grabar que me parecieron idénticos al equipo de la cabina de control en la que había estado hablando con Bill Chumner.

Sullivan me había salido a recibir en pantalón de pijama y zapatillas. Aunque era un hombre de edad mediana, estaba sólidamente musculado y tenía la cintura delgada. Al no llevar los lentes de gruesa montura con que le había visto en el «Taboo», parecía mucho más joven. Me invitó a entrar y me indicó un asiento en el sofá, yéndose después directamente al bar sin pronunciar palabra. Regresó con dos whiskys con soda y me entregó uno.

—Estaba preparando unos cuantos cuando llegó usted —me dijo al tiempo que se sentaba en un taburete frente a mí—. Por la mañana prefiero los de ron, pero se me ha acabado.

Dejé la bebida sobre la mesilla.

—Vamos al grano, Sullivan —propuse—. Cuando hablé con usted y Peggy Taylor en el «Taboo»…

Levantó una mano.

—Lo sé, Selby —me interrumpió sonriendo cual si pidiera perdón—. Cometí un error. Déjeme decirle que pensaba tomarme un par o dos de whiskys y luego llamarle a su oficina para hablar con usted.

—Pudo haberlo hecho antes. ¿No cree?

Pasó la punta de los dedos por su pelo cortado casi al rape y movió la cabeza lentamente.

—Es verdad. Siento haberle causado alguna confusión, Selby. Yo…, bueno, la verdad es que no tenía la cabeza muy clara. Por regla general, mis ideas suelen ser más concretas, se lo aseguro.

—Lo que ha hecho ha sido poner obstáculos a una investigación. Y esto no es una acusación cualquiera, Sullivan.

—Lo sé. Fue una cosa increíblemente estúpida. Como ya le he dicho, pensaba rectificar mi error —hizo una pausa suficiente como para probar un poco su bebida—. Volví a casa y traté de dormir, pero me fue imposible. Estuve pasando revista a todo ello con mucho cuidado y luego decidí llamarle —miró mi vaso—. ¿Es que no piensa beber?

—No, gracias.

Se encogió de hombros.

—Supongo que es uno de los inconvenientes de realizar servicios policiales.

—Quizá —respondí—. Pero ¿y si volviéramos a lo nuestro?

—Como quiera. Veo que ha hablado con Peggy.

No respondí y Sullivan me miró con aire curioso.

—¿No lo negará, verdad? —preguntó.

Seguí sin responder.

Sullivan frunció el ceño, tomó un poco de su bebida con aire pensativo y luego permaneció sentado mirando fijamente su vaso.

—Ella dijo que pensaba llamarle —me informó—. Naturalmente, creí que…

—Lo que tiene que creer es sólo una cosa: que usted y yo tenemos que hablar claro —le indiqué—. Puede empezar contándome lo de la pelea que sostuvo con Macklin en aquel aparcamiento.

Me miró fijamente, al parecer bastante sorprendido.

—¿Pelea?

—Sí, pelea o altercado o discusión o bronca. Lo que ocurrió

entre usted y Macklin aquella mañana después de haber estado grabando.

—Así que Peggy le llamó.

—Eso no interesa por ahora. Estamos hablando del altercado en el *parking*. Y escúcheme, Sullivan. Empiezo ya a cansarme de todas estas tonterías. Hable o no hable, pero quítese de la cabeza que va a quedarse sentado ahí bebiendo su whisky y tomándome el pelo como hizo en el «Taboo». ¿Queda claro?

Hizo una señal de asentimiento.

—Clarísimo. La verdad es que no puedo imaginar cómo ha sabido usted lo de aquel desagradable incidente en el *parking*, a menos que Peggy se lo haya contado. Si lo hizo, entonces habrá sabido igualmente que ella también estuvo allí. Se trata de una consecuencia lógica. Y me sorprende que un detective profesional no haya pensado, inmediatamente, que Peggy pudo haber sido la causa de la discusión aun cuando ella no se lo dijera. Además…

—No pienso repetírselo otra vez, Sullivan.

—No será necesario. El altercado fue por culpa de Peggy. Eddie Macklin la había estado molestando. Le pedía que saliera con él, la esperaba a la puerta del estudio y la llamaba a altas horas de la noche…, cosas así. Simplemente, no aceptaba negativas. Resultaba patético y al propio tiempo irritante. Peggy me rogó que le hablara. Le contesté que, a mi modo de ver, el asunto debía ser puesto en manos de la Policía; pero, al parecer, ella no quería llegar tan lejos. Sentía lástima por Eddie, ¿comprende? Y…

—¿Tiene usted alguna pretensión sobre Peggy? —le pregunté.

—No sea ingenuo, Selby —me respondió Sullivan—. Desde luego que no. Sí, somos buenos amigos, al tiempo que asociados en los negocios.

—¿Nada más?

—No. Creo que lo he dicho bastante claro. Bueno, yo creo que Peggy no es la clase de chica capaz de atraer a un hombre como yo.

—¿Por alguna razón especialmente?

—Sí, por una muy particular. Yo soy muy sensible a la belleza. Y usted ya habrá visto a Peggy.

—De acuerdo. Volvamos a la discusión en el *parking*.

—Fue una de esas incidencias poco agradables que, a veces, suceden —me explicó—. No tengo ni idea de cuánto tiempo había

estado Eddie Macklin esperando a Peggy allí. Quizá algunas horas. Había bebido y parecía decidido a provocar una escena violenta. Recriminó a Peggy lo que consideraba un trato cruel, y me recriminó a mí por lo que él llamaba «ponerla en contra suya». Estuvo ridículo hasta un punto increíble, créame.

»Traté de no hacer demasiado caso, pero se interpuso en mi camino hacia el coche. Yo pierdo la cabeza muy pocas veces, y aquella fue una ocasión excepcional, en la que se me hizo difícil contenerme —se miró el torso desnudo e hinchó el tórax un par de centímetros—. Me jacto de tener la misma condición física de hace veinte años. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no golpear a Eddie y pasar por encima de él para dirigirme al coche.

—En vez de eso —comenté— se contentó con amenazarle de muerte.

Esperé verle sorprendido, pero tuve un desengaño.

—En efecto —dijo Sullivan—. Eso es lo que hice.

—Reconozca que fueron palabras bastante duras.

—Sí. Creo que sí. No sé lo que me pasó, Selby.

—Supongo que serían sólo palabras —opiné—. De las que se dicen cuando uno está fuera de sí.

Sullivan hizo una señal de asentimiento.

—Sí, sí, desde luego.

—Naturalmente, usted nunca habría pensado en cumplir la amenaza.

—No nos pongamos en plan ridículo, Selby. Si lo que se dice cuando uno está enfadado fuera a…

—Todavía no me ha explicado por qué me mintió en el «Taboo».

—Por una causa evidente. Le mentí porque no quería que ni Peggy ni yo nos viéramos envueltos en una investigación por causa de un crimen. Lamentamos la muerte de Eddie Macklin, que nada tiene que ver con Peggy ni conmigo… Nada de nada. En aquel momento me pareció que hubiera sido una estupidez arriesgarse a que hablaran de nosotros. Pero, más tarde, después de haber vuelto a casa, comprendí mi error. Porque todo ciudadano tiene la obligación de cooperar en talés casos, por desagradable o inconveniente que pueda resultarle el cumplimiento del deber.

—Dijo usted que Peggy le había prometido que me llamaría.

—Sí. Estaba muy preocupada por el modo en que le habíamos

engañado. En realidad no tiene un carácter tan fuerte como aparenta. Se sentía muy nerviosa, tanto por la muerte de Eddie como por saber que le había mentido a usted al afirmar que no le había visto durante un año y medio —hizo una pausa—. Probablemente no me hará ningún caso, pero si estuviera en su lugar me mostraría indulgente con ella.

—¿Por qué?

Dirigió una mirada circular al recinto.

—Porque ya no es ninguna joven, Selby. Y menos para su condición de cantante. En los momentos actuales, se encuentra en la cúspide, a la que ha llegado después de quince años de lucha. Y quince años es un tiempo muy largo. En el caso de Peggy significa la mitad de una vida. ¿Se da usted cuenta? Cuando se llega a los treinta, se ha vivido bastante y la voz lo refleja. Se posee experiencia, se sabe cómo vender tanto una canción como la propia imagen. Eso mismo lo están haciendo diez mil mujeres más, aquí en Nueva York, compitiendo por lo mismo. Pero se continúa en la brecha. Y, de repente, un día se graba un disco. Algo ha ocurrido. De la noche a la mañana…

—Bien, bien, Sullivan —le interrumpí—. Me doy perfecta cuenta de todo. Mas ahora supongamos que usted…

—Un momento, por favor. Sólo intentaba hacerle comprender la ironía de todo esto. Después de quince años de esperar una oportunidad, finalmente se presenta. Y entonces, cuando uno casi no acaba de creer lo que le está ocurriendo, sucede algo que es como si recibiera un golpe en la nuca que le abate de nuevo al suelo. Quizá no le parezca a usted muy trágico, Selby; en cambio, a mí sí. Cuando una chica como Peggy Taylor sacrifica quince años de su vida para algo y lo consigue, y luego de repente se lo arrebatan de las manos…

—Nadie le está arrebatando nada —objeté.

Se encogió de hombros.

—Bueno, creo que por lo menos comprenderá que ella se siente amenazada. En un caso como éste, todo motivo de sospecha puede resultar tan malo como la sospecha en sí misma. Para ella el suceso ha sido como el fin del mundo. Así es que no le eche la culpa por haber perdido los nervios.

—Yo no noté que los perdiera. Lo único que hizo fue hablar por

los codos.

—Eso es porque no conoce a Peggy. Yo tengo muchos menos motivos para sentir lo que ella siente y, sin embargo, reaccioné casi del mismo modo…, aunque en menor grado, claro está.

—Peggy Taylor no tiene por qué preocuparse —le aseguré—. Es decir, siempre y cuando nos diga la verdad y no se aparte de esa norma.

Sullivan sonrió.

—Se sentirá muy aliviada al oír eso.

—Hablaré con ella después. Por ahora sólo quiero saber algo del disco que hicieron para Eddie Macklin.

La expresión de Sullivan no varió; sin embargo, su cuerpo pareció ponerse algo más tenso.

—¿Puedo preguntarle cómo se enteró de eso?

—No. ¿Qué me dice del disco?

Volvió a mirar a su alrededor.

—Tengo aquí un estudio muy completo, Selby. En realidad, la calidad de los discos que grabo en él puede compararse, favorablemente, con los que grabo en plan profesional. Hay algunas diferencias, pero…

—Me importa muy poco el negocio de los discos considerado globalmente —le comuniqué—. Lo único que me interesa por el momento es ese disco.

—Sí, claro. Bueno, iba a decirle que, para mí, el grabar discos es tanto una afición como una profesión. Aquí hace pruebas mucha gente. Si demuestran condiciones, a veces me arriesgo a efectuar una grabación comercial. Podría darle una lista sorprendente de artistas que actualmente disfrutan de gran éxito y cuya primera grabación fue hecha aquí en este cuarto. Por desgracia, Eddie Macklin no pertenece a dicha clase. Me visitó, como ya le dije en el «Taboo», y traté de disuadirle. No es que fuera mejor o peor que otros miles de cantantes folk a quienes he escuchado. Tratábase sólo de que no tenía ninguna cualidad sobresaliente; no poseía ese toque especial que sitúa a un cantante por encima de los demás. La verdad es que estuvo tan insistente y Peggy me importunó hasta tal punto que…

—¿Peggy?

—Sí. Le trajo aquí una tarde y logró convencerme para que le

hiciera una prueba. Eddie cantó y tocó su guitarra sin ningún otro acompañamiento. La suya fue una más de esas baladas montañesas sin nada especial. Nuestra existencia de baladas era muy escasa en aquellos momentos y decidí correr el riesgo sólo para llenar un hueco. Como se trataba de un artista totalmente individual, me llevé a Eddie y a Peggy al Garrison Building aquella misma noche y grabamos la canción. La matriz salió excelente y encargué un número mínimo de ejemplares con lo que provocar cierto interés, no obstante el poco que yo sentía —hizo una pausa—. Todavía tengo aquí la prueba. ¿Le gustaría escucharla?

Iba a decir que no tenía tiempo, pero se me ocurrió que sabía muy pocas cosas de Edward Macklin y, aun cuando el escuchar aquel disco no iba a resolverme nada, quizá me ayudara a proporcionarme una impresión más concreta de su intérprete que pudiera resultarme útil.

—¿Por qué no? —le respondí—. Pero tendremos que darnos un poco de prisa, Sullivan.

Asintió y se acercó a un montón de álbumes que estaban en el suelo al extremo de los aparatos de grabación.

Una vez localizado el disco y que lo hubo puesto en el aparato, sentóse otra vez en el taburete y alargó una mano hacia su bebida.

—Espero que se dé cuenta de lo que le estuve diciendo —me advirtió—. Eddie no tenía lo que hay que tener; eso es todo. Los discos triunfadores son una combinación de talento, intemporalidad, promoción y alguna otra cosa. Me gustaría saber qué es esa «otra cosa», mas no lo sé, ni creo que nadie lo sepa. Es evidente que si no existe, no hay artista, ¿comprende?

Escuché la balada de Eddie Macklin. Era acerca de un joven que vivía en la cumbre de una montaña y cortejaba a una chica que habitaba en otra cumbre. Cada noche bajaba de su montaña y subía a la de la chica; cuando llegaba a la cabaña de ésta, estaba tan exhausto que no podía hacer nada más que descansar unos momentos para luego volver de nuevo a su casa. Yo sabía muy poco de música folk, pero la canción me pareció divertida y, a mi modo de ver, estaba muy bien interpretada.

—¿Se da cuenta? —preguntó Sullivan desconectando el aparato —. Se oye la canción, pero no se oye a Macklin. La pregunta es: ¿qué están cantando?, cuando debería ser: ¿quién está cantando?

Macklin no atraía interés alguno hacia su personalidad de artista. Complacía un poco, pero cantaba algo que, igualmente, hubiera gustado en boca de cualquier otro artista entre miles de ellos.

Hice una señal de asentimiento.

—Gracias por dejarme escuchar ese disco. Tengo entendido que, después de haber efectuado la grabación, usted y él tuvieron unas cuantas conversaciones.

—En efecto, así es. Eddie se dejó caer por aquí varias veces. Quería otra oportunidad, pero yo lo consideré fuera de lugar.

—¿Se habían peleado o discutido alguna vez, antes de aquella mañana en el *parking*?

—No. Y es por por lo que me asombró tanto verle en plan ofensivo.

—¿Sabe de alguien a quien hubiera alegrado recibir la noticia de su muerte?

—No. Debo aclarar que a ese hombre yo casi no le conocía bajo un punto de vista personal. Siempre limitábamos nuestras conversaciones al disco que había grabado y a los que pretendía grabar. Pero no sé, absolutamente, nada de lo que concierne a su vida privada o a sus problemas.

—¿Estuvo usted en el estudio ayer por la tarde, señor Sullivan?

—No. Pasé la tarde y la noche aquí en el piso.

—¿Solo?

Sonrió tenuemente.

—No. Con Peggy. Vino sobre las dos y se quedó hasta poco después de las ocho. Acordamos encontrarnos más tarde en el «Taboo» y así lo hicimos.

—¿Salió alguno de ustedes del piso entre las dos y las ocho?

—No. Habíamos pensado ir a comer algo, pero había comida fría y cerveza en el refrigerador y optamos por esto.

—Vamos a ceñirnos un poco más al horario. Entre las cuatro y entre las cinco de la tarde, ¿le vio alguien aquí o recibió alguna llamada telefónica?

Lo pensó un momento y repuso:

—No; recibí una llamada telefónica; pero fue mucho antes, creo que sobre las dos.

En todo interrogatorio se llega a un punto en que lo único que se puede hacer es empezar de nuevo. Yo había llegado a ese punto con

George Sullivan; pero no vi objetivo alguno en repetir las cosas que ya habían sido dichas. Así es que me puse en pie y Sullivan hizo lo propio.

—¿Seguro que no quiere tomar una bebida antes de partir, Selby?

Moví la cabeza negativamente.

—Si sucede alguna otra cosa, llámeme a la Comisaría 20. El número lo encontrará en la guía.

—Así lo haré —prometió—. Aunque no puedo suponer que pase algo.

Me acompañó hasta la puerta, nos despedimos y cerró tras de mí.

Justo enfrente de la casa de Sullivan había un bar. Utilicé uno de los teléfonos de fichas para llamar a mi Sección. Stan Rayder no había regresado ni tampoco había ningún mensaje para mí. Miré el número del bar-club, llamé y pregunté por Stan.

Se encontraba en el local. Me informé que la visita no le había servido para nada. Edward Macklin había sido muy generoso en sus gastos, y sus visitas al club fueron frecuentes. Siempre había pagado sus facturas al contado, a excepción de la que le encontramos en el bolsillo. Yo había creído que dicha factura correspondía a los gastos de un mes, pero me equivoqué. Los doscientos cinco dólares los había gastado en una sola noche.

Ni el encargado del club ni su ayudante sabían gran cosa de Macklin, aparte, claro está, de su nombre, y el detalle de que le gustaba hacer tocar a la orquestina cada vez que encargaba una bebida y también que, con frecuencia, invitaba a todos los concurrentes del local. Teniendo en cuenta los precios que cargan en tales lugares, junto con la propina que se suele añadir, el alcanzar la cifra que marcaba la factura encontrada en su bolsillo no tenía nada de particular. Sin embargo, nunca trató de hacer amigos entre los músicos u otros parroquianos y, por lo que el encargado y su ayudante sabían, tampoco intimó con ninguna de las chicas que allí trabajaban. Le di a Stan un resumen de mi conversación con George Sullivan y le dije que en seguida me ponía en camino para entrevistarme con Peggy Taylor.

—Ese Sullivan me parece un tipo de cuidado, Pete —opinó Stan —. Yo me hubiera enfadado con él.

—No irá a ninguna parte —le contesté— y si lo hace volveremos a ponerle en su sitio. Entre tanto, creo que lo mejor sería intervenirle el teléfono. Pide seis hombres a la Jefatura y ponlos de servicio por parejas, las veinticuatro horas del día.

—Es ahora cuando necesitamos esa escucha —opinó Stan—. Peggy Taylor es la coartada de Sullivan y éste la de ella. En estos momentos deben ya estar quemando los hilos telefónicos a fuerza de hablar.

—Más vale tarde que nunca —opiné.

—En efecto, así lo creo. ¿Piensas en algún procedimiento especial, Pete?

—Sí. Estuve observando con mucho cuidado la instalación mientras permanecí en su casa. Creo que deberás usar una espiral de inducción.

El procedimiento que tenía pensado opera sobre el principio de la inducción por espiral en la radio, sin contacto físico con la línea telefónica, y puede ser utilizado conectándolo a un magnetófono. Las grabaciones que se obtienen de este modo no son admitidas como prueba en los tribunales de Nueva York, pero en muchas ocasiones constituyen una ayuda inmensa para los detectives. La espiral de inducción podía ser colocada cerca de la línea telefónica de Sullivan en cualquier punto entre el aparato y la caja de relé, con lo que, hasta los más leves murmullos, serían percibidos.

—Bien —aprobó Stan—. Puedes dar por intervenido el teléfono de Sullivan.

Dediqué un breve espacio de tiempo a comerme un bocadillo y a tomarme un vaso de leche en el bar de al lado. Luego me fui en el coche a ver a Peggy Taylor. Mi charla con Peggy fue muy breve. Ella no tenía nada que añadir a lo que George Sullivan ya me había dicho, excepto hacer constar sus propias excusas por haberme mentido en el «Taboo». Su versión del altercado en el aparcamiento era exactamente la misma que la de Sullivan y también corroboró el relato de éste acerca de haber pasado la tarde anterior en su apartamento.

Me marché con la impresión de que Peggy me estaba diciendo la verdad. Una impresión es sólo eso y si la escucha del teléfono de Sullivan me daba el más ligero motivo para cambiar de opinión, siempre podía hacer que vigilaran a Sullivan, a Peggy o a los dos a

la vez sin pérdida de tiempo.

Entre tanto, quise probar mi suerte en localizar a Dave Greer, el ladrón de coches, de quien estaba seguro que se encontraba detrás del volante del Chevrolet usado en la segunda tentativa, para quitar la vida a Edward Macklin.

A fin de localizar a Greer, tenía que dar primero con su amigo Dukey Nardo, el ratero especializado en robar los bolsos a las mujeres que acudían a los cines.

13

Pensé que no iba a ser difícil localizar a Dukey. Mas estaba equivocado. Porque tardé tres horas en dar con él, a pesar de que la Sección de Archivos me había proporcionado las señas de su casa, las de su actual patrono y una lista de los lugares que frecuentaba asiduamente. Aun así, le encontré casi por casualidad, como resultado de su afición favorita. Según la información de la Sección de Archivos, Dukey era lo que en algunos ambientes se conoce con el nombre de «colillero». Me contaron también que había sido retenido, en cierta ocasión, para someterle a reconocimiento en Bellevue, resultando que obtenía una gran satisfacción sexual al recoger la parte sin fumar de un cigarrillo, siempre y cuando el mismo hubiera sido utilizado por una joven de tipo atractivo y acabara él de consumirlo. Dukey había contado al psiquiatra, que lo examinó, que había desarrollado este fetichismo poco después de llegar a la pubertad, sin que, a partir de entonces, hubiera conseguido librarse de él.

No era su fetichismo lo que preocupaba a Dukey, sino el peligro que representaba procurarse las colillas. Había empezado por haraganear alrededor de las paradas de autobús, esperando que una joven arrojara su cigarrillo al suelo antes de subir al vehículo. Con el paso del tiempo, se fue haciendo más atrevido y empezó a arrebatar los cigarrillos de la mano de las chicas antes de que el autobús parase. En el momento de hacerle el examen en Bellevue, había llegado a un punto en el que no lograba obtener satisfacción sexual recogiendo la colilla del suelo, sino robándola de las manos.

Dukey había descrito al psiquiatra su manera de actuar. Entraba en un bar o restaurante barato, se sentaba junto a una chica guapa y

encendía un cigarrillo que colocaba en el cenicero junto a ella. Cuando la chica ponía su propia cigarrillo allí, Dukey esperaba el momento oportuno para tomarlo y dejar el suyo en su lugar. Si la chica se daba cuenta antes de que Dukey hubiera salido del local, hacía como que se trataba de un error y pedía perdón.

Cuando supe que Dukey no estaba en su casa y que aquel no era su día libre, hice un recorrido por los lugares que, según los del Archivo, frecuentaba normalmente. No le encontré en ninguno de ellos, pero sí en una tienda a la que yo había entrado para llamar a la Comisaría.

Cuando me acercaba a la cabina telefónica situada en la parte del fondo, escuché una breve exclamación femenina y luego unos gritos agudos e insultos. Al mirar hacia el lugar en que se servían los refrescos, pude ver a una rubia exuberante mirando furiosa a un hombre pequeño y cargado de hombros que intentaba alejarse del mostrador, al tiempo que hacía una reverencia a la muchacha. Sonreía de manera dulzona, mientras murmuraba lo que parecían palabras de justificación.

—¡Cómprese usted sus malditos cigarrillos! —gritaba la chica—. Y si quiere fumar colillas salga a buscarlas a la calle.

Me volví y seguí a Dukey fuera del local. Se percató, en seguida, de mi presencia y se puso pálido.

No había detenido nunca a Dukey; en cambio, sí lo había visto varias veces en las ruedas de detenidos de los jueves por la mañana. Tendría unos cuarenta años, iba pulcramente vestido y su cara era sonrosada, de facciones planas, y ojos grises hundidos. Lucía un tupé que no combinaba demasiado bien con su pelo, ya algo gris en la nuca y por encima de las orejas.

—Hola, Dukey —le saludé.

Se humedeció los labios y repuso:

—Oiga, oficial, escúcheme antes de formarse una idea falsa de lo ocurrido. He cometido un pequeño error, eso es todo; la chica pensó que…

—No estoy interesado en tus errores —le respondí—. Entra ahí, Dukey —añadí señalando una puerta que daba a un tramo de escaleras.

—¿Por qué? ¿Tiene algo contra mí?

—No, pero puedo tenerlo en cuanto quiera. Hace mucho calor

en la calle. Dukey. Haz el favor de entrar.

Se encogió de hombros, abrió la puerta y entró en el pequeño vestíbulo. Lo seguí, lo hice poner de cara a la pared y lo cacheé rápidamente, esperando encontrar una pistola, algún objeto robado o narcóticos, es decir, algo que le obligara a mostrarse cooperativo. Di en seguida con algo adecuado: una navaja con una hoja retráctil de cinco pulgadas.

—Ya conoces la ley de Nueva York sobre este tipo de navajas —le advertí—. Es lo mismo que si hubieras llevado una pistola.

—Me la he encontrado —protestó Dukey—. Se lo juro por lo que más quiera, oficial. Hace un par de minutos que la encontré. Estaba encima del depósito del lavabo para hombres.

—¿Y desde cuándo tienen lavabo para hombres estas tiendas, Dukey?

—No ha sido en la tienda, sino en el restaurante al que entré antes. Estaba allí puesta y la tomé distraídamente sin pensar lo que hacía. Simple curiosidad, ¿comprende?

—Y luego te la metiste en el bolsillo también por curiosidad, ¿no es cierto? —le pregunté—. Es lo que haría cualquiera en este caso, ¿verdad?

—En efecto. Eso es lo que pasó. Me la metí en el bolsillo de un modo natural. Y no había vuelto a acordarme de ella.

—Pues tendrás que empezar a hacerlo a partir de ahora. Recuerda que estás en libertad bajo fianza, Dukey.

—Ya lo sé. ¿Cree usted que llevaría una de estas navajas a propósito? No me he vuelto loco. Me la metí en el bolsillo sin saber, exactamente, lo que estaba haciendo.

—¿Cuánto tiempo de condena le debes al Estado?

—Un poco más de dos años.

—Pues esta navaja te volverá a tu encierro por todo ese tiempo e incluso más.

—¡No, no, por Dios, oficial! —exclamó con el rostro repentinamente cubierto de sudor—. Deme una oportunidad. ¿Por qué quiere portarse tan mal con un pobre diablo como yo? ¿Le he hecho algo?

Me apoyé con un hombro contra la pared y le miré fijamente.

—Lo malo es que seas tan buen amigo de Dave Greer —le indiqué—. De no ser así, quizá pudiéramos encontrar alguna salida.

Dukey asintió lentamente y sus ojos grises y hundidos parecieron animarse.

—¡Ah! Se trata de eso, ¿eh?

—Sí, se trata de eso, Dukey. Piénsalo bien.

—¿Quiere saber dónde se encuentra ahora?

—Sí, y deprisa.

—Dave Greer es amigo mío.

—También tienes amigos en la prisión de Dannemora —le recordé—. Tendrás que escoger entre unos u otros.

Aspiró el aire profundamente y lo volvió a exhalar deprisa.

—Sí, sí, lo comprendo. Veo que no tengo opción… No sé dónde vivirá en este preciso momento, pero sí le puedo decir dónde le va a encontrar. ¿Conoce a Alice, la del cine?

—La conozco cuando la veo —le contesté.

Alice la del cine era una prostituta de Greenwich Village donde Stan y yo habíamos trabajado antes de nuestro destino temporal en la Comisaría número 20. Ahora debería tener cuarenta años y se trataba de una antigua artista de teatro a quien se aplicó aquel extraño apodo, años atrás, cuando un cameraman la enfocó al rodar unas escenas en Times Square. Había aparecido en la pantalla únicamente un par de segundo, pero tenía más de un metro ochenta de estatura y, además, llevaba tacones altos, por lo que su cabeza sobresalía por encima del resto de la gente.

—Pues no tiene más que encontrarla —dijo Dukey—. Ella y Dave están casi siempre juntos.

—¿Quieres decir que él la chulea?

—Si no lo hace es porque es tonto, puesto que la chica gana buen dinero. Lo cierto es que están siempre juntos. Si la encuentra a ella lo encontrará también a él. Está loca por sus huesos. Ya sabe lo que pasa con esas mujeres tan altas cuando conocen a un pequeñajo como Dave. Si quiere reírse alguna vez, véalos cuando van juntos por la calle. Pero no se ría demasiado fuerte. Esa mujer es capaz de romperle la cara.

—¿Es todo cuanto puedes hacer por mí, Dukey?

—¡Cielos! ¿Qué más quiere? Llevo semanas sin ver a Dave. Si supiera exactamente dónde viven él y esa mujer, se lo diría tan rápido que no tendría tiempo para escucharme. ¿Cree que me corre prisa terminar mi tiempo de condena en Dannemora?

Hice rodar la navaja en la palma de mi mano y toqué el botoncito que ponía en acción la hoja. Esta salió como una exhalación de la empuñadura, y brilló suavemente bajo la turbia luz del vestíbulo. Dukey la miró apartando en seguida la vista y se volvió a humedecer los labios.

—Un hombre como tú debería procurar mantenerse a mucha distancia de estas cosas —le aconsejé—. Crees que la llevas para protegerte, pero te equivocas. No tendrías valor suficiente para usarla. Lo que hará esta navaja es ponerte en situación de pasar unos cuantos años más 346 en chirona.

—Me la he encontrado —repitió Dukey—. Se lo juro.

Puse la navaja contra el suelo de cemento, apoyé el talón en la hoja y la partí, tras de lo cual le dije a Dukey:

—Andando. Ya te puedes ir.

Cuando regresaba de Plymouth tiré la navaja a un cubo de basura. Me dirigí a Greenwich Village para buscar a Alice la del cine.

Mi primera parada fue en un bar de Christopher Street, muy conocido por su clientela de chulos y de «ganchos» para toda clase de negocios sucios. Era, también, el lugar habitual de un viejo tipo del Village conocido como *Mercator* porque se ganaba el dinero para comprar vino, vendiendo mapas a los turistas.

Los mapas del Village que vendía *Mercator* no tenían mucho valor como tales, pero, en cambio, como curiosidades valían mucho más del cuarto de dólar que cobraba por ellos. Estaban dibujados por él mismo e iban profundamente ilustrados y detallados, intentando enseñar al forastero dónde podía conseguir todo cuanto le pasara por la imaginación. Muchas de las ilustraciones eran casi pornográficas y los consejos que *Mercator* garrapateaba en los márgenes, resultaban con frecuencia más intencionados de lo que imaginaban los compradores. Sin embargo, pocos turistas se resistían a adquirir tales mapas, y aun quienes no los compraban, invitaban a *Mercator* a un trago…, lo que, en realidad, era el principal objetivo del personaje.

Mercator me contó que llevaba varios días sin ver a Alice la del cine. No obstante, había oído decir que un hombre llamado Teddy

Sheaffer le había sacado recientemente algún dinero.

La base de operaciones de Sheaffer era otra trampa para turistas, en West Eight Street. Se trataba de uno de los tipos más conocidos del Village, y yo había hablado con él en varias ocasiones. Era un alcohólico, pero no un vagabundo, distinción de la que se sentía muy orgulloso. Unas décadas antes, fue artista de relieve en las variedades, actuando como ventrílocuo en el Palace con la misma frecuencia que sus mejores colegas. Ahora, estaba convertido en uno de los personajes típicos del Village, y operaba en los bares para sacar bebidas gratis a los turistas.

Al parecer, Sheaffer había tenido un día muy bueno. Estaba sentado en una mesa al fondo, con el muñeco en el suelo, a sus pies, leyendo un ejemplar de Variety.

Me dijo dónde podía encontrar a Alice la del cine. Da manera curiosa, el lugar se encontraba sólo a unas cuantas puertas del sitio en el que yo había quitado la navaja a Dukey Nardo.

De todas maneras, antes de ir a ver a Alice, llamé a la Comisaría y Barney Fells se puso al teléfono. Le dije que creía tener localizado a Dave Greer y que pensaba llevárselo.

—Es mejor que antes se procure alguna ayuda —me aconsejó—. Puede que se trate de un hombrecillo, pero también las pistolas tienen escaso tamaño. No corra riesgo alguno.

—Así lo haré.

—Una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace. Lo malo de los héroes muertos es que están muertos para siempre.

Colgué y me dirigí a las señas donde vivía Greer con Alice la del cine, sin seguir el consejo de Barney acerca de procurarme ayuda.

Y no había de pasar mucho tiempo sin que me arrepintiera.

14

Cuando Alice abrió la puerta, luego de responder a mi llamada, tuve la vaga y desconcertante sensación que siempre percibo cuando tengo que levantar la cabeza para mirar a una mujer a los ojos. Alice estaba frente a mí en sujetador y combinación, calzando zapatos de tacón alto. Era por lo menos cinco centímetros más alta que yo. Desprovista de todo maquillaje y con el pelo suelto sobre los hombros, aparentaba por lo menos ocho o diez años menos de los cuarenta que, según me habían dicho, había cumplido. Su pelo era rubio oscuro y tenía unos ojos grandes de pupilas verdes, y la nariz pequeña. Su cuerpo empezaba a estar un poco rechoncho, mas su piel era fresca y poseía el cálido resplandor de una jovenzuela.

—Lo siento, caballero —me dijo alargando una mano para darme unos golpecitos en la mejilla con la punta de los dedos. Hoy no tenemos fiesta. Mamá está cansada. Vuelva sobre las ocho —de pronto sus ojos brillaron a la vez que daba un paso atrás—. ¡Lo que faltaba! ¡Un maldito poli!

—Te estás pasando, Alice —le respondí—. Quizá sea por culpa del calor.

Y empujando la puerta entré.

Sentado en un sofá del estudio había un hombre con el rostro y la apariencia que ya conocía cuando miré las fotos de Dave Greer. Tenía mucho mejor aspecto que en sus retratos y, de no ser por sus ojos demasiado pálidos y algo saltones, hubiera podido parecer incluso guapo. Tenía un plato de sopa en una mano y una cuchara en la otra. Sobre una mesita para juego, situada ante él, se veía un vaso de leche y un paquete abierto de galletas «Craokers».

—Tenemos que darnos un paseo, Greer —le advertí.

—¿Por qué? —preguntó Alice—. ¡Quítele de encima sus sucias manos de poli!

Greer permaneció sentado, perfectamente inmóvil, durante unos minutos, mirándome sin pestañear. Después, dejó el plato y la cuchara sobre la mesita y depositó ambas manos sobre los almohadones que tenía a ambos lados. Lo hizo de manera casual, pero yo vi que la derecha apuntaba hacia el espacio entre el almohadón en el que estaba sentado y el que se encontraba inmediato.

Mi mano llegó antes que la suya por una décima de segundo al punzón para cortar hielo que tenía allí oculto entre los dos cojines, y si sus dedos lo hubieran tocado cuando lo pretendía, yo no hubiera podido anticipármele.

El punzón tenía un mango corto amarillo y una larga y brillante hoja puntiaguda. Me lo metí en el bolsillo y le dije a Greer que se pusiera de pie.

—Cuando se trata de robar coches es usted más rápido —comenté.

—¿Cómo?

—Póngase en pie, Greer.

Así lo hizo al tiempo que levantaba las manos sobre la cabeza.

—¿Es todo cuanto desea? —preguntó.

—Sabe muy bien que no —le respondí—. Póngase de cara a la pared y apoye las manos en ella, separe los pies y descargue su peso sobre las manos.

—Me parece muy complicado —comentó, pero hizo lo que le pedía y le cacheé rápidamente. Al parecer, el cortahielos era VIII su única arma. Saqué las esposas.

—Bien —le dije—. Dese la vuelta y deme las muñecas.

Fue entonces cuando Alice me atacó. Lo hizo a la manera de un hombre, con los puños. Yo la había estado mirando por el rabillo del ojo, pero mi atención se distrajo unos instantes…, precisamente los que ella había estado esperando. El golpe fue maestro. De haber dado su puñetazo de lleno sobre mi mandíbula, en vez de simplemente rozarla, me hubiera hecho bastante daño. Tal como fue, me lanzó contra Dave Greer y los dos caímos al suelo. En seguida, Alice se abalanzó sobre mí descargando golpes con sus puños y rodillas con una velocidad endemoniada.

Para un policía bien adiestrado, el contender contra un hombre de su propio tamaño y peso es, por regla general, cuestión de poca monta. En cambio, entendérselas con una mujer de la estatura de Alice resulta muy distinto. No puede uno liarse a puñetazos con una mujer ni golpearla con una porra. Todo cuanto puede hacerse es tratar de contenerla hasta que se canse.

Pero Alice no era de las que se cansan fácilmente, y por unos momentos incluso pensé que jamás se cansaría. Tenía una izquierda muy buena y una derecha todavía mejor, así como un par de rodillas redondas y duras, más peligrosas aún que sus puños. Antes de habérmelas con ella en toda regla, tenía que inmovilizar a Dave Greer. Este se dejó caer al suelo y quedó tendido de costado.

El dejar fuera de combate a Greer solucionó mi problema con Alice. Inmediatamente ésta dejó de forcejear y, de rodillas junto a él, le puso la cabeza en su regazo y empezó a mecerlo murmurando, como se haría con un niño, a la vez que me lanzaba imprecaciones con una perfección de las que se tarda toda una vida en adquirir.

Yo estaba de pie, restregándome la mandíbula maltratada y preguntándome cómo iba a sacar a Greer del piso sin olvidarme de que Alice era una mujer.

—¿Qué clase de bastardo es usted? —decía Alice—. ¿Por qué ha tenido que pegarle? ¡Maldito, por poco lo mata!

Desde luego, Greer no sufría daño alguno. Apenas si le había rozado. Al verle inconsciente, me dio la idea de cómo podría sacarlo de allí sin volver a tener que pelearme con Alice.

—Tengo un coche abajo —dije—. Le llevaré a un médico.

Ella dejó la cabeza de Greer sobre el suelo y se puso en pie de un salto.

—¡Y tanto que lo hará! Y yo iré con usted.

Asentí con la cabeza y me agaché para levantar a Greer.

—Antes tendrá que vestirse un poco —insinué.

Ella vaciló un momento, y luego, dando media vuelta, echó a correr por el vestíbulo del rectilíneo piso hacia lo que me pareció debía ser el dormitorio. Cuando oí su taconeo en el extremo más alejado abrí la puerta tranquilamente y me llevé a Greer escaleras abajo hasta el Plymouth.

Greer volvió en sí justamente cuando acababa de asegurar las esposas a la barra de hierro instalada a tal efecto en el asiento

trasero. No dijo nada ni yo tampoco. Me puse tras el volante y me encaminé hacia la comisaría.

15

Cuando llegué, Stan Rayder estaba solo en la Sección de Patrullas. Le dije que llamara a Comunicaciones y cancelara el aviso de búsqueda para Greer. Debería también llamar a Ralph Johnston, otra vez, con el fin de que le trajeran para una confrontación.

Greer no dijo nada cuando saqué el cortahielos y lo dejé en el cajón superior de mi mesa escritorio. Luego nos fuimos por el pasillo hacia el cuarto de interrogatorios; le hice sentar en una silla junto a la larga mesa de metal, me situé frente a él y abrí mi libreta de notas.

El persuadir a Greer para que hablara me llevó menos tiempo del que hubiera podido imaginar. En realidad, lo conseguí fácilmente al hacerle ver que caso de quedar convicto de un nuevo delito tendría que volver a la cárcel seguramente para el resto de sus días. Tenía ya cuarenta y siete años y la pena por un tercer proceso sería severa. Si bien, muchos criminales endurecidos no hubieran dicho más que sus nombres y direcciones, Greer sabía que su única esperanza se basaba en la cooperación. Negó enérgicamente haber matado a Edward Macklin, pero cuando le pregunté sobre los sucesivos atentados contra la vida de éste, se limitó a encogerse de hombros.

—¡Oiga! —me dijo bruscamente—. Yo no he matado a ese Macklin. Usted lo sabe muy bien. Pero sí robé el coche y esto es una cosa que no voy a negar, y tampoco negaré lo del cortahielos. De acuerdo, cualquiera de estos cargos es suficiente como para meterme entre rejas durante . tanto tiempo que tendrían que sacarme en un cesto.

—Desde luego —asentí.

—Usted no me ha acusado todavía de nada. Y eso significa que puede atenuar sus cargos… lo suficiente como para no ser considerados delitos. Por ejemplo, lo de ese Chevy del que me apropié. No tiene por qué ser un robo grave. Podría quedar en un simple hurto de uso. Y en cuanto a lo del cortahielos…, puede no haber sucedido nunca. De pronto, su memoria ha flaqueado y no se acuerda de nada. Después de todo, yo no le agredí, ¿verdad? ¿De qué le serviría acusarme?

—¿Y qué sacaría con no hacerlo?

—Mucho. Claro que habrá acusación de complicidad, pero eso no me preocupa. En realidad, me preocuparía más si no la hubiera.

—No me tenga a oscuras demasiado tiempo, Greer —le advertí —. Diga lo que sepa.

Las comisuras de sus labios se volvieron hacia arriba, aunque nunca hubiera dicho que aquello fuera una sonrisa.

—No estoy hablando de tratos, porque eso no sería adecuado, ¿no le parece? Los polis nunca hacen tratos o al menos eso es lo que suelen decir.

—Adelante con lo que sepa, Greer.

—Los polis tienen mala memoria —continuó—, igual que los fiscales, especialmente cuando tratar de aclarar un caso de asesinato.

Tenía razón. En el caso de complicidad para cometer un crimen con varios implicados, cualquiera de ellos es testigo competente contra los demás. Y cuando se actúa como testigo para el Estado, es de suponer que normalmente, tanto la Policía, como el fiscal, demostrarán alguna clemencia.

—Le estoy escuchando, Greer.

—Si no fuera por esos otros dos cargos que se me echan en cara, podría hablar de la complicidad largo y tendido. Y sin preocuparme. Yo no maté a Macklin, pero sé quién lo hizo. Y si no cometió el hecho por sí mismo, alquiló a otro para que lo hiciera.

Se produjo un largo silencio. Luego Greer suspiró y extendió las manos con expresión de desamparo.

—Bueno —dijo—. Voy a arriesgarme. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Si el otro lo sabe, puedo darme por muerto… El que me alquiló para matar a Maoklin fue George Sullivan. Un personaje importante en el ramo musical.

Hice una señal de asentimiento intentando no demostrar sorpresa.

—¿Cuál fue el motivo?

—No lo sé. Macklin y Sullivan tenían algunas diferencias, pero no me pregunte sobre ello. Ahora bien, lo que fuera tenía a Sullivan exasperado.

—¿Tiene todo esto algo que ver con el disco que Sullivan grabó para él?

—No. Eso lo sé bien. No era nada relacionado con el disco. Habían tenido problemas por dicha causa, pero no era esto lo que preocupaba a Sullivan hasta tal punto.

—¿Y a qué venía el problema?

—A que Sullivan es un canalla. Le cobró a Macklin un par de los grandes, igual que hacía con tantos otros.

—¿Quiere explicarme eso?

Greer se encogió de hombros.

—Es bastante complicado. Hace mucho tiempo que conozco a Sullivan. Yo había estado al frente de un itinerario para distribuir licores los domingos por la mañana, negocio en el que él participaba. Y a veces nos sentábamos a charlar un rato. Una mañana estaba allí con él, cuando Macklin llegó. Sullivan me hizo entrar en el lavabo mientras hablaban, pero pude oír gran parte de lo que dijeron. Esto fue mucho antes de que empezaran los problemas graves. Macklin estaba amenazando a Sullivan y le exigía a gritos que le devolviese su dinero. Sullivan se reía de él y le dijo que se fuera al infierno. No era preciso ser muy listo para darse cuenta de lo que Sullivan se traía entre manos.

»Más adelante, Sullivan y yo nos hicimos compañeros. Era un gran personaje y había ganado mucho dinero; en cambio, no tenía ni un amigo. Nos emborrachamos juntos un par de veces y yo empecé a visitarle en su piso, de vez en cuando, por las noches. En cierta ocasión se emborrachó de tal modo que empezó a contarme todos sus negocios. Yo ya tenía una buena idea, pero acabó de completarme todos los detalles.

—¿Exigía dinero por dar trabajo?

—Sí. Cuando Macklin quiso que le grabaran el disco, Sullivan le respondió que no lo haría a menos que le diera dos de los grandes. Desde luego, el contrato sería perfectamente legal, pero Sullivan le

contó que los mandamás exigían aquella cantidad para seguir adelante con el proyecto. Según él, se hacía así en todas las firmas discográficas, y Macklin se lo creyó. No es que sea cierto, pero Macklin, no' lo sabía. Estaba tan ansioso por conseguir su disco que siguió adelante sin hacer preguntas. Sullivan le hizo creer que actuaba sólo como intermediario. Era una mentira. Por lo que me dijo, ganaba entre treinta y cuarenta de los grandes cada año sólo con aquellas estafas.

—Es mucho dinero para un negocio como ése —comenté—. ¿Cómo se las componía?

—Obraba con completa impunidad. Los propietarios de la compañía están metidos en negocios de trapos, trajes, vestidos, etcétera. No saben nada de discos. Además, no se preocupan con tal de que Sullivan les consiga beneficios.

—¿Quiere decir que la gente a la que Sullivan extraía ese dinero se lo dejaban sacar tranquilamente?

—¿Y qué otra cosa podían hacer? Estaban tan fuera de la ley como el propio Sullivan. Además, nada figuraba por escrito. ¿Qué hubieran podido demostrar? Sullivan les hacía el disco. Cumplía con todo cuanto se especificaba en el contrato. El disco no costaba en realidad más que unos cientos de pavos y esto era lo que reflejaban los libros de la compañía. Sullivan no gastaba nada excepto los pocos dólares del coste de la grabación en su piso y la parte que daba a sus ayudantes.

—Está usted adelantando los hechos, Greer. ¿A qué ayudantes se refiere?

—Bueno; él tenía un estudio en su piso y algunos ayudantes que le conseguían la clientela. Uno de estos «descubridores» encontraba a alguien que parecía tener una voz agradable. Le llevaba al piso de Sullivan para echar unos tragos, ¿comprende? Una cosa lleva a la otra y Sullivan le ofrecía una grabación sólo para ver qué tal resultaba. Una grabación digamos casera. Sólo por divertirse. Sullivan toca muy bien el piano y sabe cómo conseguir que la voz de alguien suene del mejor modo posible.

Me acordé de la prueba que Sullivan había hecho de la balada de Edward Macklin, que, al menos en su parte mecánica, me había

parecido similar a cualquiera de los discos que yo oía normalmente.

—Lo bueno es que casi siempre daba resultado —continuó Greer—. Una vez hecha la grabación, Sullivan pone el disco, y su intérprete cree volverse loco. Sullivan afirma que el individuo posee talento natural y que es uno de los mayores artistas que se hayan producido en los últimos cincuenta años. En seguida, propone grabar un disco en plan profesional. El aspirante se va a hacer rico y famoso en poco tiempo. La única dificultad está en que los planes de grabación se hallan completos y que se necesitarán por lo menos dos de los grandes para colarlo en el programa. ¿Se va dando cuenta?

—Prosiga.

—Es como quitarle un caramelo a un niño. El aspirante piensa que dos de los grandes no son nada comparado con la fortuna que le espera. Sullivan insiste en conocer la respuesta. El conoce todos los detalles, ¿comprende? Es su trabajo. El aspirante está tan entusiasmado que no logra pensar debidamente. Si no tiene los dos grandes, los saca de donde puede, aun cuando tenga que recurrir a una casa de empeños. Porque, desde luego, tiene que ser en efectivo… Nada de cheques. Que no conste nada por escrito.

—¿Pero usted no cree que este trabajo sucio tuviera algo que ver con la actitud de Sullivan al desear la muerte de Macklin?

—No. Sullivan sabe hablar con suavidad y educación, aunque en el fondo es un tipo muy duro. No tenía miedo de Macklin como tampoco lo tenía de los demás.

Le estudié unos momentos.

—¿Conoce a una mujer llamada Peggy Taylor? —pregunté.

—Desde luego. Es la más importante propiedad de Sullivan.

—¿Se encuentra involucrada en esto?

Vaciló.

—¡Maldita sea si lo sé! Ella y Sullivan no duermen juntos, por lo menos según mis noticias. ¿Es eso lo que quiere saber?

—Sí, algo parecido. ¿No hubo triángulo?

—¡Oh, no! Claro que me hace pensar que, a lo mejor, Peggy sí puede estar en cierto modo involucrada. Se puso muy nerviosa cuando Sullivan empezó a calentarme la cabeza con lo de eliminar a Macklin.

—A pesar de que no formó parte de la confabulación.

—No. Ni sabía nada de ello. Todo lo hicimos entre Sullivan y yo. Una noche iba muy cargado y empezó a hablar de lo bien que viviría si hacíamos desaparecer a Macklin. Le pregunté cuánto estaría dispuesto a pagar y me contestó que cinco de los grandes. Pero que debería efectuarse como si se tratara de un accidente. Le dije que miraría lo que pudiera hacer.

—Y como usted es veterano en estas cosas, naturalmente…

—No me importan las preguntas intencionadas —repuso—. Yo estoy hablando de Sullivan, de Macklin y de mí. De nadie más. Y no hablaría de esto si no fuera porque no tengo otra opción. Por lo que a mí respecta, estoy a salvo por lo que se refiere al asesinato en sí mismo. Tengo una coartada que no se podría demoler ni con una tonelada de dinamita.

—¿Cuál es esa coartada? —quise saber.

—Estuve con Alicia la del cine toda la tarde y toda la noche.

—¿Y llama a eso una coartada?

—Reconozco que no lo es mucho en sí misma, pero hay algo más. Con nosotros se encontraban otros dos chicos, clientes de Alicia, ¿comprende? Hombres de negocios.

—¿Estuvieron allí toda la tarde y la noche?

—Desde luego. Vinieron juntos y se marcharon juntos. Tuvimos una especie de fiesta. Son gente que paga bien y les gusta tomarse todo el tiempo que se necesite. El tener espectadores todavía les excita más.

Me incliné sobre mi libreta de notas.

—Deme los nombres.

Me los dio y me contó que ambos caballeros trabajaban para la misma compañía de seguros.

—Son clientes regulares. Vienen juntos cada semana. Puntuales como un reloj.

—Lo comprobaré. Ahora volvamos a Sullivan. Dice que utilizaba «ganchos» para llevar incautos a su piso. ¿No podía Peggy Taylor haber sido uno de esos «ganchos»?

—Solía serlo. Pero lo dejó desde que empezó a triunfar a lo grande con sus discos.

—De todos modos, fue la que llevó allí a Edward Macklin, ¿verdad?

—Sí; pero de esto hace ya mucho tiempo. Lo hizo porque no

tenía más remedio.

—¿Qué quiere decir con eso de que no tenía más remedio?

—Pues que, como estuvo rodando de un lado para otro durante mucho tiempo antes de triunfar, tenía que hacer algo para ganarse algunos pavos extra y lo de atraer incautos para Sullivan fue la mejor solución. Debió sudar tinta pensando en lo que pasaría cuando todo quedara al descubierto. Porque en cuanto los ingenuos averiguaran que ella también estaba envuelta en el lío, su carrera habría terminado.

A mí me pareció que Dave Greer tenía ya suficientes problemas por sí mismo para que tuviera que ocuparse de los de los demás, mas no le dije nada y continué hablando con él otros diez minutos. No conseguí gran cosa, y al poco rato Stan Rayder llegó con Ralph Johnston.

Johnston miró furibundo a Greer, firmó otra declaración y se marchó. Yo informé a Stan de mi charla con Greer y luego formulé una acusación «abierta» contra éste.

Una vez Greer estuvo a buen recaudo, Stan y yo nos separamos de nuevo. El fue a comprobar la coartada de Greer y yo a visitar a Peggy Taylor y a contactar con George Sullivan.

16

Cuando llegué al apartamento de Peggy Taylor, la encontré al borde de la histeria. Vi bien claro que se había estado torturando a sí misma sin compasión pensando en lo que podía ocurrir a su carrera si sus pasadas actividades eran conocidas por el público. Le señalé que en ningún modo sería detenida por su relación con las actividades ilegales de la casa de discos; esto no contribuyó gran cosa a tranquilizarla. Podía, desde luego, haberla detenido por obstaculizar la investigación sobre un crimen, pero no vi ninguna necesidad, en especial después de que quedé razonablemente convencido de que no sabía nada de la trama para asesinar a Edward Macklin.

Se mostró dispuesta a cooperar, mas su ansiedad era tan grande que, a veces, se expresaba de manera incoherente. Me dijo que no conocía el motivo por el que George Sullivan hubiera decidido de improviso planear la muerte de Macklin, y cuando sugerí que quizá fuera porque Macklin había amenazado con poner al descubierto las actividades proselitistas de Peggy, destruyendo así la más valiosa fuente de ingresos de Sullivan, contestó que estaba segura de que el motivo no era éste. Sullivan no había mostrado estar preocupado en lo más mínimo ante la posibilidad de que la estrella de Peggy pudiera declinar hacia su ocaso con la misma rapidez con que se había elevado. A su modo de ver, lo que Macklin quería era someterles a chantaje. Pero, cuando Peggy ofreció dinero a Macklin a cambio de su silencio, éste se echó a reír, lo que acabó de convencerla de que sólo quedaría satisfecho cuando se hubiera vengado poniéndola en evidencia.

Cuando hube llevado el interrogatorio tan lejos como me fue

posible, sin empujar a Peggy más allá del límite de la histeria total, le dije que se mantuviera a mi disposición para ulteriores investigaciones, tras de lo cual me marché.

El poner a George Sullivan bajo custodia no constituyó ningún problema. Era un tipo concentrado y silencioso que no expresó sorpresa alguna ni ofreció resistencia. Llegamos a la comisaría a las once de la noche y le fichamos bajo la acusación de obstaculizar las investigaciones. Más adelante se añadirían cargos más graves, una vez Stan y yo estuviéramos más seguros del terreno que pisábamos. No hice retirar la intervención de su teléfono, porque si nos veíamos obligados a dejarle en libertad habría tenido que ser instalada de nuevo.

Stan Rayder estaba en la sala de patrullas. Había comprobado la coartada de Dave Greer con Alice y sus dos clientes, y no me sorprendí al saber que era correcta.

Llevamos a Sullivan al mismo cuarto de interrogatorios en el que había hablado con Dave Greer, y le sometimos a nuestras preguntas de manera masiva durante cuatro horas sin conseguir absolutamente nada. En aquel momento, Stan y yo llevábamos ya trabajando en el caso más de cuarenta horas y estábamos realmente agotados.

Encerramos a Sullivan en una celda y volvimos al «gallinero», es decir, a la habitación equipada con algunos camastros plegables y armaritos para uso personal. Puse el despertador a las seis de la mañana y, cuando me disponía a tenderme en el camastro, observé que Stan ya estaba dormido.

Me pareció como si no hubiera hecho más que echarme cuando el despertador sonó repiqueteando estridente en mis oídos. Lo detuve, desperté a Stan y reanudamos la tarea.

Llevamos a George Sullivan al cuarto de interrogatorios y volvimos a someterle a nuestras preguntas, esta vez un poco más de dos horas, aunque sin mejor suerte que en la sesión anterior. Luego encerramos a Sullivan y a Dave Greer en una habitación especial y los dejamos allí juntos media hora. La habitación estaba equipada con una conexión microfónica y un espejo de los que permiten mirar por detrás. Stan y yo podríamos vigilarlos y escuchar lo que

decían, si es que tenían algo que comunicarse. Pero ninguno de los dos pareció darse cuenta de la presencia del otro en la habitación.

Finalmente los llevamos de nuevo a sus celdas, los encerramos y subimos a desayunar.

—Bueno —dijo Stan mientras se ponía azúcar en el café—. ¿Qué opinas de todo esto?

—Ninguno de los dos está soltando prenda acerca de lo que tramaban —opiné—. Greer tiene sus motivos y supongo que Sullivan también tiene los suyos.

—De acuerdo pero, ¿cuáles son?

—Quizás Sullivan se guarde algo en reserva. No está portándose como se portaría un hombre metido en una situación así. Si hubiera atacado directamente a Macklin no se mostraría tan frío. Un ex maleante como Greer sí, pero no Sullivan. Me figuro que, probablemente, alquiló a Greer para hacer el trabajo tal como éste ha contado, aunque luego no ocurrió nada.

—¿Supones, pues, que alguien acabó con Macklin antes de que Greer pudiera intervenir?

—Sí. Es el único modo en que las cosas encajan, Stan. La coartada de Greer es demasiado buena, y Sullivan se está portando demasiado fríamente. Existe la posibilidad de que este último alquilara a alguna otra persona, cuando Greer fracasó tras haberlo intentado dos veces. Pero, ¿por qué? Greer estaba, sin duda, intentando hacerlo bien. Además, no se alquilan asesinos profesionales como se alquila a una mecanógrafa. Son muy difíciles de encontrar. Fue una casualidad lo que hizo que Sullivan y Greer colaboraran. Para un hombre sin conexiones criminales como Sullivan, el encontrar a un sustituto de Greer debió constituir un problema muy serio.

Stan sorbió su café a la vez que asentía con aire abstraído.

—Eso nos deja con Jim Mooney y Buddy Colton, claro que yo no confiaría demasiado en que fueran ninguno de los dos.

—Mooney y Colton y no sé cuántos más. Ha quedado bien claro que Macklin no era ningún excéntrico. Tendría sus buenas razones para vestir como vestía y no habría alquilado aquel cuartucho en la calle Veinticuatro sólo por un capricho. Con todo el dinero que se veía obligado a gastar, seguía trabajando en empleos con los no hubiera podido mantener adecuadamente a una chica como Marcia

Kelbert.

Stan sonrió a desgana.

—Ya volvemos a lo mismo.

—Así es como yo lo veo. Tenemos a algunos en la cárcel y hemos lanzado diversos avisos de búsqueda, pero todo esto empieza a parecer como si nos moviéramos en un círculo. No vamos a ninguna parte, Stan, y así nos quedaremos hasta que logremos averiguar cómo ganaba Macklin su dinero.

Stan apartó su platillo e hizo señas al camarero para que le trajera otro café.

—¿Qué haremos con Greer y Sullivan?

—Greer no es problema. Quiere hacer un trato y quizás el fiscal del distrito acceda a ello. Entretanto, es uno más en el grupo. Es Sullivan el que me trae de cabeza. Creo que sería mejor dejarlo suelto.

—¿Dejarlo suelto? ¿Estás de broma?

—No. Mientras siga en esa celda no nos va a servir de nada, Stan. Ni siquiera para decirnos qué hora es. En cambio, si le soltamos, quizás haga algunas llamadas telefónicas o vaya de aquí para allá y hable con ciertas personas. Todo es cuestión de seguirle adecuadamente, continuar con su teléfono intervenido y ya veremos a dónde nos conduce todo eso.

—Tal vez. De todas maneras, la pregunta es: ¿qué hacemos a partir de ahora?

—Teníamos un par de pistas —le respondí—. Pero hemos seguido la equivocada.

—¿Qué hacemos, pues? ¿Empezar de nuevo?

—Me parece que sí. Podríamos practicar otra búsqueda en la habitación alquilada y en el piso de Macklin. El piso es lo más importante, por lo que necesitaremos ayuda. Puedes pedir a Jefatura un par de hombres y empezar cuanto antes. Yo me ocuparé de la habitación y trataré de ver si llega algún correo para él. No tardaré mucho en terminar. Luego iré también al piso y os echaré una mano.

—¿Y qué me dices de lo de seguir a Sullivan?

—Pide a la Jefatura que establezcan una vigilancia continua día y noche. Que manden a esos hombres aquí en seguida para que les puedas mostrar a Sullivan antes de soltarle. Al mismo tiempo, pide

también ayuda para examinar el piso.

Stan alargó una mano, tomando la cuenta.

—Bueno, esperemos tener mejor suerte la segunda vez.

—Es preciso averiguar de dónde sacaba el dinero —insistí—. Esta es la clave de todo el problema.

Stan sonrió a desgana.

—Desde luego —dijo—. Sí. Eso es lo importante.

Tal como sucedieron las cosas, no tuve que investigar de nuevo en la habitación alquilada por Edward Macklin. En realidad no pasé de la mesa del vestíbulo donde se depositaba la correspondencia. Cuando pregunté a la encargada si había llegado alguna carta para él, me señaló un montoncito de sobres y de postales puestos en un ángulo de la mesa, y me dijo que era la correspondencia de antiguos inquilinos que ella no había devuelto todavía al cartero. Y sin duda debía haber algo para Edward Macklin.

En efecto, había una tarjeta postal. El nombre y las señas de Macklin habían sido escritos a máquina, pero el mensaje estaba impreso. Empezaba por «Estimado socio» y era de una Asociación Nacional de Contables Jurados cuya sede se encontraba en Chicago. Anunciaba la publicación por parte de uno de los miembros de un nuevo libro sobre la preparación de solicitudes de devolución de impuestos.

Aquello era todo, pero el breve mensaje me dejó entrever algo que yo no sabía de Edward Macklin y que me situaba en una línea de partida que hasta entonces no se me había ocurrido. Según la tarjeta, Macklin era contable jurado, no obstante lo cual había estado trabajando en empleos mal pagados cuando podía haber disfrutado de ingresos muy elevados como profesional. Y ello me llevó a pensar en un posible caso de evasión de impuestos.

De repente, la doble vida de Macklin empezaba a tomar cuerpo. Si lo que se me acababa de ocurrir era cierto, resultaba fácil comprender por qué había decidido vestir ropas baratas y tener un cuartucho alquilado. Si todo aquello era como me imaginaba, explicaría la fuente de sus ingresos, el motivo de sus gastos con los tíquets de teatro y de los bar-clubs y lo de tener una compañera tan cara como Marcia Kelbert.

Pero, más importante todavía, aportaba el motivo para la comisión del crimen.

17

Salí de la casa donde había estado alojado Macklin, caminé hasta la pastelería de la esquina y telefoneé a Max Cooper, un amigo mío que había sido investigador durante varios años para la Oficina de Impuestos de Nueva York.

—¿Has oído hablar alguna vez de un tal Edward Macklin? —le pregunté después de haber intercambiado las salutaciones y bromas habituales.

—¡Diantre! —exclamó Max—. ¿No estará ampliando su negocio?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Creí que éramos los únicos en tener derecho a sus servicios. ¿Qué sucede. Pete?

—Que ha muerto —le respondí—. Alguien le empujó cuando pasaba un tren del metro.

—¡Caray! ¿Cuándo ocurrió?

—Hace un par de días.

—Vaya. ¿Y habéis descubierto quién lo hizo?

—Todavía no lo sabemos.

—Así que finalmente, Eddie Macklin acabó sus días, ¿eh? Lamento perderle. Era uno de nuestros preferidos.

—¿Os daba información?

—Sí.

—Ya me lo había parecido —reconocí—. ¿Ganaba mucho dinero?

—Sí, mucho. En los últimos tres años había ganado casi ochenta de los grandes.

—Pero uno se gana también muchos enemigos con esa clase de trabajos.

—Seguro. ¿Sospechas que alguna de las víctimas de Eddie pudo ser el hombre que buscáis?

—Podría ocurrir, Max.

—¿Puedo ayudaros en algo?

—Sí. Quisiera que me explicaras, aunque sea por encima, cómo trabajan los informadores de la Oficina de Impuestos. Tengo una idea general, pero no soy un entendido. ¿Quieres aclararme algunos puntos?

—Sí, claro, Pete. Todo se basa en la, Ley Moiety de 1884. Se trata de una ley federal que prevé la existencia de un fondo para pagar a informadores mediante los cuales se pueda descubrir a quienes defraudan al fisco. Hoy día apenas si se cita esta ley, pero no puedes imaginarte lo efectiva que es. Tenemos además, lo que se llama un «Programa de Reclamación de Recompensas». ¿Has oído alguna vez hablar de eso?

—No.

—Pues no eres el único. Por lo general, recibimos unas doscientas mil informaciones al año. Vienen de todas partes. A veces es un vecino celoso, para quien el que vive en la casa de al lado gasta más de lo que gana. Otras se trata de un empleado rencoroso, de una esposa disgustada con su marido, de una divorciada o de una chica que trata de hacer daño al hombre que la abandonó y cosas así.

»Existen también motivos puramente de lucro, como el de un contable que sabe que su patrón está defraudando al gobierno al no declarar ciertos ingresos, fingiendo que se trata de subsidios extranjeros. El contable trabaja por un sueldo mínimo y se siente amargado, así que nos da el chivatazo y nosotros investigamos. Si ha logrado reunir suficiente documentación, es decir, si tiene notas y fotocopias u otras evidencias demostrativas de lo que nos cuenta, puede cobrar hasta un diez por ciento de lo que consigamos. Ese es el límite: diez por ciento, y no lo pagamos con frecuencia. Únicamente llegamos a él cuando el informante aporta pruebas documentales que aseguren una convicción ante el tribunal federal.

—Lástima que la Policía metropolitana no se lo haya montado del mismo modo —comenté—. Podríamos solucionar el noventa por ciento de los casos sin necesidad de salir de la sala de patrullas.

—No lo dudo. Otros confidentes actúan por puro despecho. Les

importa un comino la recompensa y muchos ni siquiera saben que existe. Apenas si hay profesionales en este ambiente, Pete. La mayoría de los informadores, o bien han visto la posibilidad de ganar un poco de dinero fácilmente o lo hacen por puro espíritu de venganza. De todos modos, es preciso ser un buen sinvergüenza para obrar de ese modo. Aunque el mundo está lleno de ellos.

—Entonces, Eddie Macklin era uno de los mejores. ¿No es así?

—Sí. No conozco más que a otros tres o cuatro que lograran hacerse una carrera como él. Pero ninguno tenía talento, si es que podemos llamarlo así.

—¿Cómo operaba? —pregunté.

Estaba seguro de saberlo. No obstante, deseaba una confirmación por parte de alguien que lo hubiese tratado de manera directa.

—En primer lugar, era un contable extraordinario. En segundo lugar, poseía un sistema muy eficaz. Cierta tarde pasó una hora jactándose de ello en mi presencia. Aceptaba un empleo de contable y trabajaba duramente en él. El salario o las condiciones de trabajo representaban muy poca cosa porque en realidad actuaba para sí mismo más que para el patrón. Si éste obraba limpiamente, Macklin se iba y buscaba otro trabajo. Si había estafa, Macklin empezaba a acumular pruebas documentales para pasarlas luego a nosotros. Hubiera sido un excelente miembro del FBI, pero no habría ganado tanto dinero.

—¿Te habló alguna vez de vestir como un pobre y de tener alquilado un cuartucho en una casa de huéspedes?

—Sí, claro. Se sentía muy orgulloso de estos detalles. Tendrías que haberle oído alabarse. Estas cosas las hacía para no despertar sospechas. No había aspecto de la cuestión que no tratara con el debido cuidado para protegerse al máximo.

—Lo creo. Ochenta de los grandes en tres años me convencen por completo.

—Eso es lo que yo sé, pero debía haber más.

—¿Cómo es posible?

—Te contaré alguna otra cosa que pueda resultarte útil. Yo no sé si Macklin sacó alguna vez dinero por chantaje; creo que valdría la pena averiguarlo. Algunos de esos informadores lo probaron, aunque no sabemos cuántos de ellos lo lograrían. Lo del chantaje no

es asunto nuestro. Tenemos el conocimiento de que algunos lo emplearon. Imaginemos que Macklin, luego de conseguir las pruebas necesarias, en vez de pasárnoslas a nosotros, se dirigía a su patrón y le ponía al corriente de la situación. El patrón podía optar entre despedir a Macklin y exponerse a lo que fuera o aceptar su propuesta. Diciéndonoslo a nosotros, Macklin no cobraba más del diez por ciento de lo que sacáramos al patrón; al chantajearlo podía pedirle hasta el cuarenta o el cincuenta por ciento.

Dejé escapar un tenue silbido y Max se echó a reír.

—En efecto —prosiguió—. La cosa se hacía así, Pete. El patrón escapaba con la mitad de lo que hubiera pagado, pero eso no es todo, ya que un proceso por engañar al tío Sam es muy costoso. En primer lugar, están los gastos del juicio que pueden ser brutales. Luego existe la posibilidad de ir a una cárcel federal y de que el individuo no sólo tenga que pagar los impuestos atrasados, sino también una fuerte multa. Y no nos olvidemos de la ansiedad que todo ello produce, de la notoriedad que origina, de la pérdida de prestigio y confianza, y del tiempo que se tiene el negocio abandonado bajo el constante acoso de los inspectores. En conjunto se trata de una experiencia abrumadora.

—Veo por dónde vas. ¿Sospechas que Macklin extorsionó a alguien de ese modo?

—Ya te dije antes que lo relativo a esas intimidaciones no nos concierne. Lo que realmente nos interesaba eran los datos que nos aportaba Eddie Macklin. Y eran muchos, te lo puedo asegurar. Tratábase de uno de los informadores con mayor sangre fría que haya trabajado jamás con nosotros.

—¿Qué puedes contarme de su modo de vivir, Max?

—Me temo que muy poco. Desde luego, efectuamos una investigación como hacemos por regla general, cuando se trata de un auxiliar de la talla de Eddie. Nos gusta saber algo de su vida y muy especialmente averiguar si por su parte, también paga los impuestos. A veces, un informador se olvida de que también tiene que pagarlos sobre el dinero que obtiene por su recompensa. No lo creerás, pero suele ocurrir.

—¿Y qué averiguasteis de él?

—Pues que estaba solo en el mundo, sin mujer ni familia, ni parientes ni nada. Era huérfano y había ido pasando de un orfanato

a otro y por varios asilos del Sur. Fue arreglándoselas como pudo y asistió a una escuela nocturna hasta que finalmente consiguió su título de contable. Debió pasarlo muy mal, y tal vez esa sea la causa de que pensara detenidamente lo que iba a hacer. Ya conoces a esos tipos. Estaba resentido contra el mundo en general, por haberle tocado la peor parte y no vaciló en tomar su venganza.

—¿Podría conseguir los nombres de las personas a quienes denunció?

—Es muy sencillo. Me lo preguntas y ya está. No cuelgues y te daré la lista.

Encendí un cigarro, abrí mi libreta de notas en el estante que se encontraba bajo el teléfono, y preparé una página en blanco. Dos minutos después, Max estaba de regreso al aparato para leerme los nombres y señas de seis personas. Ninguno de aquellos nombres me resultaba familiar. Cerré mi libreta y me la volví a meter en el bolsillo.

—¿Alguna cosa más que puedas contarme sobre él? —le pregunté.

—Lo siento, Pete. Eso es todo. Ahora ya sabes lo que hay. Cada vez que veas a uno de tus vecinos conduciendo un Lincoln cuando sabes perfectamente que su salario no da más que para un Ford, házmelo saber. A lo mejor cerramos trato.

—Seguiré tu consejo.

Se echó a reír.

—No me tomes en serio. ¿Hay algo más, Pete?

Iba a decirle que no, que no había nada más, cuando de repente me acordé de algo.

—Los cheques con la recompensa para Macklin… ¿dónde los dirigíais?

—Deja que mire en esta carpeta… Sí, aquí está.

Me dio el número de un apartado de correos en la subestación de Ansonia.

Di las gracias a Max por su ayuda, colgué y marqué el número del piso de Macklin en East 47. Al no recibir respuesta recuperé la moneda y llamé a la comisaría. Me contestó Stan Rayder. Le conté lo de mi charla con Max Cooper y lo del apartado de correos.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Stan—. Por lo que veo, por fin hemos llegado a alguna parte.

—Puedes decir a la Jefatura que después de todo no vas a necesitar esos agentes extra —le indiqué—. ¿Cuánto tardarás en reunirte conmigo en la Oficina de Correos?

—Es como si ya estuviera allí esperándote.

—Vale más que me concedas una hora. Tardaré ese tiempo en conseguir una orden para abrir el buzón.

El apartado de Correos de Edward Macklin en la subestación de Ansonia contenía ocho mil dólares en billetes de veinte y de cincuenta, y otros doscientos treinta dólares en billetes de uno y de cinco. Había también una libretita de cuentas en la que constaban entradas por un total de casi setenta mil dólares y que se venía llevando desde cuatro años antes. Por la naturaleza de los apuntes era evidente que la libreta se refería a George Sullivan y, a juzgar por unas notas en lápiz, sobre el encabezamiento de una carta, Stan y yo supimos que tanto la libreta como la abundante información sobre las andanzas de Sullivan habían sido proporcionadas a Macklin por Bill Chumner, el ayudante de aquél. Otra anotación nos informó del nombre del Banco donde Sullivan había alquilado una caja fuerte para guardar su dinero y supimos, también, el nombre que utilizaba allí.

—Ahora sabemos por qué Sullivan se puso tan furioso de repente con Macklin —comentó Stan—. Debió haberle dado un sobresalto terrible averiguar que lo estaba traicionando. No me extraña que alquilase a Greer para que lo quitara de en medio. Estaba a punto de perderlo todo, incluyendo su empleo, y además ir a la cárcel.

—A no ser que Macklin intentara extorsionarle —comenté—. Porque entonces no tenía que preocuparse por esto último.

—Sea como quiera, ahora ya sabemos los motivos. Macklin le hubiera dejado sin un céntimo.

—Probablemente. Creo que en todo este asunto hubo una gran dosis de maldad.

Stan hizo una mueca.

—Tengo la impresión de que después de esto, Sullivan no va a tener un aire tan escéptico, Pete.

—Quizá —aprobé—. Volvamos a la comisaría y lo veremos.

—¿Tú aún no crees que pudo haber matado a Macklin?

—No. Creo que se figura el hombre más afortunado del mundo. Sabe que no deberá cumplir más de dos años por tentativa de asesinato en complicidad con otro. ¿Y qué son dos años cuando a la salida le esperan setenta de los grandes? No sólo va a recoger ese dinero, sino que también sabe que fue otro el que cometió el crimen contra Macklin antes de que éste pudiera poner en práctica su especialidad. Probablemente, piensa que su suerte es fantástica al poder salir del paso con tanta facilidad.

—Sólo que aún no lo ha logrado —objetó Stan—. Únicamente lo piensa. Aunque se va a encontrar con un desengaño, Pete.

Stan tenía razón, George Sullivan se había convertido de pronto en un delincuente en situación difícil. Saber que iba a ir a la cárcel, tanto por planear un crimen como por tentativa de evasión de impuestos por el dinero que había tomado bajo mano, o por ambas cosas a la vez, ya era lo suficientemente grave. Pero lo que realmente le desesperaría era saber que los setenta mil dólares no le estarían esperando cuando saliera.

Sullivan se derrumbó con una facilidad que pocas veces había visto en otro detenido. Antes de que Stan y yo volviéramos, definitivamente, a encerrarle en su celda, obtuvimos el reconocimiento de su parte en el plan para matar a Macklin.

La admisión exoneraba por completo a Peggy Taylor. Esta, al parecer, sólo había tenido un interés profesional en Sullivan hasta que Edward Macklin la había amenazado con exponer sus actividades como colaboradora. Se había dirigido entonces a Sullivan en busca de consejo, pero éste le contestó que lo más prudente sería pagar a Macklin unos cuantos miles de dólares para que se callara. Sin embargo, a Macklin no le interesaban unos cuantos miles de dólares; lo que quería era vengarse. Poco tiempo después, Sullivan supo que Macklin se había hecho con sus libros de cuentas y otras pruebas incriminatorias y que pensaba extorsionarle por todo cuanto poseía.

Por desgracia para Dave Greer, la admisión de culpabilidad de Sullivan hacía que la posibilidad de un trato con el fiscal del distrito resultara mucho menos probable de lo que era antes. Cuando le di

la noticia en su celda, se me quedó mirando unos momentos, y luego dirigióse lentamente hacia el camastro, se tendió y volvió la cara contra la pared.

—Esto es lo que a veces suele pasar —declaró con voz inexpresiva—. Déjeme en paz.

Una vez de nuevo en la comisaría supe que la Oficina de Información había enviado una lista de los antiguos patronos de Edward Macklin. Además de los nombres que me había leído Max Cooper por el teléfono, existían otros tres, incluyendo el de Paul Stoddard, el hombre con quien Stan y yo habíamos hablado al principio de la investigación.

—Tenemos una cosa a nuestro favor, Stan —dije—. Macklin fue empujado en el andén a las cuatro de la tarde y hay muchas posibilidades de que la mayor parte de sus antiguos patronos estuviera en sus despachos en aquel momento. Todos tendrán su coartada.

—Pudieron alquilar a alguien. De igual modo que Sullivan alquiló a Greer.

—Sí, mas no es probable. La mayoría de los hombres de negocios no tienen la menor idea de cómo se alquila a un asesino profesional. Conforme vayamos comprobando que los antiguos patronos de Macklin estaban en sus oficinas en el momento en que fue asesinado, los iremos tachando de la lista de sospechosos… al menos por el momento. Esto la disminuirá considerablemente.

—Supongo que empezaremos por quienes fueron sus víctimas en la cuestión de los impuestos.

—Sí. Ya hemos hablado con Stoddard, de modo que nos quedan sólo ocho. Si conseguimos alguna ayuda, a lo mejor habremos acabado antes de las cinco. Es mejor que hablemos con ellos antes de que salgan de sus despachos, ya que de lo contrario los tendremos que perseguir por toda la ciudad.

Llamé a Jefatura, pedí cuatro hombres, me dieron dos y empezamos nuestras investigaciones.

No fue nada fácil. Interrogamos a cada uno de aquellos hombres esperando que algo en sus modales o algún comentario marginal pudieran descubrirle.

La verdad es que ninguno cometió el menor error. Ninguno dejó de presentar una coartada. Todos ellos fueron quedando eliminados

como sospechosos, al menos por el momento. Si no se producían nuevos acontecimientos relacionados con uno o más de ellos, el volverlos a interrogar resultaría completamente inútil. En cuanto a iniciar una investigación de sus negocios, para determinar cuál de ellos podía haber sido más vulnerable al método particular de Edward Macklin, resultaría muy caro y complicado y no se podría justificar ante los altos jefes.

Prescindimos de los dos detectives que la Jefatura había puesto a nuestra disposición y volvimos a la comisaría.

Allí, Barney Fells dejó pasar el tiempo suficiente hasta agitar una hoja de papel amarillo sacado de un teletipo y dirigirnos la primera auténtica sonrisa que nos había dedicado desde que empezó la investigación.

—¡Prepárense muchachos! —exclamó—. Hay un par de cosas que les quiero decir.

18

Stan y yo nos detuvimos después de haber traspuesto la barrera y esperamos.

—Olvídense del payaso de *saloon* —empezó Barney—. Me refiero a ese Buddy Colton. Hace media hora entró en el despacho del fiscal del distrito. Había participado en una fiesta en Long Island que duró cuatro días y estaba hasta las orejas de alcohol. Acababa de regresar y llevaba consigo a cuatro amigos para que le corroboraran su coartada —Barney se echó a reír—. Ahora amenaza con poner un pleito contra todo el mundo en el Departamento. Ya sabéis cómo se comporta en tales casos.

—¿Pudo comprobar algo el fiscal del distrito? —preguntó Stan.

—Desde luego —repuso Barney—. Pero en seguida le echó con cajas destempladas de su despacho. Si hay algo que no puede soportar son esos tipos ricos tirando el dinero a su alrededor.

Stan me miró moviendo la cabeza.

—¡Caray! —exclamó—. Buddy Colton debe estar enfadado con nosotros.

—Las buenas noticias no son esas —continuó Barney sonriendo ampliamente—. Pueden también olvidarse de Jim Mooney. Le hemos cazado.

—¿Dónde? —pregunté.

—En el hospital.

—¿Ha hablado con él?

—No ha habido necesidad —respondió Barney—. Mooney no empujó a Macklin en el andén de la estación. El muy bastardo se había roto una pierna tres semanas antes. Ocurrió en la parte baja del East Side. Mooney encontró a un desconocido que iba

acompañado de un amigo de ambos y éste permitió a Mooney dormir en su cuarto. Después de esto fue cuando se rompió la pierna.

—¿Cómo contactó con él? —quiso saber Stan.

—No fui yo —repuso Barney—, sino el agente de servicio en aquel sector, que ayudó al viejo amigo a llevar a Mooney a su casa. Mooney tropezó en la acera y, al principio, nadie pensó que se había roto la pierna. Por eso el agente no llamó a una ambulancia. Más tarde, el viejo amigo hizo venir a un médico y se dieron cuenta de la fractura. El policía estuvo de permiso un par de semanas y por eso no dio la alarma con respecto a Mooney. Esta tarde volvió al servicio y la primera cosa que hizo fue comunicarnos lo ocurrido. Si pudiera obrar a mi modo, lo promocionaría ahora mismo a detective de tercera —dejó de sonreír súbitamente y se volvió en dirección a su despacho—.Tengo que llamar a su capitán y hablar de todo esto.

Stan le vio partir y luego suspiró profundamente.

—Si ese agente es listo, preferirá seguir de uniforme —manifestó —. Me gustaría que alguien me hubiera dado ese consejo a mí en el momento oportuno —tenía la cara demacrada y los hombros caídos por el cansancio—. De modo que estamos de nuevo en el principio. Este es el punto de partida número tres. Pete, ¿qué pista seguiremos ahora?

—La que lleva a un restaurante aquí cerca, en la Tercera Avenida —le respondí—. No es el «Chambord», pero te dan un buen pedazo de carne por un dólar ochenta y cinco.

—No tengo apetito. Debería tenerlo, y no es así.

—Hay que comer algo. Un bistec de un par de libras y dos horas de sueño nos pondrán de nuevo en forma.

—¡Has dicho dos horas! Pero si podría estar durmiendo una semana —exhaló un suspiro y dirigióse a la puerta—. De acuerdo, vamos a la calle y tomemos ese bistec. Si cuando lleguemos allí uno de los dos aún sigue con vida, ya decidiremos lo que vamos a hacer.

Conduje yo y Stan se derrumbó en el asiento a mi lado, cerró los ojos y se bajó el ala del sombrero, para que no le molestara el reflejo del sol en el parabrisas. Mas, al torcer hacia Lexington Avenue, estaba dormido.

Minutos después, pasé ante el «Taboo» donde había hablado por

vez primera con George Sullivan y Peggy Taylor. Ace Wimmer estaba en su quiosco de periódicos frente a la entrada y le saludé con la mano. Como siempre, Wimmer llevaba sus gruesos guantes de lana y sus botas negras. Miró furtivamente en ambas direcciones, levantó una mano enguantada y volvió a mirar rápidamente hacia otro lado.

Dejé la Lexington Avenue a la altura de la calle Cincuenta y Dos esperando encontrar un lugar donde aparcar el coche antes de haber llegado a la Tercera Avenida. De pronto creí ver claramente de nuevo ante mí la mano enguantada de Ace Wimmer.

«¿Por qué —me pregunté— lleva Wimmer siempre esos gruesos guantes y esas botas altas, tanto bajo el calor agobiante del verano como en la nevisca y el frío del invierno?»

La pregunta se me había ocurrido ya anteriormente, desde luego. Siempre la rechacé pensando que se trataba simplemente de una de sus peculiaridades, similar a la de su manía de aparentar ser reportero.

Pero, ¿y si estaba equivocado? ¿Y si no era simplemente una rareza de un hombre con la cabeza un poco trastornada? ¿Y si tenía que llevarlos por algún motivo? Después de todo, se estaba acercando a los sesenta años, una edad en que muchos hombres empiezan a padecer dolencias físicas y fallos en los que los jóvenes nunca piensan.

Encontré un lugar libre y metí el Plymouth en él, tan bruscamente, que Stan se despertó sobresaltado.

—¿Qué pasa? —gruñó—. ¿Te vas a pelear con alguien?

—Monta la guardia un ratito —le dije saliendo del coche—. Vuelvo en un par de minutos.

Regresé a pie hasta la Cincuenta y Dos y torcí por la Lexington hasta el quiosco de Wimmer. Conforme me acercaba empezó a hacerme señales indicándome que me apresurara.

—Tengo una noticia para usted, detective Selby —me informó.

En su rostro de facciones largas y acusadas se pintaba una expresión de gravedad, mientras su mirada precavida iba de mí hacia otros transeúntes y volvía de nuevo hacia mí.

Me pregunté si sería cierta la historia de que Wimmer había sido

profesor de instituto en la Costa Occidental, y pensé en cómo' reaccionaría ante mis preguntas sobre el tema, pero lo que más me preocupaba era saber por qué había tardado tanto tiempo en establecer la conexión que acababa de hacer unos momentos antes.

Wimmer me miraba un poco extrañado.

—Tal vez no me ha oído bien, detective Selby —dijo con aire de reproche—. Le dije que tenía una buena noticia para usted.

No quise arriesgarme a ofenderle.

—¿De veras, Wimmer? —pregunté—. ¿Y de qué se trata?

Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo.

—El mes que viene Jackie Robinson defenderá su título de campeón de los pesos pesados en el Madison Square Garden.

—¡Caray! Ese Robinson es un valiente.

—Sí —asintió—. Un hombre muy difícil de derribar. No puedo divulgar naturalmente la fuente de mi información, pero sé por personas bien enteradas que Robinson es uno de los mayores tramposos en la historia del deporte.

Bueno, habíamos llegado al momento crucial. Esperé unos segundos y luego le dije:

—Hay algo más que usted puede contarme, Wimmer.

Frunció el ceño mirando alternativamente a mí y al tráfico de Lexington Avenue.

—¿Ah, sí? ¿Y qué cree usted que puedo contarle, detective Selby?

—Me pregunto por qué lleva siempre guantes y botas de agua —repuse.

Examinó mi cara cuidadosamente, y luego por vez primera, por lo que podía recordar, en mi trato con él, sonrió.

—¿Se ha creído que es una afectación? Porque muchos de mis colegas en el periodismo se individualizan de un modo u otro. Lacitos, chalecos floreados, etc. ¿Cree que yo hago lo mismo?

—Desde luego que no —contesté.

—Entonces su interés es auténtico; no simple curiosidad.

—Sí. Es auténtico, Wimmer.

Hizo una señal de asentimiento sin dejar de sonreír.

—Le creo. Estoy seguro de que es sincero. Pues bien: llevo guantes y botas porque sufro la enfermedad de Raynaud. Soy un poco joven para ello, pero la tengo de todos modos —hizo una

pausa—. ¿Sabe usted lo que es la enfermedad de Raynaud?

Moví la cabeza negativamente.

—¿No? Pues es una enfermedad de los vasos sanguíneos que dificulta la circulación. Mis manos y mis pies están siempre fríos —golpeó los pies vigorosamente contra el suelo y palmeó con fuerza sus manos enguantadas—. Siempre fríos, detective Selby, tanto en invierno como en verano.

—Lo siento de veras. Y ¿qué pasa con el resto de su cuerpo?

—Es sólo en las extremidades.

—¿No puede aliviarlo de algún modo?

—Muy poco, detective Selby, muy poco. Lo máximo que puedo conseguir es mantener mis extremidades calientes y confiar en que los vasos sanguíneos no se atasquen hasta el punto de producirme gangrena. Ello significaría la amputación, ¿comprende?

—Sí, lo comprendo —repuse—. Gracias por su sinceridad, Wimmer.

—De nada, detective Selby. Me alegra poderle dar una noticia interesante de vez en cuando.

Se volvió, regresó a su quiosco y empezó a recoger las monedas que los parroquianos habían ido dejando sobre sus montones de revistuchas.

Regresé al Plymouth y volviendo por el mismo camino me metí en el «Taboo». En la cabina telefónica marqué el número de Bellevue y pedí hablar con Jerry Milner, el ayudante del médico que había hecho la autopsia a Edward Macklin. Jerry no estaba de servicio, pero el médico que tomó la llamada me dio su número de teléfono particular y llamé allí.

—Al habla el doctor Milner —dijo Jerry.

—Soy Pete, Jerry.

—Ah, hola, Pete. ¿Qué le sucede?

—Quiero que me dé un poco de información médica en plan particular.

—Creo que es la única clase de información que puedo realmente dar. ¿De qué se trata?

—¿Sabe algo de la enfermedad de Raynaud?

—Sí, un poco. ¿Por qué?

—Uno de los síntomas es tener siempre los pies y las manos frías, ¿verdad?

—Sí, pero eso también sucede en otras enfermedades, como por ejemplo, en la de Buerger.

—Bien. ¿Puede la enfermedad de Raynaud afectar al resto del cuerpo? Quiero decir, suponiendo que se encuentre en un estado avanzado, ¿el que la padece tendría frío en todo el cuerpo?

—No en la enfermedad de Raynaud. Si un hombre afectado por ella sintiera frío en todo el cuerpo sólo podría ocurrir una cosa: que estuviera muerto. Dígame, ¿a qué viene ese repentino interés, Pete? ¿Es que tiene los pies fríos o algo así?

—No que yo sepa. Lo que realmente intento saber es si existe alguna enfermedad que ponga frío todo el cuerpo. Es decir, que quien la sufre tenga que llevar siempre ropa de abrigo, incluso en días tan calurosos como los que padecemos ahora.

—Es que hay diferentes clases de frío, ¿comprende?

—Yo no sé nada de eso. Me estoy refiriendo a un frío que se sufra de manera permanente. El enfermo podría ir de acá para allá e incluso actuar en algún trabajo, pero tendría siempre tanto frío que debería vestirse como si…

—¡Espere un momento, Pete! ¿Es que conoce a alguien que vista siempre de invierno?

—Sí.

—Bien. Le diré lo que pienso. En casos así, a mi modo de ver, lo que pasa es que la temperatura del cuerpo se concentra en la cabeza. A veces sucede que un hombre perfectamente sano puede sugestionarse hasta el punto de ir a la tumba. Y por lo mismo, un hombre muy enfermo a veces puede asimismo sugestionarse hasta el punto de recobrar la salud. ¿Sabe lo que son los desórdenes psicosomáticos, Pete?

—No. Solamente algo de teoría; eso es todo.

—Pues entonces le diré que la ansiedad crónica puede provocar úlceras de estómago. ¿Lo sabía?

—Sí, claro, pero…

—¿Y sabe también que si una madre lactante se asusta en extremo, su leche puede envenenarse y matar al niño?

—Lo he oído decir.

—Pues bien. La mente es capaz de ocasionar toda clase de

desajustes físicos, Pete. Y también reacciones beneficiosas. Una vez se llega a un estado de ánimo determinado hay quien es capaz de no sentir los efectos del fuego en la piel. Ni usted ni yo podríamos hacerlo, pero eso no significa que no haya quien lo consiga. Algunas personas son capaces de convencerse de que no sentirán dolor ni frío o calor extremados y no los sienten. Por otra parte, algunos piensan que sienten dolor, o calor, o frío y en efecto experimentan esas sensaciones de un modo tan intenso como si fueran auténticas.

—Esa sensación de sentir frío por todo el cuerpo, ¿podría durar un año o más?

—Desde luego. El temor o la cólera, que vienen a ser muy parecidos, provocan en el cuerpo un descenso de temperatura porque la naturaleza encoge los vasos sanguíneos de tal modo que caso de producirse una herida, apenas si se perdería sangre. Sin embargo, nadie puede acumular tanto temor o tanto miedo como para que su cuerpo permanezca frío por tiempo indefinido. Si lo hace, será sólo por causa de su imaginación. Si se tiene algún motivo importante para estar temeroso o irritado, y si además se padece algún desorden orgánico, como por ejemplo la enfermedad de Raynaud, y además la imaginación actúa dentro de una determinada norma, puede llegarse a pensar que el frío de las manos y los pies se ha extendido a los brazos, a las piernas y a todo el cuerpo. No existe base física para esta sensación, exceptuando las manos y los pies, pero el resto del cuerpo se sentirá frío y dicha sensación llegará a ser tan real como si el individuo se hubiera duchado con agua helada.

—Lo que me dice es una gran ayuda para mí, Jerry. Muchas gracias.

Nos despedimos y volví a pie al lugar donde tenía aparcado el Plymouth. Stan Rayder se había vuelto a dormir. Encendí un cigarro y sacudí a Stan por el hombro hasta que abrió un ojo.

—Parece como si hubieras acabado de descubrir una mina de oro —me dijo—. ¿Dónde has estado?

Le conté mis conversaciones con Ace Wimmer y con Jerry Milner. Cuando hube terminado, la cara de Stan había perdido todo rastro de fatiga y sus ojos volvían a brillar. Sonrió y movió la

cabeza con expresión dubitativa.

—Es divertido, ¿verdad? —preguntó—. Me refiero al modo en que un detalle sin importancia como son los guantes y las botas de Ace Wimmer pueden ayudarnos en nuestro trabajo.

—Todavía no hemos salido del atolladero, Stan.

—No; si bien ahora, al menos, tenemos un instrumento con el que abrirnos paso. Y eso es mucho más de lo que poseíamos antes.

—Si el conductor del metro, realmente vio lo que pensó haber visto…

Stan levantó una mano.

—No me vengas con suposiciones, Pete. Lo vio y eso es todo. Vio a un hombre que vestía un largo impermeable, dar a Edward Macklin el empujón que le mató. ¡Un hombre con abrigo en un día en que los termómetros parecía ir a estallar en toda la ciudad! —Stan sonreía ampliamente aunque conservando algo de su expresión de sorpresa—. Y aquella misma noche, tú y yo estábamos hablando con Paul Stoddard. Este se mostró realmente acogedor y amistoso con nosotros a la vez que se sentía asimismo cordial y amistoso con Edward Macklin. Pero, evidentemente, se trataba de un tipo muy friolero porque llevaba una chaqueta muy gruesa, pantalones también gruesos y un jersey de cuello alto.

—Y zapatillas forradas de lana —añadí.

—En efecto, todo esto en una de las noches más calurosas del año. Me pregunto qué llevaría cuando empujó a Macklin en el andén. Es decir, bajo el largo impermeable que lo cubría todo.

—Pues si tan curioso te sientes —le respondí en el momento de poner en marcha el motor— creo que lo mejor es que vayamos a su casa y se lo preguntemos.

19

Antes de que Stan y yo tocáramos el timbre en la antigua casa de tres pisos situada en la West 58th Street donde vivía Paul Stoddard, hablamos brevemente con el portero de un pequeño hotel de apartamentos situado al lado izquierdo y con el joven matrimonio que vivía en una residencia privada, al costado derecho de la casa de Stoddard. Luego, subimos las escaleras, tocamos el timbre y esperamos.

Paul Stoddard abrió la puerta, nos miró entornando los ojos tras de los cristales sin montura de sus gafas, después sonrió, y nos invitó a entrar al iluminado vestíbulo.

—Supongo que me traen buenas noticias, caballeros —manifestó con su voz increíblemente profunda—. ¿Le han encontrado ya?

Sus ojos húmedos nos miraban, alternativamente, con aire de expectación. La piel de su rostro, hundido y desprovisto de mentón, estaba lacia y pálida, y su nariz deformada y rota mostraba una palidez enfermiza, como de sebo. Llevaba un jersey de cuello alto de color verde pálido, bajo una chaqueta de cordobán verde oscuro, pantalones de lana grises, y zapatillas altas sobre unos calcetines blancos de gimnasia.

—Así lo creemos, señor Stoddard —le respondí.

—Estupendo. ¿Quién lo hizo?

—¿Le importaría que habláramos dentro?

Stoddard sonrió como si se excusara.

—Lo siento… mi esposa está descansando.

—¿En el salón?

—No. Está en el dormitorio, pero no quisiera despertarla. Suele descansar muy mal. Y mi voz… bueno, es algo que no puedo evitar.

Cuando hablo parezco un trombón.

—Los músicos de trombón andan mal estos días —comenté.

Stoddard levantó las cejas.

—¿Cómo ha dicho? No le entiendo.

—No; no es nada —respondí—. ¿Podemos entrar?

Se encogió de hombros, se hizo atrás para que pasáramos al pasillo, y nos siguió hasta el salón. En su rostro desvaído se pintaba una leve sonrisa y había erguido un poco los hombros. Se sentó al extremo del sofá, cerca del bar, miró pensativamente hacia éste como si pensara prepararse una bebida, volvió a encogerse de hombros, cruzó las piernas y suspiró. Yo me senté en una silla frente a él y Stan Rayder, después de echar una mirada al retrato, sobre el mostrador del bar, de la chica desnuda que olía una rosa en la pintura del *saloon*, puso una silla cerca de la mía y también se sentó.

—Bueno, caballeros —empezó Stoddard fríamente cordial—, ahora que estamos todos cómodamente sentados, podríamos hablar de lo que les ha traído aquí. Estoy seguro de que no sería objeto de una actitud tan cortés si no…

—Nuestra actitud no es cortés —interrumpí—. No vamos a tener una sesión como la última.

Stoddard me miró fijamente.

—Esto parece casi una amenaza, Selby.

—No es amenaza sino, simplemente, una declaración objetiva. Cuando estuvimos aquí la última vez se empeñó en hacernos creer que usted y Eddie Macklin habían sido siempre muy buenos amigos.

—Casi como padre e hijo —remachó Stan—. Eso son tonterías, señor Stoddard, nada más que tonterías.

Stoddard hizo ademán de levantarse, aunque se volvió a sentar entornando los ojos.

—No puedo echarles de aquí, físicamente hablando —declaró—, pero sí puedo asegurarles una cosa: en cuanto salgan de esta casa llamaré al comisario. Veremos si se puede permitir que un ciudadano consciente de sus deberes sea molestado de este modo en su propia morada.

—Usted nos dijo que los datos que guardaba en su oficina quedaron destruidos por un incendio —le recordé—. Esto ocurrió hace cosa de dieciocho meses, precisamente cuando Eddie Macklin

dejó de trabajar con usted. ¿Hay alguna conexión entre estos dos hechos?

—Desde luego que no. ¿Qué posible conexión pudo haber?

—Pues sí la hubo, y muy estrecha. ¿Sabía usted que Eddie era contable jurado?

—¿Ah, sí? ¿Y eso a mí qué me importa?

—No es cuestión de lo que le importe, sino de cuánto le importe.

—No lo entiendo. ¿Es que tiene que estar hablando siempre en jeroglíficos?

—No. Eddie Macklin era también informador profesional para la Oficina de Impuestos sobre la Renta.

Stoddard movió la cabeza incrédulo.

—No puede ser verdad —manifestó—. No me lo creo. Ni puedo estar tampoco seguro de lo que me dijo acerca de ser contable jurado. En realidad, lo único de lo que estoy seguro en estos momentos es de sentirme indignado por toda esta farsa.

—Pues entonces no querrá que se prolongue —le indiqué—. Hemos hecho comprobaciones en la Oficina de Impuestos sobre la Renta, y Eddie Macklin no le denunció a usted por evasión de impuestos como hizo con otros…

—¡Claro que no lo hizo! ¿Cómo iba a hacerlo?

—Pues muy fácil. Porque no sólo era un informador, sino que era también un chantajista.

—¿Está usted insinuando…?

—Vamos a someter su memoria a una pequeña prueba. Díganos dónde se encontraba, exactamente, a las cuatro de la tarde de anteayer.

Stoddard pareció auténticamente perplejo.

—¡Por Dios, Selby! —respondió—. Usted no puede creer que yo…

—Limítese a contestar a mi pregunta, haga el favor.

Los labios de Stoddard se habían vuelto pálidos.

—Me las pagará —amenazó—. Créame, Selby. Lo lamentará hasta el último día de su vida.

—Aténgase a la pregunta —intervino Stan Rayder— y contéstela.

Stoddard se levantó lentamente y se fue a situar detrás del bar. Tomó una botella de whisky de la estantería, llenó medio vaso y echó un largo trago.

—Estaba en casa —respondió—. Aquí mismo, en esta habitación. En un lugar al que un par de sinvergüenzas pueden entrar y…

—¿Puede demostrar que estaba en esta habitación? —preguntó suavemente Stan.

—¡Claro que puedo! —repuso Stoddard—. Mi esposa se encontraba también aquí, y no se apartó de mí en todo el tiempo.

—¿Sólo su esposa? —preguntó Stan—. ¿Nadie más?

Stoddard le miró desdeñoso.

—No tengo la costumbre de tener gente aquí todo el tiempo, sólo para demostrar que yo no maté a alguien.

—¿Cuándo hemos dicho que usted haya matado a alguien? —preguntó Stan.

Stoddard exhaló un sonido gutural muy desagradable, y se tomó otro trago de whisky.

—Pues si no se trata de una implicación como la que insinúan, hagan el favor de aclarármelo.

—Viste usted ropas muy gruesas para una noche tan calurosa —le indiqué.

—El modo en que yo vista no le importa. Ya le dije la primera vez que vino aquí que he estado enfermo.

—¿Quizás la enfermedad de Raynaud?

Stoddard descargó un golpe tan fuerte con su vaso sobre el bar que me extrañó que no lo hiciera añicos.

—Estoy cansado de todo esto. ¿Es que no tienen la decencia de dejar tranquilo a un enfermo? ¿Cuánto tiempo va a durar esta comedia?

—Depende de usted —le repliqué—. ¿Es la enfermedad de Raynaud?

Stoddard extendió ambas manos con aire suplicante y volvió a tomar su vaso.

—No, no es la enfermedad de Raynaud. Su interés por mi salud me conmueve. Tengo la enfermedad de Buerger. Se parece a la de Raynaud en que reduce la circulación, pero usted y su brillante compañero ya deben saberlo. Lo saben todo, así que ¿cómo no iban

a averiguar también esto?

—¿Siente frío por todo el cuerpo? —preguntó Stan.

—Sí —repuso Stoddard—. Según el médico, son imaginaciones mías; eso es ridículo. Ese hombre es un imbécil. Los tres harían un grupo perfecto.

—Hemos hablado con algunos de sus vecinos —le comuniqué— y todos me han dicho que nunca le han visto a usted dejar la casa sin ponerse un impermeable. El portero de al lado ha confirmado lo mismo.

—Creo que harían mejor en ocuparse de sus asuntos —replicó Stoddard—. En cuanto a lo del impermeable, lo llevo con tiempo caluroso porque no se ve tanto como un abrigo. Además, el material a prueba de agua tiende a volverse más compacto con el calor —me dirigió una sonrisa agresiva—. ¿Responde eso a su pregunta, señor Selby, o hay algún otro pequeño detalle sobre mi enfermedad que usted quiera saber?

—Lo que más me interesa es averiguar por qué motivo los documentos de su oficina fueron destruidos por el fuego —le respondí—. ¿No pudo ser que usted pensara en que de este modo evitaba un chantaje?…, aunque sólo sirviera para descubrir que Eddie Macklin había hecho ya copias y todo aquello no le había servido para nada.

—En efecto —una voz de mujer dijo desde el arco cubierto de cortinajes a la izquierda del bar—. Sí; señor Selby, todo aquello no sirvió para nada.

20

La señora Stoddard dejó caer los cortinajes tras de sí y entró en la habitación. Llevaba una bata muy delgada semejante a una neblina rosa y unos zapatitos de piel, con tacones muy altos. Su pelo oscuro con un amplio mechón gris, le caía sobre los hombros, y sus increíblemente largas pestañas proyectaban minúsculas sombras en la curva de sus mejillas. No llevaba maquillaje, pero sus labios estaban rojos e hinchados como si se hubiera dado un golpe, mientras que su piel ofrecía ese brillo frío y suave de la seda recién estrenada.

Durante lo que debieron ser los diez segundos siguientes, no se oyó ni un ruido ni se hizo ningún movimiento en el salón. Luego Stan y yo nos pusimos de pie y nos quedamos a la expectativa mientras Paul Stoddard dejaba su vaso en el bar, muy lentamente, como si el peso que gravitaba sobre él se hubiera hecho de pronto insoportable.

—Nina —dijo.

El nombre salió de sus labios como una pregunta, del modo en que alguien se dirigiría a una mujer a la que hubiera conocido sólo una vez, mucho tiempo antes, y no pudiera recordar con claridad. Dio un paso vacilante hacia el extremo del bar y sus labios volvieron a curvarse al pronunciar el nombre de ella, pero sin producir sonido alguno.

Ella le dirigió una mirada tan cargada de odio como jamás había visto en la cara de una mujer. Luego le dio la espalda y avanzó lentamente hacia Stan y yo. No fue un paso felino esta vez. Había estado bebiendo en demasía para poder lograrlo. Pero cuando volvió a hablar, sus palabras sonaron tan claras como la primera

vez que Stan y yo habíamos charlado con ella.

—Mi esposo les ha mentido —confesó—. La tarde de anteayer no estuvo aquí. Y les mintió también cuando dijo que Eddie no lo sometía a chantaje. Porque lo hizo. Se había procurado fotocopias de la contabilidad y extorsionaba a mi marido quitándole todo el dinero. Si esta casa no estuviera a mi nombre y si yo no tuviera mi propia cuenta bancaria, estaríamos en la ruina.

Stoddard parecía incapaz de moverse o de hablar. Se mantuvo tras del bar como si estuviera atornillado allí, con el rostro pálido y cubierto de sudor.

—Es tal como les digo —continuó la señora Stoddard haciendo lentos movimientos de cabeza—. Eddie arruinó a mi marido. Era brutal e implacable y le ha desprovisto de todo. No le ha dejado nada. Ni siquiera a su mujer.

Stoddard pareció recuperar la voz.

—¡Nina! —exclamó roncamente—. Nina, ¿que pretendes con todo esto?

Su esposa volvió la cabeza y le miró largamente.

—Pagarte como es debido, Paul —dijo ásperamente—. Tú mataste al único hombre que ha significado algo para mí. Y quiero que te castiguen por ello —se volvió de nuevo hacia mí—. Se jactaba de ello, señor Selby. Se vanagloriaba de lo que le había hecho a Eddie. Se deleitaba en el daño que me estaba causando.

Stoddard colocó ambas manos sobre el mostrador del bar y descansó todo su peso sobre ellas cual si necesitara apoyo. No contestó a lo que había dicho su esposa.

—¿Lo sabía usted cuando estuvimos aquí la primera vez, señora Stoddard? —preguntó Stan Rayder.

—No. No lo sabía. Lo supe cuando usted nos lo contó y llevó a mi marido a Bellevue para que identificara el cuerpo de Eddie. Incluso entonces no sospeché lo que realmente había ocurrido. No sé por qué, pero nunca pude pensar que mi marido… —se interrumpió unos momentos—. Sin embargo, esta tarde recordé el modo en que actuó al volver a casa la noche del día en que Eddie fue asesinado. Sentíase feliz. Realmente feliz. Era la primera vez que le veía de aquel modo en año y medio, desde que descubrió lo de Eddie y yo, y comprendió que Eddie iba a extorsionarle…, que iba a arruinarle.

—¡Todo esto son inventos suyos! —protestó Stoddard—. Cuanto dice es una pura mentira.

—Esa fue la causa de que Eddie se marchara —continuó ella ignorando por completo a su esposo—. Mi marido nos sorprendió juntos una noche. Hubo una escena horrible y Eddie se marchó inmediatamente. Prometí a mi marido no volver a ver jamás a Eddie, aunque sólo pretendía aplacarlo. Al día siguiente nos volvimos a encontrar y seguimos viéndonos tan frecuentemente como nos era posible.

—¿Hasta el día en que murió? —quise saber.

—Sí, hasta ese día. Yo sabía que vivía con otra chica, pero no podía hacer nada. Seguí encontrándome con él con tanta frecuencia como nos era posible… Hubiera hecho cualquier cosa por no apartarme de él…, cualquier cosa.

—Su marido volvió a sorprenderles, ¿verdad?

Hizo una señal de asentimiento.

—Sí. Nos vio salir de uno de esos hotelitos de West Forty Seven. Se metió rápidamente en un portal, pero me di cuenta de que nos vigilaba.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Stan.

—Hace unas dos semanas. Estuve esperando a que dijera algo, y nunca lo hizo. En vez de eso, mató a Edward en la estación del metro.

—¿Lo da usted por seguro, señora Stoddard? —pregunté.

—Sí. Cuando recuerdo lo feliz que Paul se sentía al volver a casa aquella noche me di cuenta del motivo. Sentí deseos de matarle. Hay un arma en la casa. Un pequeño revólver que un amigo nos envió de Montana, y estuve a punto de cogerlo y disparar. Pero recuperé el sentido común con tiempo suficiente, y en vez de ello le hablé con dulzura, comprensivamente. Le dije cuán feliz me habría sentido si él me aseguraba que había hecho una cosa como aquella por amor hacia mí.

Miré a Stan Rayder y luego una vez más a Stoddard.

—¿Admitió, pues, su crimen ante usted?

—Sí —repuso—. Estaba tan orgulloso de lo que había hecho que no pudo evitar el declararlo. Yo no le había odiado nunca realmente hasta aquel momento; cuando se sentó ahí jactándose de ello y…

—¡Bruja! —exclamó Paul Stoddard sordamente—. ¡Bruja

mentirosa! ¿Qué intentas demostrar? Eres mi mujer y no puedes declarar contra mí aun cuando digas la verdad. Te estás portando como una imbécil. Nina.

Ella volvió su cara hacia mí una vez más, y después sonrió, con una de esas sonrisas que sólo se ven una vez.

—No seré tu esposa durante mucho tiempo, Paul —declaró—. Seis semanas en Nevada o Idaho bastarán. Seis cortas semanas. Luego podré testificar. Y lo haré. Quiero que te condenen a muerte.

—Su testimonio no será realmente necesario, señora Stoddard —intervine comprendiendo que había llegado el momento de hacerlo —. Tenemos otros dos testigos del crimen. Y es todo cuanto necesitamos.

Stoddard apartó la mirada de su mujer para posarla en mí.

—Está usted mintiendo, Selby. Todos mienten. Todos son unos imbéciles.

Moví la cabeza.

—Todo cuanto teníamos que aclarar eran los motivos, Stoddard. Sabíamos lo del chantaje, pero no sabíamos lo de la relación de su mujer con Macklin. Creíamos que podríamos obligarle a hablar y su esposa nos ha librado de este trance.

—Nos bastaba con un solo motivo —dijo Stan—. En realidad, el suyo ha sido doble.

—No tienen testigos —protestó Stoddard— ni pueden tenerlos.

Me encogí de hombros.

—Tendrá oportunidad de hablar con ellos en seguida, Stoddard —le indiqué—. Escogió usted el momento peor para empujar a Eddie Macklin en el andén. Por regla general, sólo va un conductor en los trenes del metro, pero en aquel momento había dos. El normal daba instrucciones a uno nuevo que estaba en los controles junto a él. Macklin se hallaba demasiado cerca del borde del andén y el conductor normal advirtió al otro que en casos así debería siempre tocar el silbato. Los dos tenían la mirada fija en Macklin en el momento en que usted se acercó a él por detrás y le empujó. Lo vieron perfectamente. Le vieron muy bien a usted y a su largo impermeable y ambos están esperando para identificarle.

La señora Stoddard se había ido acercando a mí tan lentamente

que apenas me había dado cuenta de lo que se proponía. Cuando se encontraba a un metro, aproximadamente, susurró:

—La pistola de la que le hablé está detrás del bar. Mi marido…

Sin embargo, la advertencia había llegado demasiado tarde. No sé si Paul Stoddard intuyó lo que su mujer estaba diciendo o si había oído realmente su nervioso susurro. Porque ahora se enfrentaba a nosotros con un pequeño Derringer en la mano. Tenía dos cañones, uno encima de otro, y aunque se trataba de un arma pequeña, los cañones eran de mayor calibre que los de mi «38 especial». Stoddard lo sostenía ante su pecho con tanta firmeza como si descansara sobre el mostrador del bar.

—No se lo tome a chanza, Selby —me advirtió—. Es calibre 41 y desde aquí no puedo fallar. No me obligue a demostrarlo. Es pequeño, pero muy potente…, un recuerdo de Montana y del viejo Oeste, del mismo amigo que me mandó la pintura que su compañero parece admirar tanto.

—No pierda la cabeza, Stoddard —le aconsejé.

Sonrió y, de repente, me di cuenta de que en sus ojos se pintaba una expresión demencial.

—No se preocupe —contestó suavemente—. Nunca he estado más sereno en mi vida. Pasé dieciocho meses de infierno recordando lo que Macklin me había hecho, lo que había hecho con Nina aquí, bajo mi propio techo, como huésped mío. Y luego les vi salir de aquel hotel y supe que sus relaciones no se habían interrumpido nunca. Yo había traído a Macklin a mi casa. Se portó como una víbora y me destruyó.

—El tribunal tomará todo eso en consideración —le informó Stan Rayder—. Baje ese revólver, Stoddard, porque tiene todavía una posibilidad de evitar la silla eléctrica.

Stoddard se echó a reír, mas no con la risa penetrante de un lunático maníaco, sino con la del loco verdadero, tranquilo y controlado, y por ello mucho más peligroso.

—Me salvaré de la silla —aseguró—. Nunca conseguirán meterme en una celda y mucho menos llevarme a la silla. Todos ustedes son unos tontos.

—Paul —rogó su esposa.

—Y en cuanto a ti —repuso él—, en cuanto a ti, crees saber lo que es el odio, ¿verdad? Pero no sabes nada. Yo sí que lo sé. Yo soy

quien sabe lo que es odiar a alguien durante dieciocho meses. Sé lo que es irse al andén de un estación de metro y ver al hombre al que se odia de pie junto al borde. Sé lo que se siente cuando se oye llegar al tren por el túnel y se comprueba que no hay nadie más en el andén, y que tiene que hacerse entonces o no se hará nunca.

—Paul —rogó una vez más ella—. Paul, por lo que más quieras…

—¡Silencio! —exclamó él—. ¿Crees que voy a dejarte decir lo que quieras del mismo modo en que me indujiste a declarar lo que había hecho a Macklin?

—Paul…

—¡Bruja! —exclamó Stoddard—. ¿Quieres verme muerto, verdad? —movió la cabeza—. Pues eso es algo que nunca vas a presenciar.

—Escúcheme, Stoddard —intervine—. En ese revólver sólo hay dos balas. Aquí estamos tres. No puede matarnos a todos.

Mientras decía eso iba aproximando mi mano derecha al borde de la chaqueta y subiéndola poco a poco en espera de un momento adecuado para sacar mi revólver.

Stoddard sonreía con expresión bestial.

—Dos balas es todo cuanto necesito, Selby. Una para mi fiel esposa y la otra para mí.

Su esposa dio dos pasos vacilantes y lentos hacia él.

—Por favor, Paul —le rogó.

Fue en aquel momento cuando Stoddard disparó el Derringer a quemarropa.

Oí el suave rumor del metal al penetrar en la carne y en seguida la señora Stoddard cayó al suelo. Yo me lancé hacia el bar. Casi no disponía de posibilidad alguna para detener a Stoddard antes de que volviera el arma contra sí mismo. Creí que si podía descargar un fuerte golpe contra el mueble con mi hombro y derribarlo, empujaría al propio tiempo a Stoddard. De ser así, había una posibilidad de que el arma cayera de su mano.

El doloroso impacto de mi hombro contra la parte frontal del bar me dejó sin ir aliento. El mueble se desplomó hacia atrás y pude oír cómo Stoddard gritaba, así como el ruido del arma al dar contra el

suelo. La parte superior del bar estaba ahora reclinada contra la pared y Stoddard se encontraba en el espacio que quedaba debajo. Me puse de pie y me dirigí al extremo del mueble en el momento en que Stoddard salía de él y se lanzaba contra la arcada de la que pendía el cortinaje. Sus manos estaban vacías.

—Ocúpate de la señora, Stan —dije echando a correr tras de Stoddard.

La arcada daba a un dormitorio. Más allá del mismo se veía un pequeño espacio con un cuarto de baño a su extremo. Llegué al vestíbulo en el momento en que Stoddard se metía en el cuarto de baño y cerraba de un portazo tras de él. Oí también cómo corría un fuerte cerrojo, y me detuve un momento para recobrar el aliento.

—¡Abra esa puerta, Stoddard! —le grité—. ¡Ábrala o la echaré abajo!

—¡Nunca me meterá en la cárcel, bastardo! —gritó a su vez Stoddard histéricamente—. ¡Nunca! ¿Me ha oído?

—¡Abra! —repetí—. Será mejor para usted, Stoddard.

No hubo respuesta. Estudié por un momento la disposición del lugar y, una vez convencido de que no había ninguna otra entrada al cuarto de baño, retrocedí unos metros y descargué todo mi peso sobre la puerta.

No cedió. Era lo mismo que intentar abatir un muro de ladrillo. Retrocedí y probé de nuevo, y luego por tercera vez. Me estaba haciendo más daño a mí mismo que a la puerta.

No existía la posibilidad de que Stoddard escapara por una ventana porque el cuarto de baño estaba en el lado de la casa adjunto a la residencia particular situada al oeste, sin que existiera espacio entre ambos edificios.

Llamé a Stoddard una vez más. Al no obtener respuesta regresé al salón. Stan Rayder acababa de colgar el teléfono.

—Una ambulancia está en camino —me notificó—. Y también viene Barney Fells.

Me arrodillé junto a la señora Stoddard y le tomé el pulso. Le funcionaba sorprendentemente bien. La bala del Derringer había abierto un boquete de varios centímetros en la parte izquierda de su cabeza por encima del oído, pero no era profundo y la herida tenía un aspecto mucho peor de lo que realmente era.

—Se encuentra bien —dijo Stan—. Volvió en sí unos segundos,

pero ha vuelto a perder el conocimiento. Un centímetro a la izquierda y esta historia se hubiera acabado de un modo muy distinto.

Hice una señal de asentimiento, me puse de pie y me dirigí una vez más a la arcada.

—Échame una mano, Stan —le rogué—. Stoddard se ha encerrado en el cuarto de baño y no puedo echar abajo la puerta.

—¿Por qué no disparas contra la cerradura?

—Se trata de un cerrojo. Oí cómo lo corría.

Arrastramos una pesada cómoda que estaba en el dormitorio hasta colocarla en el vestíbulo, la encaramos hacia la puerta del baño y empujamos fuertemente.

La cómoda rebotó medio metro por lo menos. La volvimos a colocar, combinamos una vez más nuestras fuerzas y la lanzamos de nuevo contra la puerta. Esta vez los goznes se soltaron y la puerta cayó hacia adentro. Retiramos la cómoda y entramos en el cuarto de baño.

Paul Stoddard había tenido razón: nunca íbamos a meterlo en la cárcel.

Estaba muerto, tendido en el suelo junto a la bañera, con una navaja de afeitar todavía aferrada a su mano derecha y la garganta seccionada desde un oído hasta el otro.